



Nombres Propios

FUNDACIÓN CAROLINA

2009

NOMBRES PROPIOS 2009. FUNDACIÓN CAROLINA



Nombres Propios

FUNDACIÓN CAROLINA

2009

Nombres Propios

FUNDACIÓN CAROLINA

© DE LOS TEXTOS: sus autores

© DE ESTA EDICIÓN:

2010, Fundación Carolina

C/ General Rodrigo, 6 - 4º Piso

Edificio Germania. 28003 Madrid

Tel.: 91 456 29 00 / 28 66. Fax: 91 533 67 53

www.fundacioncarolina.es

COORDINADOR DE LA EDICIÓN:

Alfonso Gamó

DISEÑO GRÁFICO Y PRODUCCIÓN:

Calamar Edición y Diseño

Las opiniones y juicios expresados en los artículos son responsabilidad exclusiva de los autores y, por tanto, no siempre tienen por qué coincidir con el punto de vista de la Fundación Carolina.

IMPRESIÓN: Gráficas Monterreina

ENCUADERNACIÓN: Ramos

DEPÓSITO LEGAL: M-XXXXXX-2010

Edición no venal

Impreso en España – *Printed in Spain*

Índice

Presentación	11
<i>Rosa Conde</i>	
Asientos delanteros	13
<i>Sergio Ramírez</i> , 5 de enero de 2009.	
Desarrollo: viejos mitos y nuevos paradigmas	17
<i>Manuel Montobbio</i> , 19 de enero de 2009.	
La tradición del haiku en la ciudad de Nueva York en la poeta puertorriqueña Carmen Valle	23
<i>Marta López Luaces</i> , 2 de febrero de 2009.	
Las lunas cambiantes de América	29
<i>Jesús Sebastián</i> , 9 de febrero de 2009.	
Gobernanza global de las migraciones y desarrollo	35
<i>Rafael Domínguez</i> , 16 de febrero de 2009.	
España y los Bicentenarios de la Independencia de las Repúblicas Latinoamericanas	41
<i>Celestino del Arenal</i> , 2 de marzo de 2009.	
El modelo informativo, las ONG y la comunicación para el desarrollo.....	45
<i>Juan Antonio Sacaluga</i> , 16 de marzo de 2009.	
Un giro histórico: las elecciones salvadoreñas de marzo de 2009	53
<i>Manuel Alcántara</i> , 30 de marzo de 2009.	
Tiempos interesantes	63
<i>Ludolfo Paramio</i> , 13 de abril de 2009.	

Cien años del nacimiento de J. C. Onetti	69
<i>Cristina Peri Rossi, 27 de abril de 2009.</i>	
Los cincuenta años del BID y la economía latinoamericana	75
<i>Francesc Granell, 11 de mayo de 2009.</i>	
La V Cumbre de las Américas (I)	83
<i>Francisco Rojas Aravena, 25 de mayo de 2009.</i>	
La V Cumbre de las Américas (II): el documento que no fue	91
<i>Francisco Rojas Aravena, 1 de junio de 2009.</i>	
El creciente peso de los hispanos en Estados Unidos y su significación para España	99
<i>Rafael Garranzo, 8 de junio de 2009.</i>	
Oportunidades y desafíos a partir de la crisis: una mirada desde América Latina	107
<i>José Luis Machinea, 22 de junio de 2009.</i>	
Bolivia y el rastro esquivo de lo perdido	113
<i>Juan Francisco Montalbán, 6 de julio de 2009.</i>	
La necesaria perspectiva cultural de las integraciones (y las independencias)	119
<i>José Rojas Bez, 20 de julio de 2009.</i>	
El espacio iberoamericano del conocimiento: retos y propuestas	127
<i>Alejandro Tiana, 27 de julio de 2009.</i>	
Sumak Kawsay, Suma Qamaña, Buen Vivir	133
<i>José María Tortosa, 10 de agosto de 2009.</i>	
El rompecabezas latinoamericano	139
<i>José Ángel Sotillo Lorenzo, 24 de agosto de 2009.</i>	
La cooperación académica en tiempo de crisis: entre el pesimismo de la inteligencia y el optimismo de la voluntad	147
<i>Pablo Gentili, 14 de septiembre de 2009.</i>	
Reelección presidencial y rendición de cuentas: ¿De verdad es tan mala la reelección?	155
<i>Esther del Campo García, 5 de octubre de 2009.</i>	
Tango que me hiciste mal y sin embargo te quiero	163
<i>Cristina Peri Rossi, 19 de octubre de 2009.</i>	

Estabilidad, gerontocracia y el tedio de la democracia directa en Uruguay	169
<i>Manuel Alcántara</i> , 2 de noviembre de 2009.	
Regreso al pasado	175
<i>Sergio Ramírez</i> , 16 de noviembre de 2009.	
Lanzas coloradas, banderas olvidadas. La novela de las armas realistas en las guerras de emancipación iberoamericana	181
<i>Nicanor Gómez Villegas</i> , 30 de noviembre de 2009.	
De guerrillero a presidente	187
<i>Cristina Peri Rossi</i> , 9 de diciembre de 2009.	
Cooperación Sur-Sur: innovación y transformación en la cooperación internacional	191
<i>Bruno Ayllón</i> , 21 de diciembre de 2009.	
Índice temático y de autores	199



Presentación

ROSA CONDE

Directora de la Fundación Carolina

Me complace presentar este cuarto volumen de la serie iniciada en 2006 bajo el título “Nombres Propios” que recopila, cada año, los artículos aparecidos en la sección del mismo nombre de la página web de la Fundación.

Es una forma abierta y plural de repasar los principales acontecimientos de la actualidad política, económica, social y cultural de nuestros países a través de la mirada y la voz de cualificados actores y analistas de estas realidades y compartir sus impresiones y reflexiones.

Así, de la mano de prestigiosos catedráticos, investigadores y escritores hemos asistido a la llegada de Barack Obama a los “asientos delanteros” de la política norteamericana, y a las victorias electorales de Mauricio Funes en El Salvador y de Pepe Mujica en Uruguay (“de guerrillero a presidente”).

Desde una perspectiva más global, tanto Ludolfo Paramio como José Ángel Sotillo tratan de analizar el impacto político que puede tener la crisis económica en la región y los procesos ocurridos en Bolivia—cuya reforma constitucional comenta Tortosa—y Honduras, advirtiendo Sergio Ramírez de los peligros de una vuelta al pasado bajo la tutela de las fuerzas armadas. Crisis económica que plantea también nuevas oportunidades y desafíos analizados por un analista de excepción, como lo es José Luis Machinea, y a los que deben responder los Estados pero también las instituciones multilaterales como el Banco Interamericano de Desarrollo, cuyo cincuenta aniversario se celebró en 2009.

El inicio de los procesos de conmemoración de los Bicentenarios de las Independencias de las Repúblicas Latinoamericanas son una ocasión única, como lo recuerda Celestino del Arenal, para potenciar la especial y prioritaria relación que une a España con los países latinoamericanos utilizando como eficaces instrumentos la cooperación, la cultura y la construcción de un espacio iberoamericano del conocimiento al que la Fundación Carolina desea contribuir desde el mandato institucional y los mecanismos que le son propios.

Un ámbito éste, el cultural, en el que han hecho sus aportaciones escritoras como Cristina Peri Rossi y Marta López Luaces y en el que han realizado miradas hacia el pasado, pero también sugerentes proyecciones de futuro, notables académicos, historiadores y diplomáticos.

Y no podríamos completar este número sin mencionar los análisis sobre el desarrollo, sobre el papel que juegan –y pueden jugar– las migraciones, las ONGD, la comunicación para el desarrollo, la integración regional y la cooperación científica y académica, tanto en su vertiente más tradicional como en los nuevos planteamientos de la cooperación Sur-Sur, cuyo día internacional se celebró a mediados de diciembre pasado.

No me resta más que agradecer, una vez más, sus contribuciones a todos aquellos que han participado en esta nueva edición, a los que, además de los ya nombrados, debo añadir ahora a Manuel Alcántara, Bruno Ayllón, Esther del Campo, Rafael Domínguez, Rafael Garranzo, Pablo Gentili, Nicanor Gómez, Francesc Granell, Juan Francisco Montalbán, Manuel Montobbio, Francisco Rojas, José Rojas Bez, Juan Antonio Sacaluga, Jesús Sebastián y Alejandro Tiana.

Madrid, febrero de 2010

Asientos delanteros

SERGIO RAMÍREZ

Escritor

La primera vez que oí hablar de Barack Obama fue en una seductora crónica de Bernard Henry Lévy publicada en la revista *Atlantic* en mayo del 2005, *Tras las huellas de Tocqueville*. Al cumplirse dos siglos del nacimiento de Alexis de Tocqueville, Lévy había hecho el año anterior un viaje de reconocimiento a través de los Estados Unidos, por los mismos territorios que su compatriota, y desviándose de la ruta prevista se fue a Boston para estar presente en la convención demócrata que eligió a John Kerry en julio del 2004 como candidato a enfrentarse a la reelección de George Bush. Kerry no resultaría electo presidente, pero Obama resultaría electo senador por Illinois. Toda una novedad. El único senador negro, y además, novato y desconocido entre tanto patricio de toda medida.

Lévy encontró a Obama en el vestíbulo del hotel la noche siguiente a la de su discurso en la convención, un discurso a lo Obama, brillante y electrizante desde entonces, pero cuando nadie pensaba que el próximo candidato del partido demócrata, y el próximo presidente de Estados Unidos, sería aquel negro a quien el republicano al que había derrotado en la carrera por el asiento en el senado, otro negro llamado Alan Keyes, acusaba de no ser suficientemente negro.

Un negro extraño que no era negro del todo, a quien en el Caribe revuelto y desenfadado llamaríamos un mulato, que ni siquiera venía del sur profundo, tierra de esclavos, y tampoco tenía ancestros esclavos que enseñar como presea. Alguien que es la mixtura de dos partes, que ha cuadrado sus orígenes, y se ha despojando de toda iden-

tidad, dice Lévy. ¿Quién es este negro blanco?, se pregunta con deje irónico. Un Clinton negro, se responde, y uno no puede dejar de recordar que Toni Morrison, con apasionada compasión, dijo que Clinton había sido tratado como un presidente negro cuando un fiscal de vestiduras puritanas, como salido de las páginas de *La letra escarlata*, la novela de Nathaniel Hawthorne, lo perseguía de manera implacable por causa de un aguado affaire amoroso.

Obama cuatro años atrás a los ojos de un filósofo francés que se ha puesto los zapatos de Tocqueville en busca de explorar los Estados Unidos contemporáneos, y como buen francés, austero de modales y temeroso del ridículo, se goza de ver a los convencionales demócratas reunidos en el Fleet Center ensombreados con réplicas de cabezas de mulas, el símbolo de su partido, y rascacielos que recuerdan a las torres gemelas derribadas por el célebre ataque terrorista, mientras se llenan las barrigas de *pop-corn* y *hot dogs*. Pero a la medianoche, cuando Obama sube al podio para pronunciar su discurso, Lévy se olvida de los sombreros de carnaval para apuntar el ligero paso de danza con que aquel camina por el escenario bajo la luz de los reflectores, la sabiduría de los gestos histriónicos, en los que el orador calcula todo, y “la más ligera de las entonaciones debidamente calibrada, y aparentando improvisar hasta los suspiros”.

Pero es un discurso donde todo esta allí desde entonces, el mensaje que habría de seducir a millones de ciudadanos de distinto color y tamaño cuatro años después, y cuyo tono religioso desagrada a Lévy, que se confiesa un francés acostumbrado a las grandes disputas políticas y encuentra las palabras del negro blanco “desesperadamente acomodaticias”, cuando dice, inspirado, como desde el púlpito de una iglesia protestante de Harlem o de Montgomery, que no hay unos Estados Unidos negros, ni unos Estados Unidos blancos, ni unos Estados Unidos latinoamericanos, ni asiáticos, que sólo hay los Estados Unidos de América. Lévy, con desánimo, interpreta que lo que Obama está diciendo es que el problema no es otro presidente para otra política, sino un nuevo presidente para la misma política que el anterior presidente ya no tiene crédito para continuar.

Craso error de distancia, que a lo mejor no hubiera cometido el viejo Tocqueville. Esas palabras de Obama se convertirían en la clave

de su mensaje ecuménico, y serían claves a la hora de andar, a lo largo de su campaña electoral, por el camino minado del tema racial, juntando sabiamente a todos los otros que eran como él, no desde la perspectiva de un negro que se queja, sino de un estadista capaz de interpretar a todos y entender que la discriminación esta hecha de restas, y no de sumas. Desde allí, desde ese discurso que Lévy atestiguó cuando pocos pensaban en Obama para presidente, hasta el célebre discurso sobre la raza pronunciado en Filadelfia el 18 de marzo del 2008, cuando las incendiarias declaraciones del pastor negro de su propia iglesia, el reverendo Jeremiah Wright, amenazaban con hundir su campaña para ganar las primarias, porque asustaba a los potenciales votantes blancos desde otra clase de racismo, el racismo negro.

Obama no eludió el tema de la discriminación y de la desigualdad racial de que históricamente eran víctimas los negros en los Estados Unidos, pero desmintió que se tratara de una situación de estancamiento, una cadena perpetua que habría que soportar para siempre, y estableció que el cambio debería venir no sólo para los negros, sino también para los demás grupos raciales en Estados Unidos. Otra vez, y siempre, la respuesta ecuménica: “podemos tener diferentes historias, pero tenemos esperanzas comunes; podemos lucir diferentes, y podemos venir de lugares diferentes, pero todos queremos avanzar en la misma dirección”. Era el acusado de ser demasiado negro, o no suficientemente negro, quien hablaba en nombre de todos; no desde una ausencia de identidad, como lo juzgó Lévy, sino desde la identidad de todos.

La noche de julio del 2004 en que se encuentran en el vestíbulo del hotel de Boston, Obama le ha dicho a Lévy que nunca se debe ir más rápido que la música, que los Estados Unidos es un país de carreras meteóricas, pero efímeras, y que a lo mejor su esplendente discurso en la convención será olvidado, porque el mes entrante otro estará bajo los reflectores. Modestia inútil. No desaparecería, lo sabía bien. No en balde Barack quiere decir “bendito” en swahili. ¿Será Obama el primer negro en entender, se pregunta Lévy, que en lugar de exacerbar la culpa, debe jugar la carta de la seducción, y alentar la esperanza, en lugar del reproche? ¿Y si será éste el comienzo del fin de las ideologías basadas en la identidad racial?

Cuando uno piensa que Obama puede ser juzgado con ligereza, como parece hacerlo a veces Lévy, uno se cura de ese peligro oyéndolo citar en su discurso de Filadelfia sobre la raza a William Faulkner, una voz del profundo sur de los esclavos. “El pasado no está muerto ni enterrado”, dice Faulkner. “De hecho, no es ni siquiera pasado”. Y el mismo Obama advierte entonces que tenemos que cargar con nuestro pasado, sin convertirnos en víctimas de ese pasado. Y que los sueños de uno no tienen que realizarse a expensas de los sueños de los demás.

Es Rosa Parks la que habla ahora, sentada en las filas delanteras del autobús que recorre las calles de Montgomery.

Matasepe, enero de 2009
www.sergioramirez.com

Desarrollo: viejos mitos y nuevos paradigmas

MANUEL MONTOBBIO*

Diplomático

Hubo un tiempo, no lejano, en que el pensamiento sobre el desarrollo se concentraba en lo económico y éste se identificaba con crecimiento económico. Un tiempo en que la Historia económica y la senda del desarrollo parecían destinadas a transcurrir por las etapas del crecimiento de Rostow, en que la economía planificada del socialismo realmente existente se planteaba como una vía para saltar o adelantar más rápidamente en esas etapas. En que frente a la disyuntiva Este-Oeste emergió la tensión Norte-Sur como eje estructurador del sistema internacional y clave explicativa de la problemática del desarrollo que los economistas de la CEPAL explicaron en términos de centro-periferia, economía dual y teoría de la dependencia.

Hubo en 1973 una crisis del petróleo tras la que nada volvió a ser del todo igual. La respuesta a la misma trajo el concepto de ajuste estructural como nuevo paradigma, enfatizando la estabilidad de los cuadros macroeconómicos y teniendo como preocupación el crecimiento por encima de la distribución. El tiempo y la realidad trajeron nuevos paradigmas o ideas fuerza, como la afirmación de la gobernabilidad como elemento fundamental del desarrollo, la introducción, junto a la preocupación por el funcionamiento del mer-

* Diplomático y Doctor en Ciencias Políticas, es autor de *Salir del Callejón del Gato. La deconstrucción de Oriente y Occidente y la gobernanza global* (Icaria, 2008)

cado, de la preocupación por el funcionamiento y efectividad del Estado y sus instituciones.

Los años noventa contemplaron también la emergencia del desarrollo humano como paradigma e indicador y la globalización económica al calor de la revolución tecnológica de la sociedad de la información; así como, sobre todo a efectos operativos, el “consenso de Washington” como un conjunto de medidas basadas en la apertura de mercados, liberalización de intercambios, privatizaciones y adelgazamiento del Estado como receta universal y doctrina compartida para la promoción del crecimiento, la estabilidad y el desarrollo. Lo que, unido al desarrollo, a partir del análisis comparado de las transiciones a la democracia que se suceden primero en Europa y después en América Latina y el resto del mundo en la que ha venido a conocerse como la “tercera ola” de la democratización, de la transitología como rama de la Ciencia Política dedicada al estudio de las transiciones a la democracia que acaba llevando a la formulación, a modo de conclusiones tentativas, de un “manual de instrucciones” orientadoras para la conducción de nuevos procesos democratizadores a partir de la experiencia de los previos, nos lleva a que podamos decir que hubo un día a mediados de los noventa en que el camino hacia el desarrollo y la democracia en la era de la globalización respondía al recetario universal de los manuales de instrucciones del consenso de Washington y transitología, aplicables en cualquier lugar y en cualquier cultura

Y sin embargo, tal receta universal no es necesariamente tan universal, ni tan evidente la evidencia. Su lógica interna descansa sobre una serie de supuestos implícitos que procede explicitar. El supuesto, en primer lugar, del desarrollo mismo y su posibilidad. Pues, como señala Osvaldo de Rivero¹, “los teóricos que elucubran sobre la riqueza de las naciones y los tecnócratas que se especializan en elaborar proyectos para elevar la producción y los niveles de vida, pueden caer en el error diseñando modelos de desarrollo, pero jamás dudan sobre la posibilidad misma del desarrollo. Para

1. De Rivero, Osvaldo. *Los Estados inviables. No-desarrollo y supervivencia en el siglo XXI*, Madrid, Los libros de la Catarata/IUDC, 2003.

ellos, pensar sobre la imposibilidad del desarrollo, es pensar lo impensable.” (2003: 135)

El supuesto de la existencia de un camino, paradigma de las etapas de la evolución natural, heredero del mito del progreso y de la proyección de las teorías de Darwin a la evolución de las sociedades humanas. De que ellos están como nosotros en un estadio anterior, de que quieren ser como nosotros, de que lo que somos hoy resulta universalmente deseable, de que el camino que recorrimos un día sigue abierto y resulta eternamente recorrible por otros. De un único camino y un único modelo o resultado, desarrollo y no desarrollos. Del Estado y la economía nacional como sujeto del desarrollo. De la división entre desarrollados y subdesarrollados. De que son los subdesarrollados los que se han desarrollar, y que los desarrollados pueden y deben ayudarles a ello. De que desarrollar es un verbo transitivo. De una visión economicista y cuantitativa del desarrollo, medible a través de una serie de indicadores, *ceteris paribus*, consideradas externalidades aquellas variables cualitativas, no medibles o monetarizables o no incorporables en un modelo económico que persigue el crecimiento con el que identifica el desarrollo. Externalidades, sin embargo, a menudo tanto o más relevantes que las variables y factores considerados en el modelo, cuya incorporación podría llevar al cuestionamiento del mismo o de sus resultados. Modelo económico abierto que responde, en definitiva, al modelo de la Economía del lejano Oeste frente al de la nave espacial Tierra.

No, *a sensu contrario*, de la concepción del desarrollo como autodesarrollo, desarrollar como verbo intransitivo, reto no sólo de unos y no de otros, sino de todos, frente a sus nosotros particulares y el nosotros global. Desarrollo del mundo, de la nave espacial Tierra, que influye en las economías nacionales y la acción de los Estados y es a su vez influido por éstas; holístico, más allá de lo económico, considerando sus efectos en los seres humanos en todas sus necesidades materiales e inmateriales, en las sociedades, en el medio ambiente y el planeta.

Desarrollo, en cualquier caso, erigido en nuevo mito y aspiración universal, hijo de la fe en el progreso engendrada por las luces de la Ilustración.

¿Y si, frente a las visiones clásicas, concibiéramos, como hace Amartya Sen en *Desarrollo y libertad* (2000)², el desarrollo como libertad, como proceso de expansión progresiva de las libertades de que disfrutaran los seres humanos fruto del incremento de sus capacidades, y la pobreza como privación de capacidades? Paradigma a la luz del cual la libertad se configura como fin primordial y medio principal para el desarrollo; el mercado como resultado al tiempo que medio para el ejercicio de la libertad a complementar desde el Estado con la creación de oportunidades para la equidad y justicia social; la democracia como parte esencial del desarrollo, tanto por su importancia directa en la vida humana relacionada con las capacidades básicas, entre las que procede incluir las de participación política y social, como por su papel instrumental para la expresión de las demandas de atención política y su papel constructivo en la conceptualización de las necesidades; la justicia responde a la expansión de las libertades sobre la base de la información, y no a la mera suma de la maximización de las utilidades de los individuos; las libertades aparecen al tiempo como fin y medio esencial para el desarrollo; y el empoderamiento y agencia de las mujeres como factor esencial para el cambio social. La libertad individual se configura así como compromiso social, pues las capacidades de las personas dependen de la naturaleza de las instituciones sociales, responsabilidad del Estado y de la sociedad. Y, a pesar de las críticas que desde la cultura se han hecho a los derechos humanos —en cuanto a su legitimidad, coherencia o producto de la cultura o civilización occidental—, de su cuestionamiento desde los proclamados “valores asiáticos”, éstos aparecen como componentes esenciales de y para el desarrollo.

Cabe preguntarse por la diferencia entre el análisis del desarrollo centrado en el PIB per cápita y el que centra su atención en la libertad de las personas. Para Sen (2000: 348), “las diferencias se deben a dos razones bastante distintas, relacionadas, respectivamente, con el ‘aspecto de los procesos’ y el ‘aspecto de las oportunidades’ de la libertad. En primer lugar, dado que la libertad se refiere tanto a los procesos de toma de decisiones como a las oportunidades para lo-

2. Sen, Amartya. *Desarrollo y libertad*, Barcelona, Planeta, 2000.

grar resultados valorados, no podemos limitarnos a interesarnos sólo por los resultados, como el aumento de la producción o de la renta o la generación de un elevado consumo (u otras variables con las que está relacionado el concepto de crecimiento económico). Algunos procesos como la participación en las decisiones políticas y la elección social no pueden considerarse –en el mejor de los casos– como medios para lograr el desarrollo (por ejemplo, medios que contribuyen al crecimiento económico), sino que deben considerarse como partes constitutivas de los fines mismos del desarrollo”.

Por otro lado, “En la perspectiva del desarrollo como libertad tenemos que examinar –además de las libertades implícitas en los procesos políticos, sociales y económicos– el grado en que los individuos tienen la oportunidad de lograr resultados que valoran y tienen razones para valorar. Los niveles de renta real de que disfrutaron son importantes porque les dan la oportunidad de comprar bienes y servicios y de disfrutar del nivel de vida que va unido a esas compras. Pero... los niveles de renta suelen ser un indicador insuficiente sobre algunas cuestiones tan importantes como la libertad para vivir muchos años o la capacidad para escapar a la morbilidad evitable o la oportunidad de tener un empleo que merezca la pena o para vivir en una comunidad pacífica y libre de delincuencia. Estas otras variables apuntan a oportunidades que los individuos tienen excelentes razones para valorar y que no están relacionadas estrictamente con la prosperidad económica” (Sen, 2000: 348-349).

Aspectos de los procesos y de las oportunidades, tanto por su importancia intrínseca como derivada, que nos llevan de centrar el énfasis en el capital humano –que “tiende a centrar la atención en la agencia de los seres humanos para aumentar las posibilidades de producción” (Sen, 2000: 350)– a hacerlo en las capacidades humanas. Para comprender el papel de éstas debemos tener en cuenta su importancia directa para el bienestar y la libertad de los individuos y el papel indirecto que desempeñan al influir en el cambio social y en la producción económica.

Desarrollo como libertad, cambio de paradigma que, lejos de la condena a permanecer encerrado en la caverna de las ideas de Platón, se convierte en pensamiento para la acción al sustentar el con-

cepto de desarrollo humano y sus indicadores, su índice e informes elaborados por el PNUD configurados en necesario referente para la medición del desarrollo al tiempo que base conceptual del “contrato social de la humanidad” que suponen los objetivos del milenio y la hoja de ruta o estrategia para su consecución que propone para ello el Informe Sachs (2005) –*Invirtiendo en desarrollo. Un plan práctico para alcanzar los objetivos del Milenio*–, como gran pacto global para la erradicación de la pobreza, la supervivencia y la viabilidad de la nave espacial Tierra. Que, más allá de la incidencia en la transformación de la realidad que pueda acabar teniendo, nos demuestra que ideas y propuestas, *haberlas haylas*, no en publicaciones marginales, sino en los documentos e informes de Naciones Unidas sometidos a la consideración de la cumbre de los gobernantes y líderes mundiales.

¿Dónde? Desarrollo holístico, al tiempo natural, humano, social y mundial –ámbitos o espacios en sí mismos y en la relación entre ellos–, sobre el que Galtung³ (2003: 256) afirma: “La conclusión es clara: como programa, como teoría, como práctica, el desarrollo tiene consecuencias para todos los países del mundo. Mejor que la fórmula bipolar que sobrevivió al colonialismo (la de países más desarrollados y menos desarrollados –o desarrollados y en desarrollo–), sería que todos los países están mal desarrollados, pero de distintas maneras, y que el mal desarrollo aparece en todos los espacios”

Desarrollo, en definitiva, como reto de todos y para todos, intransitivo, afirmación en positivo de lo que al abordar las visiones clásicas señalábamos como ausencia. Desarrollo, también, en el tiempo, del tiempo, para el tiempo, el planeta y el mundo que vivirán nuestros nietos.

Tirana, enero de 2009

3. Galtung, Johan. *Paz por medios pacíficos. Paz y conflicto, desarrollo y civilización*, Bilbao, Bakeaz/Gernika Gogoratuz, 2003.

La tradición del haiku en la ciudad de Nueva York en la poeta puertorriqueña Carmen Valle

MARTA LÓPEZ LUACES

Profesora de Literatura Española, Montclair State University
Escritora, editora de *Galerna: Revista Internacional de Literatura*

Carmen Valle, poeta puertorriqueña que reside en Nueva York desde hace veinte años disfruta de una larga y fructífera carrera tanto en la poesía como en la prosa. Acaba de publicar un libro titulado *Haiku de Nueva York* que retoma la larga tradición que esta forma ha mantenido en la poesía latinoamericana. Como la poeta misma nos explica en la introducción al libro, el haiku es una forma poética originaria de Japón, con una temática por lo general muy directa y en apariencia simple. En muchos casos, estos breves poemas captan un momento y describen una escena muy específica –habitualmente de la naturaleza–, ubicada en una época determinada del año. Matsuo Basho fue uno de los más destacados cultores del haiku. El haiku tradicional consta de 17 moras (unidad lingüística de menor rango que la sílaba) dispuestas en tres versos de 5, 7 y 5 moras, sin rima. Suele contener una palabra clave denominada kigo, que indica la estación del año en la que se sitúa la acción, por demás levísima. Tradicionalmente, el haiku se utilizaba para describir fenómenos naturales, el cambio de las estaciones, o algún instante del devenir de la naturaleza que llevaba al poeta a meditar en

analogías más altas. Muy influido por la filosofía y la estética zen, su estilo se caracteriza por la naturalidad, la sencillez (ya que no el simplismo), la sutileza, la austeridad, y una aparente asimetría con la que el poeta tendía a confrontar el instante con la eternidad.

Muchas mujeres poetas se destacaron en el cultivo de esta forma hermética y sutil. Entre ellas, Den Sute-jo, Sonome, Shushiki y, especialmente, Chiyo, considerada la mejor creadora de haiku.

A lo largo del siglo XX el haiku también ha tenido un gran impacto en la literatura occidental, siendo muchos los poetas de Europa y Latinoamérica que se animaron a experimentar con esta forma, culturalmente tan ajena. Entre los latinoamericanos, fue Octavio Paz quien traduciría a Basho y quien indagaría entre los nombres más consagrados de la poesía en lengua española aquellos que en algún momento de su desarrollo poético dedicaron al menos una breve instancia de su recorrido a esta forma poética: entre ellos, Paz menciona a poetas de la talla de Tablada, Rebolledo, Carrera Andrade así como a Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez y Federico García Lorca, nombres que por sí mismos indican cuánto interés despertaron las formas importadas de otras culturas en algunos de los hitos más iluminadores de la tradición poética en lengua castellana: las vanguardias históricas de principios del siglo XX y esa magnífica confluencia de todas las tradiciones y todas las vanguardias que fueron los poetas del 27 español.

Como muchos de sus antecesores, Carmen Valle no sigue tan estrictamente la métrica como la estética del haiku. Así el lector de *Haiku de Nueva York* puede percibir el paso del tiempo y los cambios que traen a la ciudad las cuatro estaciones del año. Nueva York deviene así en un lugar mítico, en el que se busca un espacio propio. Es entonces que podemos escuchar las múltiples voces de la ciudad posmoderna. Escuchamos a estos nuevos sujetos, formados en un mundo global, sufrir de emociones encontradas: el deseo de mantener el individualismo como modo de vida y el de pertenecer a una comunidad con la que se puede identificar. Así, este sujeto poético, siempre acechado por la soledad y la marginalidad, se encuentra rodeado por comunidades en el que el modo de vida, muy tradicional, dicta que la lealtad (familiar, cultura, nacional, racial, etc.) es el valor con mayor importancia. Es por este movimiento que el paseo

de este yo lírico a través de la ciudad es un intento por recrear el escenario emocional del sujeto posmoderno.

Sin embargo, en estos brevísimos poemas de Carmen Valle, ese devenir no se hace obvio, sino que se sugiere a través de sutiles detalles y descripciones, como fugaces complicidades que la poeta quisiera compartir con sus lectores. Así, y a partir de una perspectiva de “afuera”, el sujeto se transforma en un espectador de esta ciudad. De este modo el espacio urbano se convertirá en un lugar donde convergen múltiples y contradictorias lecturas. De esta forma, las palabras que se refieren al espacio y al tiempo se transforman en las claves o lo que es lo mismo, el *kigo*, de estos poemas.

Así como vamos leyendo Nueva York se transforma en un motivo poético que va tomando una personalidad muy específica según avanza la obra. De este modo podemos percibir que Nueva York se vuelve espejo de una nueva sensibilidad. En la cosmología literaria de Carmen Valle se yuxtaponen diferentes registros de tal modo que parece querer recrear una visión que está, particularmente, centrada en una ciudad trascendida, en este libro, por una mitología personal en que la ciudad es el motivo recurrente en donde se proyecta el yo lírico. A partir de una perspectiva muy individual, y una voz lineal, Carmen Valle representa Nueva York como motivo que da unidad a la obra. La relación, entre el sujeto y la ciudad que la rodea, se muestra como un modo de leer el universo interior enrarecido por los cambios de la posmodernidad. Así, el yo lírico proyecta en esta ciudad su vida interior en la cual el lector puede apreciar cómo la globalización, y la transformación de las grandes ciudades por este fenómeno, ha implicado también un cambio en el sujeto cosmopolita.

Esta poeta, sin embargo, parece decirnos, que en esta ciudad donde cada barrio es un mundo muy diferente al anterior, el sujeto se siente, por eso misma diferencia, seguro: el cambio y la diferencia aparecen entonces ya no como norma o como algo extraño, sino el único espacio en el que este nuevo sujeto posmoderno puede realizarse. Es por eso mismo que, en esta obra, la ciudad aparece como objeto deseado, con valor en sí mismo, aunque no por eso el yo lírico deja de explorar las distintas realidades y el impacto en su mundo interior y poético. Así el discurso poético aquí no necesaria-

mente interpreta la ciudad como modo de crear ciertos límites entre yo y el otro o como modo de explorar la pérdida o sus habitantes como representantes de seres exiliados. Desde un yo que no delimita, ni impone un significado específico al espacio de la ciudad transforma el “yo” enunciativo se transforma en una metáfora de la desaparición de los límites impuestos tradicionalmente por razones de raza, cultura o idioma.

El lector se deja llevar así por la voz poética por los diferentes barrios que conforman la ciudad, con sus diversas etnias e idiomas. Parece entonces que recorriéramos no una ciudad sino las diferentes geografías del mundo.

Poemas para iniciar son aquellos que le revelan la ciudad a los que están lejos. Poemas para iniciados llamaríamos a aquellos que se tienden como un puente, como un guiño, entre la poeta y sus lectores neoyorquinos: “No ver amigos / es razón aceptable / del ocupado” o “Algunos barrios / espejo de su espejo / emiten pasaporte” produce una intimidad entre la palabra y el lector.

La tensión entre luz y oscuridad, alegría y tristeza, calor y frío atraviesa todo el poemario como antes muchos de sus pares en la tradición japonesa. Aquí la antítesis choca, conceptualmente, con la linealidad y organización de las calles de Nueva York. su lineal trayectoria para transformarse en un movimiento simultáneo donde se cruza lo recordado con lo actual. Nos sorprende la aparente facilidad con que sucesos del pasado interrumpen o, a veces lo contrario, desencadenan hechos en el presente. La instancia de lo cotidiano resulta así elevada por una mirada donde el tiempo parecería detenerse y observarse la ciudad como proyección de su interioridad.

El yo reconstruye ese espacio desde los hechos cotidianos, como centrales para el poema y así Nueva York se va transformando en un lugar mítico en el que se busca un espacio del lenguaje poético, en el que los diversos universos se enlacen. Sin embargo la ruptura de ese mundo mítico ocurre con el brutal acto terrorista del once de septiembre.

Para cerrar el poemario, esta poeta puertorriqueña, Carmen Valle, dedica una sección a una experiencia tan única como extrema, y tan violenta en la experiencia y en nuestra memoria que proba-

blemente ningún haiku antes de los suyos se hayan hecho eco de tanta tragedia. En efecto, la última sección de Haiku de Nueva York se refiere al atentado contra las Torres Gemelas y a las marcas que ha dejado en la ciudad y en la memoria colectiva. Así, el atentado ocurrido en Nueva York, el 11 de septiembre del 2001 contra las Torres Gemelas marca un antes y después, más aun, en este tiempo cíclico que Carmen Valle nos hace percibir, habría una instancia atemporal, una no-estación, una insoslayable ruptura con todo hábito posible: “Ciudad herida / un largo hilo de miedo / cruza sus calles.” Un horror que se hace palpable cuando el poema una vez llamado a cantar la caída de las flores de cerezo, dice con total crudeza: “Los respiramos / tantos incinerados / que el viento trae”. Esta ciudad dedicada a la vida, a la juventud, a disfrutar del momento, ahora está de luto.

Es como si Nueva York hubiese envejecido de golpe.

Nueva York, enero de 2009



Las lunas cambiantes de América

JESÚS SEBASTIÁN

Instituto de Estudios Documentales sobre
Ciencia y Tecnología (CCSH-CSIC)

El escenario de la cooperación internacional al desarrollo ofrece múltiples oportunidades para las interacciones personales, el conocimiento de nuevas realidades, el aprendizaje de la cultura de la diversidad y otras muchas externalidades que complementan y enriquecen la actividad principal de contribuir a los procesos de desarrollo de los pueblos y a la creación de condiciones para una mayor equidad y justicia. Posiblemente, los principales beneficiarios del desarrollo humano, objetivo que se trata de generalizar en el mundo con el apoyo de la cooperación, son precisamente los propios actores que participan en las actividades de cooperación. En este artículo me gustaría reflejar una experiencia personal que se puede considerar una de estas externalidades y que integra las múltiples dimensiones que creo sólo se pueden dar en el ámbito de la cooperación internacional.

Mi inmersión en la cooperación al desarrollo se produjo en los momentos de la creación de la Agencia Española de Cooperación Internacional (AECI) a principios de 1989 tras una etapa de docencia e investigación en el ámbito de la bioquímica y la biología molecular y una segunda etapa de actividad en la política científica y la gestión de la investigación. El mundo de la cooperación al desarrollo era muy ajeno a mi experiencia y conocimiento, pero la introducción se facilitó mucho por el entusiasmo contagioso de Carmelo Angulo, entonces Director

General del Instituto de Cooperación Iberoamericana, que me ofreció una de las Subdirecciones generales creadas en la AECI para organizar y fomentar la cooperación con los países de mayor desarrollo relativo de América Latina. Dada mi trayectoria anterior, me hice cargo también de la Secretaría General del Programa Iberoamericano de Ciencia y Tecnología al Desarrollo (CYTED). Una y otra actividad me ofrecieron la oportunidad de conocer y relacionarme con muchas personas de los más diferentes ámbitos y participar tanto en reuniones semiclandestinas de la mano de Julián Salas, primer Coordinador General de la Cooperación en Chile, preparatorias del futuro Gobierno de la Concertación, todavía con Pinochet en el poder, como compartir los salones presidenciales de numerosos países. Pero la historia que quiero contar tiene poco que ver con todo esto y es más trivial y lúdica.

Todo comenzó en una cena a finales de octubre de 1992 en el Restaurante La Biela en la Recoleta en Buenos Aires. Estaba cenando con Rosa María Calaf, entonces corresponsal de TVE en Argentina, Loreto Arenas, amiga galerista y entusiasta de la astrología y Manolo Meseguer, director de la Agencia EFE en Buenos Aires. Tras las correspondientes par de botellas de un estupendo *Malbec* de Navarro Correas apareció la luna en la conversación. Loreto comentó cómo la luna se veía en Buenos Aires al revés que en Madrid, lo que tras el primer impacto de escuchar algo desconocido para mí, del cálculo mental de buscar una explicación y del escepticismo de mis compañeros de mesa, me pareció que era una de las muchas bromas de Loreto, aunque insistía con el argumento de que era bien sabido, según ella, que la “luna en el norte miente”. Así que quedamos en tener una prueba empírica. El día siguiente viajaba a Madrid y debía mirar la luna y compararla con la que dejaba en Buenos Aires. Efectivamente Loreto tenía razón. En ese momento la luna estaba próxima a cuarto creciente y tenía forma de C en Buenos Aires y de D en Madrid. O sea que efectivamente, la luna no es de fiar en el norte, tiene forma de C cuando Decrece y de D cuando Crece, mientras que en el sur la luna hace lo que parece. Primera moraleja que dejo a disposición del lector.

Pero ahí no terminó todo, puesto que afloró mi curiosidad científica. Si en el norte se ve la luna de una manera y en el sur de otra, ¿cómo se ve en el Ecuador? Llamé a Ángel Moreno, Coordinador en

este país y actualmente en la AECID en Buenos Aires, y le pedí mirar la luna de Quito esa noche y enviarme un dibujo por fax. No pude ver la cara de Ángel (no se había inventado la *webcam*) aunque la supongo, si bien tampoco me pidió muchas explicaciones de tan insólita misión, dada mi fama de científico un tanto raro y las innumerables “instrucciones” que se enviaban desde la sede central de Reyes Católicos de la AECI a la oficinas técnicas de la cooperación. La sorpresa fue mayúscula al recibir el fax el día siguiente. ¡La luna tenía la misma forma que en Madrid!

¿Entonces?, ¿dónde da la vuelta la luna? Había que encontrar una respuesta. En unos pocos días organicé una experiencia mundial de observación lunar. Hablé con unas cuarenta personas distribuidas a lo largo de América, desde Vancouver hasta la Base Antártica Española, dirigida entonces por Pepita Castellví, amiga y colega en el CSIC. Les hablé de la experiencia que quería hacer, se trataba de que todos miraran la luna la noche del 29 de enero de 1993, hicieran un dibujo y lo enviaran por fax. Por cierto que la elección del día no era casual. El 29 de enero es San Valero, patrón de mi ciudad, Zaragoza, y era cuarto creciente, la forma de la luna era la óptima para detectar los cambios. La luna llena se ve igual en todas partes y la nueva no se ve en ninguna.

No recuerdo que nadie pusiera pegas o se negase a participar. Al contrario, todo el mundo se mostraba feliz de participar en semejante ocurrencia. En descargo de mi currículum tengo que decir que la experiencia no se planteaba con el rigor que exige el método científico, puesto que no se dieron indicaciones de la hora precisa en que había que hacer la observación en cada lugar, era pedir demasiado! Eso sí, se cumplía el criterio de equilibrio de género, 58% observadoras y 42% observadores. Entre ellos predominaban las personas relacionadas con el mundo de la cooperación: Carlos Cano, Gerardo García, Pilar González Laso, Beatriz de Lorenzo, Cipri Martín, Lola Martín Villalba, Juan Martínez de Velasco, Nieves Martínez, Miguel Monjas, Antonio Morales, Ángel Moreno, Carmen Moreno, José Rodríguez Salinas, Rafael Ruiz de Lira, Pablo Sevilla y Carmen Tato. También había académicos, investigadores, amigos de amigos e incluso un militar. Se trata de Víctor Quiroga, al mando entonces del buque oceanográfico antártico español, el *Hespérides*, a quien había conocido unas semanas antes en

una escala en Salvador de Bahía, donde estaba reparando un motor averiado en su ruta a la Antártida y se mostró sumamente interesado en participar en la experiencia.

Llegó la noche del 29 de enero y a la mañana siguiente llovieron los faxes con las lunas. Dado que en la sede de la AECl en Madrid el fax era general y no era cosa de que llegaran cuarenta lunas a mi nombre, porque tendría una difícil explicación oficial, se diversificaron los envíos en tres direcciones, a la AECl, al fax de María Elena y Jordi Montserrat y otros al de Pepe Sacristán, en cuya casa cerca de El Escorial nos reunimos varios amigos para hacer las primeras evaluaciones de los resultados. Llegaron 33 lunas y en seis lugares no se pudo ver por estar nublado. Entre éstos la Base Antártica Juan Carlos I y el buque Hespérides que esa noche navegaba por las Islas Shetland del Sur, con gran frustración de Pepita y del Comandante Quiroga, que había mantenido a la marinería en permanente estado de alerta por si en algún momento se hubiese producido un claro que hubiera permitido la observación, según relató con gran detalle en el télex que envió desde el buque. El paralelo más al norte que se pudo ver la luna es el que pasa por Boston y el más al sur, el de Concepción en Chile.

Puede ser objeto de una tesis doctoral de psicología como cada observador mostró su personalidad en su dibujo de la luna. Tamaños, tipo de comentarios, dibujos adicionales y un sin fin de detalles. Tres muestras, un excelente dibujo al carbón de Nines Mata con las siluetas de los tejados y árboles de Santiago de Chile con la luna en el centro, Gerardo García y Maripi se instalaron en un puente sobre el Periférico en la Ciudad de México para hacer un reportaje fotográfico a lo largo de la noche y el comentario de Miguel Monjas desde Asunción que tuvo muchas nubes la noche del 29 pero trató de hacer una comparación entre la del 28 y el 30 con una prolija descripción: “creía tener una imagen clara de la luna del 28, la que hubiera dibujado —de cuernos mucho más afilados— si no hubiera sido, porque la cara del 31 apareció diferenciada de la del 30 en menor incremento proporcional que lo que yo creía existía entre la del 28 y el 30”.

El resultado. Estandarizando todos los dibujos de las lunas al mismo tamaño y ordenándolas del paralelo más norte al más sur se observa como desde un cuarto creciente con forma de D en Boston,

progresivamente se va dando la vuelta hasta Quito donde tiene forma de C y en todo el resto del hemisferio sur se mantiene esta forma. Y ¿dónde está totalmente tumbada?, en el paralelo que pasa por la Ciudad de México y La Habana, que corresponde aproximadamente con el trópico de Cáncer.

Sin embargo, este resultado no era compatible con la primera observación que había hecho en Madrid y Quito unos meses antes. La solución vino en una experiencia posterior con muchos menos observadores que mostró que en el siguiente equinoccio la transición se produce en el paralelo que pasa por Brasilia y Arica, que corresponde con el Trópico de Capricornio. Así que la órbita de la luna tiene un balanceo alrededor de la tierra.

Hasta aquí la historia. No vamos a entrar en las explicaciones técnicas de cómo la forma de la luna iluminada por el sol se ve desde la Tierra de diferente forma según el punto de observación, lo que mi amigo físico Fernando Briones me explicó detalladamente sobre una servilleta de papel semanas después. Lo que quiero resaltar es que esta experiencia reafirma la cultura de la comprensión y de la tolerancia, puesto que una misma realidad se percibe de diferente forma según la posición de cada uno. Y la asunción de esta cultura me parece fundamental en la cooperación al desarrollo. En segundo lugar, esta experiencia solamente se pudo hacer por las amistades hechas en los numerosos viajes y actividades de cooperación, claro que ahora con Internet sería más sencillo poder organizar una red social con decenas de personas desconocidas, pero no es lo mismo! Y finalmente, esta historia es un buen ejemplo de una red de cooperación en la que se cumplen algunas de las principales condiciones necesarias para el éxito de este potente instrumento: concreción en el objetivo, complementariedad en los asociados, claro reparto de tareas, cumplimiento de los compromisos, sentido de pertenencia y liderazgo.

Espero que los lectores puedan sacar otras muchas conclusiones y entre ellas, aficionarse a mirar la luna, para compartir una mirada con media Humanidad.

Madrid, febrero de 2009
Año Internacional de la Astronomía



Gobernanza global de las migraciones y desarrollo

RAFAEL DOMÍNGUEZ MARTÍN

Director de la Cátedra de Cooperación Internacional
y con Iberoamérica, Universidad de Cantabria

En 2004 un destacado panel de economistas internacionales incluyó las migraciones entre los diez grandes desafíos de la humanidad para el siglo XXI. Un año antes Naciones Unidas creó la Comisión Mundial para las Migraciones Internacionales con el fin de impulsar un diálogo de alto nivel, el Foro Global sobre Migración y Desarrollo, que tras sendas reuniones (Bruselas 2007 y Manila 2008) ha logrado que ese sea precisamente el eje temático del próximo Informe del Desarrollo Humano en 2009.

Desde la perspectiva de los países desarrollados, como principales aunque no únicos destinatarios de las migraciones internacionales, la inercia de las políticas públicas relacionadas con este desafío (políticas migratorias, de integración y de co-desarrollo) responde al dilema de cómo conciliar las preferencias expresadas por el votante mediano (cierre de fronteras) y las necesidades económicas resultantes del envejecimiento, la baja fertilidad y el alargamiento de la esperanza de vida que cubre la inmigración y que la hacen imprescindible para nuestra supervivencia como sociedades desarrolladas en el futuro. En efecto, para mantener la población en edad de trabajar actual en Europa, se necesitarán 48 millones más de inmigrantes hasta 2050, y, suponiendo una tasa de empleo del 70% y que no cambie la edad de jubilación, 183 millones más para mante-

ner la tasa real de dependencia. En el caso de España, estas cifras serán de 6,2 y 20,2 millones respectivamente.

Por tanto, aunque ahora la tasa de emigración mundial (3,5%) es menor que en la primera oleada de la globalización de principios del XX (5,2%), cabe esperar que el siglo XXI sea otra era de las migraciones internacionales. Una gran parte de los analistas y de la doctrina vinculada a la docena de instituciones internacionales que se ocupan de los movimientos migratorios señala como determinantes de los mismos las desigualdades demográficas y de desarrollo entre países, lo que la opinión pública y los líderes políticos del mundo desarrollado traducen, con la inestimable ayuda de los medios de comunicación, en la idea simple de que la emigración es la antítesis del desarrollo.

La visión de la migración como huida de la pobreza o el desempleo que proponen los medios, y que nuestros políticos repiten irreflexivamente, da como resultado la creación de un problema que necesita ser resuelto. Proactivamente, para unos, mediante Ayuda Oficial al Desarrollo (un discurso de la solidaridad que niega de manera implícita la capacidad de agencia de los individuos), liberalización del comercio mundial (aunque con graves problemas de coherencia de políticas) y/o inversión extranjera (con el falso dilema deslocalización versus inmigración), bajo el supuesto de que el desarrollo en los países emisores reducirá la emigración. Pero si los gobiernos se dejan llevar por las presiones del votante mediano que considera los migrantes como una amenaza para su identidad o ahora su empleo –y, por tanto, la inmigración como un fenómeno indeseable que hay que frenar o revertir–, la respuesta al problema construido es reactiva, con políticas de cierre de fronteras que tienen como efecto perverso estimular la migración irregular e incentivar el asentamiento permanente con reagrupación familiar de lo que podrían ser migrantes legales circulares, a la vez que se alimenta el racismo y la xenofobia tras cada periódica, e inevitable, regularización.

Todo esto resulta sorprendente cuando, desde Ravenstein y Kuznets, sabemos que el crecimiento económico está acompañado por un aumento de la movilidad espacial de la población (dentro y entre países) y la experiencia de los países emergentes indica que es el crecimiento económico y la incorporación de los mismos a la eco-

nomía global lo que amplía el horizonte de las aspiraciones vitales de su gente para mejorar la propia condición. Por eso mismo África subsahariana es la región con menor tasa migratoria, aunque cabe esperar que si la AOD funciona en áreas como educación e infraestructuras y hay coherencia en las políticas comerciales, la región despegue en su desarrollo y con éste aumente la emigración (en 2025, el número de africanos migrantes potenciales, los jóvenes que entonces tendrán entre 15 y 29 años, será de 465 millones).

Dicho de otra manera, la migración es consustancial al proceso de desarrollo, existiendo una relación entre la tasa de emigración y el PIB per cápita en forma de U invertida. Así, para la migración a la OCDE, las tasas migratorias por países de procedencia son del 0,5 para los de renta baja, 3,3 para los de renta media-baja, 4,2 para los de renta media-alta y 2,8 para los de renta alta; por áreas geográficas, los datos también confirman la U invertida, con África subsahariana con una tasa migratoria del 1%, el Sudeste asiático con el 1,6%, México y Centroamérica con el 11,9% y Estados Unidos y Canadá con el 0,8%. Y el mismo razonamiento vale para las personas dentro de los países. Desde España, segundo receptor de la OCDE de inmigrantes en los últimos años, el INE (Encuesta Nacional de Inmigrantes de 2007) ha mostrado que dos tercios estaban trabajando antes de venir y que sólo un 23% adujeron la falta de empleo para emigrar, frente al 40% que señalaron como motivo la calidad de vida de España, lo que indudablemente alude al impulso universal smithiano de mejorar la propia condición.

En términos microeconómicos, la decisión de migrar tiene que ver también con otro instinto universal, en este caso vebleniano, que es el de emulación y que se alimenta de un cambio que frecuentemente acompaña el crecimiento económico tal y como lo concebía Kuznets: el aumento transitorio de las desigualdades interpersonales. No emigran los más pobres absolutos, por la trampa de pobreza o restricción de liquidez, sino los que en la escala de la distribución padecen desigualdades evitables. Casi tres cuartas partes de los emigrantes procedentes de África y más de la mitad de los de Asia y América Latina con destino a países de la OCDE tienen educación terciaria o universitaria, uno de los indicadores que se utiliza

para identificar la clase media. Como las remesas inicialmente contribuyen a aumentar las desigualdades, el proceso migratorio se retroalimenta por efecto demostración (que genera privación relativa) hasta que la densidad de la emigración (la red de emigrantes) hace caer los costes del desplazamiento, permitiendo que cada vez más familias de menor renta puedan emigrar y se reduzca finalmente la desigualdad.

La migración sirve así para romper con las trampas de desigualdad dentro de Estados frágiles, o con baja calidad de la democracia, sistemas patriarcales y/o altos niveles de corrupción. Países en los que es imposible o muy difícil ejercer la voz para cambiar las reglas que permitan la movilidad social ascendente y donde ésta se ve bloqueada a nivel agregado por la gran corrupción del gobierno y a nivel individual por la organización patriarcal familiar, dejando como única alternativa a sus nacionales que no padecen restricción de liquidez “votar con los pies”. Esto resulta una explicación sugerente de la dirección y feminización de las migraciones y pone de relieve dos de sus principales externalidades, que son la difusión de los valores democráticos y el proceso de ampliación de capacidades.

La migración es, por supuesto, el factor de integración que tiene un impacto más elevado sobre el crecimiento global (la liberalización del mercado de trabajo mundial generaría nada menos que 10 puntos porcentuales de PIB al año, frente a 1 de la liberalización del comercio mundial). Por eso las restricciones a las entradas de emigrantes, que son mucho mayores que las impuestas a los capitales, bienes y servicios, deberían revisarse para evitar que el desajuste entre la retórica política en favor del cierre de fronteras y la realidad de nuestros mercados de trabajo segmentados y sedientos de inmigrantes de baja y alta cualificación dé lugar, en cuanto pase la crisis, a la nueva oleada de irregularidad institucionalizada y, por tanto, a mayores problemas de exclusión social, racismo y xenofobia, además de sobrecualificación.

Todo ello plantea un desafío formidable de gobernanza mundial y requiere una respuesta conjunta que nazca del diálogo y del compromiso de todos los países. Porque será necesario poner de acuerdo en las políticas migratorias a países emisores, de tránsito y

receptores, y hacerlas coherentes con las políticas comerciales. Además, habrá que dejar de pensar en la AOD y en el codesarrollo como instrumentos para “regular los flujos migratorios”, eufemismo que solo anuncia la restricción o reversión de dichos flujos: o bien estas políticas desconocen que la migración es producto del desarrollo (entendido como crecimiento y cambio estructural, pero también como ampliación de capacidades o desarrollo como libertad y como derecho humano), o bien la AOD se dona en el convencimiento de que no va a tener ninguna repercusión significativa sobre el crecimiento económico (pues si lo tuviera acabaría contribuyendo a aumentar la migración). Y, por último, aunque no en último lugar, habrá que establecer incentivos para coordinar la políticas de integración, lo que implicará ampliar derechos de ciudadanía en términos de residencia, aceptando que vivimos ya en un mundo de múltiples lealtades derivadas de identidades plurales y que la retórica de la historia común de países como España con América Latina (que a su condición de región de renta media une la de ser la más desigual del mundo y, por tanto, plantea un enorme potencial migratorio) tiene que concretarse en el derecho a la ciudadanía transnacional.

Santander, febrero de 2009



España y los Bicentenarios de la Independencia de las Repúblicas Latinoamericanas

CELESTINO DEL ARENAL

Catedrático de Relaciones Internacionales,
Universidad Complutense de Madrid

SIGNIFICADO Y ALCANCE DE LOS BICENTENARIOS

La Conmemoración de los Bicentenarios de la Independencia de las Repúblicas Latinoamericanas representa un acontecimiento de especial significado y trascendencia para América Latina, por cuanto que enfrenta a los países latinoamericanos y a la propia región con su pasado, su presente y su futuro.

Es, además, una conmemoración que, aunque con alcances muy diferentes, afecta también a España, en cuanto actor de un mismo hecho histórico, que tiene importantes proyecciones en el presente. No hay que olvidar que las independencias y los consiguientes procesos de construcción nacional de las repúblicas latinoamericanas se hicieron en general, con mayor o menor fuerza según los casos, frente a España, afirmando su propia identidad frente al pasado y lo español, como única forma de ser otros y diferentes, pero sin poder obviar sus profundas raíces hispánicas, que continúan presentes en el momento actual.

Se trata, en consecuencia, de un acontecimiento con un alto contenido simbólico, dado su carácter fundacional, en el que están presentes múltiples cuestiones de naturaleza política, económica, social y cultural, que afectan a cuestiones clave de los países latinoamericanos.

No hay que olvidar que los Bicentenarios, además, se van a conmemorar en un escenario muy complejo, caracterizado por las crecientes diferencias políticas existentes entre los gobiernos de los países latinoamericanos y por el auge del populismo en algunos países, con las consecuencias que este hecho puede tener para el papel de España en dicha conmemoración. Un escenario caracterizado igualmente por la fragmentación e inestabilidad de los procesos de integración regional y subregional y por el replanteamiento que están experimentando las relaciones entre la Unión Europea y América Latina.

Las Conmemoraciones se van a producir, además, en un escenario económico y social en proceso de profundo cambio, como consecuencia del impacto que la actual crisis económica mundial puede tener en los buenos datos económicos que han caracterizado a América Latina en los últimos años y en el deterioro de sus indicadores sociales. La crisis económica puede traducirse rápidamente en un descenso de las tasas de crecimiento económico, en la contracción del crédito, en la caída de la demanda externa, en la disminución de la inversión extranjera y de las remesas, y, consiguientemente, en el incremento de los niveles de desempleo y en el aumento de los niveles de pobreza y de desigualdad social.

Si a todo lo anterior se añade que se trata de una conmemoración dispersa en el tiempo, pues transcurre al menos entre 2009 y 2026, con fechas muy distintas para cada uno de los países; que se trata de Conmemoraciones eminentemente nacionales; que no existe una perspectiva única entre los distintos países a la hora de plantear su alcance y sentido; que no hay una conmemoración de alcance regional, se comprende el carácter extraordinariamente complejo, multidimensional, disperso y heterogéneo que tiene dicha conmemoración.

UNA OPORTUNIDAD DE COOPERACIÓN ENTRE ESPAÑA Y AMÉRICA LATINA

Los Bicentenarios ofrecen, por lo tanto, una importante oportunidad a los países latinoamericanos y a América Latina como región para confrontar sus raíces históricas, su problemática del presente y sus retos de futuro en un mundo crecientemente interdependiente y global.

Pero ofrecen también una oportunidad de cooperación a aquellos Estados, como es el caso de España, que comparten historia, lengua y cultura con América Latina; que mantienen intensas y especiales relaciones político-diplomáticas con los países de esa región; que tienen importantes vínculos y relaciones de todo tipo entre las respectivas sociedades, en términos económicos, sociales y culturales; que dedican una atención prioritaria a la cooperación con dichos países y que, por todas las razones anteriores, han apostado con los propios países latinoamericanos por avanzar en la construcción de una Comunidad Iberoamericana. En todo caso, el papel de España en los Bicentenarios ha de ser el de acompañante de los países latinoamericanos, en ningún caso el de protagonista.

Los Bicentenarios constituyen, en consecuencia, una oportunidad para que América Latina y España colaboren en la definición de la agenda de los mismos y reflexionen y planteen conjuntamente respuestas sobre el pasado, el presente y el futuro de América Latina y sobre las relaciones mutuas.

En concreto, en primer lugar, los Bicentenarios presentan la oportunidad de hacer una revisión histórica y una lectura común de lo que supuso la historia conjunta, y, sobre todo, la independencia y la construcción nacional de los países latinoamericanos, de forma que éstas no se contemplen tanto como un proceso traumático y desgarrador sino como un proceso en el que España y América Latina se enfrentaron casi en el mismo tiempo a procesos de modernización política, económica y social, de afirmación, difícil pero finalmente exitosa, de la libertad, el constitucionalismo y la democracia.

En segundo lugar, ofrecen la oportunidad de reflexionar y articular iniciativas que den respuestas a los retos que hacen referencia a la conformación de los sistemas políticos y de sus sociedades; a las aspiraciones individuales y colectivas de gobernanza democrática, seguridad ciudadana, bienestar económico, cohesión social, disfrute pleno de los derechos de ciudadanía y reconocimiento de la pluralidad étnica y cultural, a las que debe responder ese proceso de construcción nacional, que se inicia con la independencia. Ofrecen la oportunidad también de reflexionar sobre la inserción actual y futura en el propio escenario latinoamericano, iberoamericano y mundial.

En tercer lugar, permiten colaborar con América Latina, en el difícil contexto generado por la actual crisis económica mundial, en las respuestas a los desafíos y problemas que la misma genera en los ámbitos económico y social, tanto a nivel bilateral como iberoamericano.

Finalmente, presentan la oportunidad de dar un nuevo impulso a las relaciones entre España y América Latina, reforzando la identidad iberoamericana, en lo político, lo económico, lo social, lo lingüístico y lo cultural, y, consecuentemente, el proceso de las cumbres iberoamericanas.

Como ha señalado el presidente del Gobierno, José Luís Rodríguez Zapatero, hay que “convertir dichas Conmemoraciones en una gran oportunidad para abrir una nueva etapa y dar un impulso mayor a las ya muy intensas y positivas relaciones. España quiere compartir con las naciones del otro lado del Atlántico la definitiva consolidación del constitucionalismo y la democracia, así como profundizar en la construcción progresiva de la Comunidad Iberoamericana”¹.

Conforme a estos planteamientos, el Gobierno de España y diversas instituciones y actores españoles, públicos y privados, están ya trabajando con vistas a la Conmemoración de los Bicentenarios, a través de diversas iniciativas de muy diverso alcance y sentido, conformando un entramado institucional, todavía abierto, que tiene y tendrá un papel central en la participación de España en dicho acontecimiento. Los ejes de ese entramado institucional están representados principalmente por la Comisión Nacional para la Conmemoración de los Bicentenarios de la Independencia de las Repúblicas Iberoamericanas y por el Embajador Plenipotenciario y Extraordinario para la Conmemoración del Bicentenario de la Independencia de las Repúblicas Iberoamericanas, el ex presidente del Gobierno, Felipe González.

Madrid, febrero de 2009

1. Intervención del presidente del Gobierno, José Luís Rodríguez Zapatero, en la XIV sesión ordinaria del Patronato de la Fundación Carolina (Palacio de La Moncloa, 10 de septiembre de 2007).

El modelo informativo, las ONG y la comunicación para el desarrollo

JUAN ANTONIO SACALUGA

Periodista

El diagnóstico sobre el estado actual de la política pública de comunicación sobre el desarrollo no puede dissociarse mucho del diagnóstico más general sobre el modelo informativo imperante, aunque, lógicamente, presenta características específicas y, por tanto, aconsejan respuestas singularizadas. Hagamos referencia en primer lugar al marco general.

A finales de los ochenta y primeros de los noventa se consuma una evolución en el modelo informativo que venía gestándose desde el final de la guerra de Vietnam y se aceleró, a finales de los setenta, con la crisis del modelo económico y social imperante en Occidente desde la posguerra mundial.

Se ha pasado de una razonable preocupación por el mundo a una visión espectacular del mundo. En la persistencia de estos desequilibrios básicos encontramos las razones de que sea difícil introducir una visión de comunicación para el desarrollo:

- La primacía de los valores individuales sobre los colectivos. El triunfo de las visiones neoliberales propagadas desde las atalayas mediáticas y políticas anglosajonas que emprendieron una cruzada no sólo contra el debilitado y agonizante sistema soviético, sino también contra las

expresiones políticas y sociales que defendían el compromiso, la equidad y la justicia sociales. El éxito individual, basado en la competitividad a ultranza, desplazó, también en los medios, a la solidaridad.

- La hegemonía de los hechos sobre las causas: el imperio del *evenement*, del acontecimiento. Tiene su lógica en esta última generación por los cambios “históricos” acontecidos; pero ese “empacho de historia” nos ha llevado a poner el foco sobre lo que pasa, no sobre por qué pasa, a desdeñar la explicación de sus causas o a analizar la verdadera importancia de su alcance. Además, la televisión, al estar cada vez más presente exagera el tratamiento del presente. El pasado –las causas– tiene mala reputación: se considera, erróneamente, ya sabido. Las causas, por deformación o por la pereza de la cultura visual, se eluden.

- El dominio de la trivialidad sobre la seriedad. Es, en cierto modo, consecuencia de lo anterior. La presencia continua de los medios en el “acontecimiento” le confiere a la información –a la internacional, también– un rasgo deportivo. Lo que importa es lo que pasa. “Está pasando, lo estamos contando”, decía el slogan de una cadena de información en continuo. Un acontecimiento sólo es superado por otro que le sigue. No hay tiempo para pensar, porque otros acontecimientos están en la cola, aguardando sitio en la ventana electrónica. Lo que importa es la sucesión de hechos, no su comprensión. Peor aún, no ha sido raro escuchar cómo estas cadenas de información en continuo hacían gala de que mostraban la realidad tal y como es. La apariencia de la realidad se convierte en prueba de veracidad. Esto es compatible, aunque parezca contradictorio, con los interminables programas de análisis en torno a un macro-acontecimiento. En esos programas se opina más que se analiza. Y eso conecta con el siguiente rasgo.

- El predominio de la opinión sobre la información. O, más bien, la contaminación de los géneros netamente informativos con elementos editorializantes o de opinión. Esto es más patente en la radio, pero se empieza a observar en la prensa, no sólo en las crónicas, sino hasta en los titulares. En la televisión, los debates han sido sustituidos por tertulias polarizadas. Esta tendencia se apoya en la creencia de que las per-

sonas no acuden a los medios para informarse, sino para confirmar sus inclinaciones, para dotarse de argumentos mejor elaborados con que combatir en el campo de batalla del conflicto social.

Estos rasgos no pueden ser más contrarios a lo que exige una comunicación para el desarrollo, porque, a mi entender, ésta presenta tres exigencias fundamentales:

- La paciencia. El desarrollo es un conjunto de procesos lentos, dilatados en el tiempo, que exigen maduración y sostenimiento. El desarrollo no presenta logros rápidos, ni fáciles, ni habitualmente espectaculares en el corto plazo. El desarrollo no se presta a las condiciones del directo. Desarrollo significa construir un país, consolidar un cambio, fortalecer una sociedad, reforzar una cultura... El desarrollo necesita tiempo y una comunicación pausada y consciente.

- El desarrollo tiene un aspecto grave, entendiéndolo por tal, complejo. No se reduce a unas cuantas fórmulas, aunque de todo se quiere hacer un icono, una instantánea, una imagen. La trivialización es rigurosamente incompatible con la comunicación para el desarrollo, porque éste implica la conexión de numerosos factores. No es fácil el reduccionismo en este campo, salvo que se caiga en la anécdota o en el esperpento. Incluso, la galería de tópicos existentes con el desarrollo, o con su ausencia o su debilidad es de corto vuelo: se agota rápido. Por eso, desaparece pronto de los menús informativos.

- El desarrollo no es un buen terreno de confrontación partidaria, no resulta un asunto recurrente en tertulias radiofónicas o televisivas, en gran parte por su complejidad, pero sobre todo por otra razón más poderosa: no resulta políticamente correcto despreciar el esfuerzo que se hace en pos del desarrollo. El comportamiento polémico se centra en la naturaleza política de los países que reciben ayuda para su desarrollo, pero esto se presenta reducido a un puñado de ellos. Los más pobres no suscitan pasiones. En general, se adopta una posición paternalista. A veces, se desliza una cierta incredulidad sobre la eficacia del dinero público, pero, en general, sobre todo, cuando se trata de auxiliar en una catástrofe,

nadie quiere aparecer como r cano. Por tanto, los temas apenas se mantienen en el guión de una tertulia y pasan a tratarse como “historias humanas”. En realidad, como peripecias de individuos, y se desdeña su dimensión social, su significación colectiva.

En los últimos veinte años han proliferado en España las organizaciones no gubernamentales dedicadas a promover el desarrollo de las poblaciones de la periferia mundial, en sus muy diferentes y variadas formas. La actividades de estas entidades ha sido desigualmente conocidas por los ciudadanos más preocupados o concienciados con estos problemas, en gran medida por el distinto eco que los medios de comunicación se han ido haciendo de sus trabajos y planteamientos.

Pero si intentamos comprender el fenómeno no desde el lado del emisor, sino del receptor, nos encontraríamos, a mi modo de ver, con las siguientes percepciones:

- El mundo está desigualmente repartido, y parece conveniente reajustar esa “anomalía”: conviene a todos que se reparta mejor.
- La percepción de esa brecha enorme entre países o zonas ricas y pobres se limita a ciertas imágenes, clichés o iconos con fuerte carga emotiva, pero escaso conocimiento de fondo, o racional.
- Según lo anterior, los medios, en el mejor de los casos, han reproducido o se han centrado en contar o transmitir “hechos” y, por lo general, han abandonado o descuidado las causas de esa desigual distribución de la riqueza.
- Como consecuencia de ello, durante mucho tiempo se implantó la idea de que esos países, esas zonas, esas poblaciones precisaban de ayuda. De “nuestra ayuda”.

Por tanto, desde la dimensión ciudadana, la aproximación a las cuestiones relacionadas con el desequilibrio social y material del mundo tenía un sentido ético o religioso, dependiendo de la orientación ideológica y del sistema de valores de quienes se ocuparan del asunto. O de una combinación de ambas.

Las organizaciones cristianas más progresistas, en la mejor línea de defensa tradicional de las poblaciones indígenas, fueron de las pri-

meras en llamar la atención sobre las consecuencias sociales y morales del atraso, la pobreza, etc. Y consiguieron extender el espíritu misionero desde una perspectiva exclusivamente religiosa, de evangelización de esas poblaciones, a otra más social, que se basaba en el empeño de que las sociedades opulentas comprendieran la necesidad moral de repartir nuestra abundancia.

Esta orientación religiosa, directa o indirectamente, consciente o inconscientemente, provocó que desde una perspectiva predominantemente laica o ciudadana, se forjara la conciencia de desarrollar políticas de “ayuda” a países o poblaciones más necesitadas; no por caridad, sino por solidaridad. Se apelaba a los derechos humanos y, en las lecturas más avanzadas o comprometidas, a los derechos sociales.

Este enfoque laico, por llamarlo así, era algo distinto, pero el fundamento del mensaje era similar: se trataba de aportar un esfuerzo para corregir una escandalosamente desigual distribución de la riqueza.

Esta visión de los problemas del desarrollo estaba dominada, por tanto, por el paradigma de la ayuda. El mensaje en los medios de comunicación era: “es solidario ayudar a los países pobres, es algo que merece la pena, nos hace mejores, la solidaridad es un valor positivo”, etc.

Ante este enfoque, surgieron, naturalmente, voces críticas o correctoras que trataron de colocar el debate público en una perspectiva política y situar los mensajes de comunicación no exclusivamente sobre los hechos, sino sobre las causas.

Este planteamiento penetró en muchas de las organizaciones no gubernamentales dedicadas al desarrollo e impulsó la creación de otras nuevas. Lenta pero sostenidamente, se pasó de una perspectiva de “ayuda” a otra de “desarrollo”.

La cuestión es si este cambio de paradigma que se ha venido produciendo a lo largo de estas décadas en el interior de las ONG, en sus perspectivas teóricas y en sus actuaciones prácticas, ha llegado con solidez a los medios.

Mi impresión es que la perspectiva de la ayuda sigue siendo dominante en los medios. Los hechos no dejan lugar a las causas.

El mundo es más curioso, pero no necesariamente está mejor informado. Los avances tecnológicos tienen efectos muy positivos —

su potencial lo es aún más— pero también han servido para profundizar en injusticias y desigualdades.

El “acontecimiento” nos llega rápidamente y muy visiblemente, como si lo tuviéramos en casa. Como si fuera algo nuestro. El impacto visual del acontecimiento, sobre todo si se trata de una catástrofe que tiene alto coste humano, tiene un efecto inmediato. A lomos de los avances de las telecomunicaciones, los medios descubrieron el “valor” noticioso del sufrimiento humano. Surgió la “catástrofe humanitaria” como “asunto temático”.

La formulación estaba clara: “alguien lo está pasando mal en algún sitio, nosotros se lo contamos, ustedes reaccionan poniendo todo lo que puedan de su parte para remediarlo o, al menos, aliviarlo”. El binomio catástrofe/solidaridad estaba servido.

La posibilidad de casi transmitir en directo las catástrofes o de llegar muy pronto obligó a las ONG a introducir nuevos elementos en su acción, pero también en su discurso. Surgieron las “emergencias”: sin renunciar a su tarea más a largo plazo, más profunda, sintieron la necesidad de elaborar estrategias para lo repentino, para lo inmediato. Para estar en los medios, para influir en el mensaje.

Estas políticas de comunicación se desarrollaron con especial intensidad en la catástrofe de finales de los años noventa (*el Niño, el Mitch*, etc.) y a principios de la presente década (hambrunas, terremotos, etc.). Los medios jugaron un papel de transmisor y acompañante. En realidad, se trataba de una doble influencia: las ONG trataban de definir el mensaje de los medios, pero estos, con su alcance, con su impacto, con la conformación de las mentalidades ciudadanas obligaban a las ONG a afinar y ajustar sus estrategias.

Pero el gran escenario de esta relación dialéctica entre ONG y medios fue el *tsunami* del año 2004. Sin entrar en asuntos más polémicos de cómo se estableció, desarrolló y evaluó esa relación, lo que parece claro es que aquel “acontecimiento” confirmó la hegemonía de la lógica de los medios sobre la de la mayoría de las ONG. Se impuso el *evenement* sobre las causas, de forma aplastante.

Se nos dirá que la dimensión del “acontecimiento” fue tan descomunal, el impacto humano tan aplastante y la brutalidad de las imágenes tan cruda que resultó difícil introducir una línea de desarrollo

comunicacional más profunda. Lo cierto es que la inmensa mayoría del espacio y tiempo dedicados por los medios al *tsunami* estuvo consagrada a describir los efectos del maremoto; muy poco margen se dejó a las razones por las que se ni se previó, ni se amortiguó, ni se gestionó adecuadamente la catástrofe.

De la misma forma que, ya *a posteriori* y con perspectiva suficiente, tampoco se ha efectuado un seguimiento serio y suficiente de cómo se han repartido, utilizado y gestionado el inmenso volumen de ayuda pública y privada que se movilizó en aquellas semanas.

En realidad, esta perspectiva dominante del “acontecimiento”, de los hechos sobre las causas, no es sólo una cuestión epistemológica, de dónde colocamos la clave del conocimiento, de la comprensión de lo que ocurre. Refleja una actitud política, entendida ésta como una visión del mundo en que vivimos.

Aunque es cierto que una buena parte de las ONG han evolucionado claramente hacia una posición crítica, en la que no se trata ya de ayudar sino de cambiar, de transformar la realidad para posibilitar el desarrollo y la superación de la pobreza, en el contenido de las políticas de comunicación de los medios esta noción no se ha consolidado. Peor aún, creo que existe una resistencia básica y, en ciertos casos, se combate conscientemente.

En los últimos años, la extensión y el fortalecimiento de los Foros sociales como alternativa crítica a las recetas de las grandes cumbres económicas sistémicas refleja esta evolución de la ONG del desarrollo hacia posiciones más comprometidas.

Pero lo que no está tan claro es que la conformación de esta mayoría crítica tenga un reflejo suficiente, y sobre todo adecuado, en los medios y que se haya conseguido establecer un catálogo de contenidos en las políticas públicas de cooperación y desarrollo.

No obstante, esta experiencia de los Foros sociales, como alternativa y posicionamiento político de rechazo a la doctrina dictada o proyectada desde las cumbres económicas de los grandes poderes sistémicos, permite ser optimista sobre la madurez de este movimiento crítico.

No soy muy optimista sobre la eficacia de una política pública de comunicación para el desarrollo. Por supuesto, es un esfuerzo

que, por razones éticas y políticas, hay que emprender y mantener. Pero considero que ese esfuerzo no debe basarse simplemente en fomentar un cambio de mentalidades en las empresas informativas y en los profesionales de la comunicación. Creo que sería mucho más rentable en todos los sentidos promover, apoyar y colaborar con las iniciativas de comunicación comunitaria que están cobrando cada día más fuerza y sentido en el Sur y aquí mismo, entre nosotros. Esas iniciativas, hoy minoritarias, representan en estos momentos la mejor esperanza de que desde la comunicación pueda contribuirse a hacer realidad ese deseo de hacer posible otro mundo.

Madrid, marzo de 2009

Un giro histórico: las elecciones salvadoreñas de marzo de 2009

MANUEL ALCÁNTARA SÁEZ

Universidad de Salamanca

Hace exactamente tres lustros El Salvador confrontaba una cita electoral que quedó denominada en la crónica del momento como “las elecciones del siglo”. Si entonces dichos comicios quedaron marcados por una etiqueta de tal guisa, los celebrados el 15 de marzo de 2009 han hecho palmaria una fecha histórica para el país centroamericano.

El ciclo electoral contemporáneo salvadoreño se inauguró en 1994 cuando se hicieron coincidir los comicios presidenciales, legislativos y municipales. A ese momento se llegó después de una atroz guerra civil finalizada con un proceso de paz que se demoró agotando diferentes etapas a lo largo del primer presidente de la entonces casi recién creada ARENA, Alfredo Cristiani. En aquel año, por primera vez en la historia del país, la izquierda participaba en igualdad de condiciones, sin riesgo de que sus miembros temieran por sus vidas y con posibilidades reales de alcanzar puestos de poder. Las elecciones presidenciales de 1994 volvieron a dar el triunfo al candidato de ARENA, Armando Calderón (49% y 68,3% en la primera y en la segunda vuelta respectivamente), pero la izquierda, mayoritariamente representada por la antigua guerrilla, convertida en un partido político que mantenía sus siglas, FMLN, terminó convirtiéndose

en la segunda fuerza política del país. Entonces, su candidato, Rubén Zamora, alcanzó un caudal de votos del 31,6% en su carrera presidencial y el FMLN se sentó en la Asamblea Nacional con 21 escaños sobre un total de 84. La vida política salvadoreña se equiparaba a la de otros países latinoamericanos y se insertaba en la ola democratizadora que bañaba a la región desde la década anterior.

Las elecciones de 1994 inauguraron pues un ciclo político inédito en El Salvador. Desde entonces y hasta 2009 la sociedad salvadoreña ha acudido en tres citas más para elegir a sus presidentes (1999, 2004 y 2009) y en cinco ocasiones para elegir a sus representantes legislativos y a sus autoridades municipales (1997, 2000, 2003, 2006 y 2009).

A lo largo de todos esos comicios el comportamiento electoral reflejado ha proyectado una imagen de un país dual. Bipartidista en el ámbito presidencial, pues la presidencia se ha venido dirimiendo exclusivamente entre ARENA y FMLN, con la primacía de la primera también en las elecciones de 1999, gracias al triunfo de Francisco Flores que alcanzó el 52% de los sufragios y en 2004 con el de Antonio Saca que llegó al 57,7% de los votos, frente a Facundo Guardado y a Schafik Handal, respectivamente, que evidenciaba tener un techo electoral del 35,7% en 2004, su mejor resultado presidencial hasta 2009 en la joven democracia salvadoreña.

Sin embargo, el país se tornaba multipartidista en la arena legislativa con esas dos mismas fuerzas como grupos mayoritarios, pero sin obtener ninguna la mayoría absoluta de la única cámara del país en la que ARENA fue el grupo más numeroso tras las elecciones de 1994, 1997 y 2006 y el FMLN tras las de 2000, 2003 y 2009. En el marco parlamentario estaban acompañadas por otras formaciones de derecha, que por su tamaño terminaban dando el control a ARENA, como eran el Partido de Conciliación Nacional (PCN) creado hacia la mitad del siglo XX y el Partido Demócrata Cristiano (PDC) originado al final de la década de 1960. En la izquierda se vinieron dando cita, además, el minoritario Convergencia Democrática (CD) y los ya desaparecidos –por no alcanzar el mínimo de votos exigidos por la legislación electoral– Centro Democrático Unido (CDU) y Frente Democrático Revolucionario (FDR).

En cuanto al ámbito local, si bien el sistema electoral de carácter estrictamente mayoritario otorga toda la corporación municipal al partido vencedor en las elecciones, los municipios se han venido repartiendo entre los dos grandes partidos, con apoyos puntuales de los partidos minoritarios. Probablemente el punto de inflexión en ese reparto se dio en el año 2000 cuando el FMLN logró alzarse con la emblemática victoria de la capital, San Salvador, ciudad que volvió a ser gobernada por ARENA tras los comicios de enero de 2009. Hoy ARENA controla más municipios que el FMLN (120 frente a 93), pero este último aventaja a aquella en más de veinte mil votos gracias al apoyo municipal popular del que goza y gobierna a más salvadoreños desde las alcaldías que ARENA merced a su mayor presencia en el Área Metropolitana¹. Apenas una cuarentena de municipios de relativa escasa población se escapan del control de los dos grandes partidos políticos.

Las históricas elecciones del 15 de marzo de 2009 han supuesto, por consiguiente, la llegada de una izquierda de origen revolucionario a un poder presidencial monopolizado por el mismo partido de clara connotación derechista a lo largo de veinte años. Si bien el preludio de la victoria legislativa del FMLN el 19 de enero de 2009 podía presagiar el triunfo en las presidenciales, convocadas para dos meses más tarde, el efecto predictor quedaba amortiguado por dos circunstancias. Por un lado, no se trataba de la primera vez que el FMLN era la principal fuerza legislativa sin que ello se tradujera en un subsiguiente éxito presidencial. Las victorias en las legislativas de 2000 y de 2003 no trajeron consigo el éxito en las presidenciales de 2004, cuando un joven periodista deportivo aupado por el aparato de ARENA, Antonio Saca, superaba con claridad al comunista ortodoxo Schafik Handal, al que el electorado menos vinculado al FMLN veía como un candidato del pasado, de la época dura de la Guerra Fría. La segunda circunstancia venía generada por el hecho de que los votos derechistas de enero, sumando los conseguidos por ARENA, PCN y PDC alcanzaban una cómoda mayoría porcentual del 54,3% que proyectaba

1. Se estima que las personas que viven bajo gobiernos municipales del FMLN son 2.832.061 frente a 2.027.373 que habitan municipios gobernados por ARENA.

una sociedad ligeramente escorada a la derecha. Enfrente, la izquierda liderada por el FMLN y acompañada por los votos del CD y del FDR se quedaba en el 45,7%. Esta situación definía un escenario no del todo favorable para que se produjera el cambio político en la presidencia. Además, se trataba de la primera ocasión en que solamente competían candidatos de los dos grandes partidos, una vez que los del PCN y del PDC habían abandonado la carrera presidencial endosando su apoyo a ARENA, y que El Salvador es uno de los países con mayor polarización de América Latina, por lo que no se dejaba espacio para la transferencia de votos entre los polos.

Sin embargo, la mudanza presidencial se dio con un margen suficiente de 2,6 puntos porcentuales lo que alejó las sombras de las dudas y desactivó cualquier tensión que hubiera podido producirse si el resultado hubiera sido más ceñido. El candidato del FMLN, Mauricio Funes, con el 51,3% de los votos se alzaba vencedor ante el candidato de ARENA, Rodrigo Ávila, apoyado por el 48,7% de los sufragios. Funes ganaba en seis de los catorce departamentos del país, pero eran los más poblados. Con respecto a las elecciones legislativas de enero, la gran diferencia se encontraba en la tasa de participación. Mientras que en aquellas la participación alcanzó el 54,1% en las presidenciales de marzo la participación ascendió al 62,7%², es decir 8,6 puntos porcentuales más que llevados al ámbito de los votos válidos supuso pasar de 2.215.589 a 2.630.137, lo que se traducía en un neto nuevo de 414.548. Aventurando que los votos del PCN y del PDN fueran alineados con los de ARENA como voto de derecha, la candidatura de Ávila pasó de 1.202.571 a 1.280.995, ganando, por consiguiente, 78.424 votos. Por su parte, y siguiendo con un cálculo similar, si los votos del CD y del FDR³ fueran a parar al caudal del FMLN como voto de izquierda, la candidatura de Funes pasaría de 1.013.018 a 1.349.142, ganando, por tanto, 336.124 votos. Prácticamente, de cada cinco votantes que no sufragaron en enero y que sí lo hicieron en marzo, uno votó por ARENA y cuatro por el FMLN.

2. La segunda más alta tras la participación de las presidenciales de 2004 que llegó al 67,3%.

3. Al no alcanzar ni 50.000 sufragios ni representación parlamentaria desaparecerá como partido político.

Sin perjuicio de análisis posteriores de carácter ecológico y actitudinal, basados en la comparación del voto entre unos y otros comicios a nivel de mesa electoral y en encuestas de opinión pública, cabe especular sobre algunas razones de lo acontecido. Una hipótesis explicativa pudiera basarse en la diferente naturaleza de las dos elecciones, articuladas las legislativas sobre candidaturas partidistas con opciones variadas y donde quienes van a votar se mueven por una mezcla de estímulos de adscripción partidista ideológica o, en el otro extremo, clientelar local, puesto que la circunscripción electoral en El Salvador es el Departamento⁴. Por su lado, las presidenciales se centran, además de en la oferta ideológica, en la figura de los candidatos. Pero, con toda probabilidad, también para quienes sufragan esos comicios son “más importantes” puesto que sirven para elegir al gobierno, instancia de la que se tiene una idea más clara acerca de sus tareas concretas en la política y que provoca una mayor motivación a la hora de votar.

Así las cosas, y dando por sentado que el voto ideológico no variaba, el elemento diferencial entre una elección y otra plausiblemente recaería en los candidatos y solamente en segundo término tendría que ver con la valoración del gobierno saliente. Algo que ya aconteció en 2004 cuando Saca obtuvo más de medio millón de votos sobre Handal (22 puntos en términos porcentuales), una distancia no realista entre ARENA y el FMLN. No parece que entonces pesara evaluación alguna sobre el gobierno de Flores y su incapacidad de controlar la espiral de delincuencia criminal y de mejorar los elevados índices de pobreza y de desigualdad así como la salud de una economía hipotecada al máximo por las remesas de los emigrantes salvadoreños⁵. Si entonces Saca fue el factor que hizo salir de sus casas a miles de personas y consiguió el voto para él de forma nítida, en 2009 ese ha sido el detonante promovido por Funes con un gran nivel de plausibilidad.

En términos de los dos candidatos se registraban diferencias profundas. Rodrigo Ávila procedía del seno de ARENA donde tenía una fuerte vinculación con Saca, había tenido funciones en el ám-

4. Hay catorce, pero seis de ellos tienen un censo inferior a 200.000 personas.

5. En 2008 la economía creció al 3,2%, pero algo más de una cuarta parte de la población se encuentra fuera del país y las remesas que remiten vienen a suponer cerca del 16% del PIB.

bito del Ministerio del Interior sin destacarse por una eficiente tarea en frenar la escalada de la violencia, en la que El Salvador cuenta con cifras penosas que le sitúan en uno de los países más inseguros del mundo⁶, y poseía unas dotes comunicativas no demasiado desarrolladas que le llevaron a no aceptar debate alguno con su contrincante. Mauricio Funes era el anverso. Hábil y muy conocido comunicador social, próximo a la izquierda, pero no vinculado orgánicamente al FMLN al que sólo se afilió durante el último año, podía mostrarse como una imagen de cambio real, frente a las dos décadas en el poder de ARENA, pero también de renovación en el seno del FMLN al proyectarse como un candidato con cierta independencia y ajeno a la maquinaria del partido que sí había colocado como vicepresidente a un histórico líder, Salvador Sánchez Cerén.

Estas imágenes eran claramente apreciadas por la opinión pública salvadoreña que veía matices suficientemente nítidos diferenciadores de uno y de otro, posiblemente suficientes para que quienes no tenían una vinculación ideológica fuertemente definida se formaran un sentir inequívoco con incidencia determinante en su opción final de voto. Distintas encuestas fueron mostrando claramente las diferencias de uno y otro para la población salvadoreña que valoraban claramente con mayor simpatía a Funes que a Ávila y que depositaban en aquél mayores habilidades que éste a la hora de abordar los principales problemas del país como el desempleo, la inseguridad, la corrupción, la salud pública y la educación nacional

La larga campaña electoral, a la que no fue ajeno el hecho de convocarse antes que las presidenciales a las elecciones legislativas y municipales –previsiblemente para que actuaran de primarias de aquellas– ha generado un gasto en publicidad que ha sido superior a las dos campañas electorales anteriores juntas. Cuando oficialmente se inició la campaña, el 15 de noviembre de 2008, ya se había gastado casi la mitad de lo presupuestado contribuyendo a fijar perfectamente a los dos candidatos de los grandes partidos, sin que hubiera posibilidad posterior de reinvertir la tendencia popular

6. Enero de 2009 fue el cuarto mes más violento del gobierno de Saca con 374 homicidios. Durante el mandato de Saca la cifra de homicidios en el país superará la de 16.000.

favorable a Funes. Diferentes estudios han puesto de relieve que la proporción de la publicidad arenera superó cuatro veces el gasto y el impacto de la del FMLN que, además contó con unos medios de comunicación ciertamente hostiles con uso frecuente de insultos, menciones negativas, descalificaciones y de constantes alusiones al carácter comunista de sus posiciones y al apoyo chavista existente. Este último factor, presente a lo largo de la última década en otras elecciones latinoamericanas y con distintos grados de incidencia, apenas si ha tenido efectos en El Salvador en la medida en que Funes supo distanciarse personalmente de cualquier postulado que le vinculara explícitamente al presidente venezolano. Frente a otros escenarios latinoamericanos donde el proceso de desinstitucionalización partidista ha echado a los brazos de Chávez a las nuevas fuerzas populares emergentes, en El Salvador la notable institucionalización del FMLN hacía muy difícil que la influencia tuviera efectos significativos, fuera de una hábil utilización de recursos petroleros suministrados por Venezuela por parte de alcaldías controladas por el Frente.

El panorama que se abre en El Salvador configura un país con un nuevo Ejecutivo de una fuerza política que llega por primera vez a la presidencia sin, por consiguiente, experiencia previa alguna de gobierno, y que además, como ocurrió en años anteriores con los gobiernos de ARENA, no tendrá apoyo parlamentario suficiente para llevar adelante con comodidad la tarea legislativa. Ante la falta de experiencia en el seno del Ejecutivo por parte del FMLN cabe señalar que desde 1994 este partido ha ido aprendiendo el oficio del gobierno en las arenas legislativa y municipal. Sin embargo, más ardua será la situación en el ámbito de las relaciones Ejecutivo-Legislativo toda vez que el FMLN cuenta con 35 representantes a los que se sumará el diputado del CD, lejos, por consiguiente, de la mayoría que se sitúa en 43 escaños. En la oposición se encontrarán ARENA con 32 representantes, el PCN con 11 y el PDC con 5, una alianza que fue habitual en los anteriores periodos legislativos. Los escarceos para la elección de la persona que ocupará la presidencia de la Asamblea dan cierta ventaja al PCN que pretende jugar su papel de partido minoritario dentro del bloque de la derecha que es mayoritario en el Poder Legislativo. Las relaciones entre los Poderes Ejecutivo y Legislativo dependerán,

por tanto, de la capacidad de alcanzar pactos puntuales y ello vendrá animado por el carácter que Mauricio Funes dé a su gabinete. Ésta es posiblemente la clave que explique el rumbo de la política salvadoreña durante el próximo quinquenio, donde las relaciones entre el gobierno y el FMLN serán capitales.

Funes confronta el gran dilema que viene enmarcado entre dos posibilidades opuestas. La primera es hacer un gabinete de inequívoco color frentista, donde se privilegie al máximo la militancia, la cohesión ideológica y la subordinación de sus miembros al partido. La contraria es la eventualidad de conformar un gabinete “del presidente”, donde rijan una vinculación más próxima al jefe del Estado, con cierta independencia con respecto al FMLN de sus miembros y, por ello, la satisfacción de acuerdos con diferentes sociales representativos.

La necesaria y urgente puesta en marcha de una gran reforma fiscal que alimente de fondos al Ejecutivo para cubrir los programas de políticas sociales que figuran en el programa electoral del FMLN será otro de los indicadores fundamentales a la hora de conocer las claves principales de la nueva situación política. Con un descenso del 8,4% de las remesas de los emigrantes recibidas en enero de 2009 con respecto al mismo mes del año anterior, el escenario no parece halagüeño requiriendo de una enorme capacidad de acción del gobierno que iniciará su andadura el próximo junio. Por otra parte, en 2011 El Salvador deberá negociar el refinanciamiento de 653 millones de dólares de deuda pública.

También será un indicador del nuevo quehacer el comportamiento internacional que desarrolle el gobierno de Funes. Acotado por unas relaciones extremadamente estrechas con Estados Unidos (de donde proceden el 90% de las remesas), el margen de maniobra de la economía salvadoreña es muy exiguo. No solamente se trata del mantenimiento de los compromisos derivados del Tratado de Libre Comercio sino de la posición con respecto a Taiwán, país con el que se siguen conservando relaciones diplomáticas en detrimento de China, el replanteamiento de las relaciones con Cuba así como con el universo bolivariano, y la apertura de un nuevo esquema de relación con el hasta hoy ignorado Brasil. Mauricio Funes es, en todos los casos, un actor primordial por sus convicciones y sus muy redu-

cidas ataduras. Sus primeras tomas de postura, que le separan de posiciones que arrastrarían al caso salvadoreño a la denominada izquierda latinoamericana chavista, hacen vislumbrar cierto cariz de independencia en cuanto a sus opciones. La primera visita realizada a Brasil en el lapso de diez días después de su elección permite despejar dudas sobre las prioridades dibujadas.

Del lado de ARENA queda conformar un partido que estará en la oposición los próximos años, repitiendo una situación, en un momento radicalmente diferente, que ya vivió entre 1984 y 1989. De momento los tres ex presidentes Cristiani, Calderón y Flores parecen haber tomado las riendas del partido en detrimento de Ávila y de su valedor Saca a quien contemplan como el máximo responsable de la derrota del partido.

Salamanca, marzo de 2009



Tiempos interesantes

LUDOLFO PARAMIO

Instituto de Políticas y Bienes Públicos (CSIC)
e Instituto Ortega y Gasset

América Latina, con la llegada a la región del impacto de la crisis económica global, puede vivir una vez más tiempos interesantes, en el sentido de la famosa maldición china. Tras cinco años de alto crecimiento, impulsado por la fuerte demanda y altos precios de las materias primas e hidrocarburos que exporta, se puede entrar en una nueva fase de crisis, al menos similar al “lustró perdido” de 1998-2002. Ciertamente ahora la situación de partida es mucho mejor que en crisis anteriores, pero parece indudable que América Latina va a sentir el peso de la crisis global.

Algunos analistas temen que esta nueva crisis pueda poner en peligro la gobernabilidad democrática. Este no es un temor nuevo, sino que también se planteó cuando en los años ochenta las nuevas democracias debieron hacer frente a las consecuencias económicas y sociales de la crisis de la deuda. Sin embargo, aunque en algún caso se produjeron lo que podríamos llamar “anomalías constitucionales”, la democracia sobrevivió –con excepción del autogolpe de Fujimori en 1992 y hasta el final de su régimen en 2000–, y hoy se puede considerar que en general es más fuerte que entonces.

Aun así, algunos países de América Latina han atravesado en años recientes procesos de refundación constitucional, justificados en la necesidad de mejorar la representación de los intereses populares, que han tenido y tienen consecuencias preocupantes. Por una

parte una grave polarización social, por otra una concentración de poder en el ejecutivo, que choca con el principio de control horizontal de los gobernantes, y además una fuerte descalificación y presión sobre la oposición y sus portavoces muy alejada de la concepción pluralista de la democracia.

La cuestión que puede inquietar a los observadores, incluyendo entre ellos a los analistas e inversores, es si estos procesos se pueden extender a otros países a consecuencia de la crisis. Es una cuestión con implicaciones económicas importantes, además, pues la refundación constitucional supone casi inevitablemente un período de tensión y sobre todo de incertidumbre política, ante la que los inversores se retraen.

Por otra parte, en la medida en que los nuevos textos constitucionales han tenido como rasgo destacado un profundo nacionalismo, han implicado también una reformulación unilateral o una renegociación de los contratos con los inversores extranjeros, lo que igualmente se ha traducido en una retracción de nuevas inversiones o en el retraso de las inversiones ya previstas. La posibilidad de que estos procesos se extiendan a otros países puede sembrar lógicamente la inquietud entre las empresas y los inversores actuales o potenciales.

Pero para valorar la probabilidad de que este tipo de cambios políticos se reproduzcan en otros países conviene recordar, ante todo, que hasta ahora sólo se han producido tras una previa crisis grave del sistema de partidos, al menos si admitimos que la Constitución colombiana de 1991 surgió de forma muy distinta y con un proyecto político de apertura y modernización muy diferente.

La victoria de Hugo Chávez en Venezuela, en 1998, se produjo en un contexto de descrédito de Acción Democrática, por el caótico final de la presidencia de Carlos Andrés Pérez, y de COPEI, tras la candidatura y presidencia de Rafael Caldera como independiente y dentro de una coalición con partidos de izquierda. Ciertamente fue la frustración de los electores con los resultados de esos dos gobiernos lo que les llevó a votar a un candidato antisistema como Hugo Chávez, pero la condición de posibilidad de su triunfo fue la profunda crisis de un sistema bipartidista que antes se había considerado un ejemplo de solidez en la región.

También se consideraba un éxito la “democracia pactada” boliviana, el sistema de elección parlamentaria del presidente si ningún candidato obtenía mayoría absoluta. El acuerdo en el Parlamento no sólo servía para designar al presidente sino también para constituir una mayoría legislativa de apoyo al gobierno. Pero en 2003 el forzado abandono de la presidencia por Gonzalo Sánchez de Lozada abrió un período de crisis de gobernabilidad que reveló una fuerte pérdida de credibilidad de los partidos que habían formado el “sistema”. Esa erosión de los partidos posibilitó la arrolladora victoria de Evo Morales en diciembre de 2005.

El sistema de partidos ecuatoriano siempre se ha considerado débil y geográficamente segmentado, por lo que lo más novedoso de la victoria de Rafael Correa en noviembre de 2006 fue el proyecto refundacional con el que consiguió aglutinar todo el voto que no había ido en la primera vuelta al candidato populista conservador, Alvaro Noboa, o al partido Social Cristiano. La frustración ante la experiencia del gobierno inacabado de Lucio Gutiérrez se tradujo quizá en un nuevo impulso hacia la renovación radical del sistema político.

En cambio, la fortaleza de los partidos “tradicionales” en Perú y en México impidió que un cambio equivalente se produjera ese mismo año en estos países, aunque en el caso mexicano hubiera una fuerte contestación de los resultados que dieron una mínima ventaja al candidato del PAN, Felipe Calderón, sobre el “candidato del cambio”, el *perredista* Andrés Manuel López Obrador. Se podría pensar entonces que, en la medida en que no se produce previa o paralelamente una grave crisis del sistema de partidos, es más difícil que llegue a producirse un giro político “refundacional”, por grande que sea la frustración de los electores con el gobierno anterior.

Si se acepta esta interpretación, se puede mantener un cauto optimismo sobre el futuro de la democracia en la región, porque al menos a corto plazo no se vislumbran graves crisis de los sistemas partidarios en ningún país de la región. Lo más verosímil es que la insatisfacción que la crisis puede provocar en los ciudadanos se traduzca en cambios de gobierno normales, sin que necesariamente estos cambios impliquen un proceso más o menos turbulento de reformulación de las reglas de juego.

En cambio existe la posibilidad de que el cambio de coyuntura internacional disminuya la atracción del modelo refundacional de hacer política, al recortar seriamente los recursos económicos a disposición de los nuevos gobiernos. El ejemplo más obvio es Venezuela, cuya influencia internacional se ha expandido sobre la base de sus ingresos por las exportaciones de petróleo, que en el futuro previsible van a ser mucho menores que en años pasados.

El gobierno de Chávez cree que cuenta con las reservas suficientes para afrontar al menos un año de adversidad, pero en todo caso la inflación y el desabastecimiento interno van a poner a prueba su popularidad, precisamente tras haber logrado la aprobación en referéndum de la reelección sin límite de todos los cargos, comenzando por la presidencia de la república. Y es probable que en estas circunstancias difíciles disminuya también su capacidad de maniobra internacional.

Conviene recordar que, pese a que Chávez llegó al gobierno en 1999, el atractivo regional del modelo refundacional ha crecido en los años de expansión económica posteriores a 2003. La causa de su auge no parece haber sido sólo la frustración ante el estancamiento del lustro perdido, sino más bien la percepción de que con el renovado crecimiento de las exportaciones existían posibilidades de hacer otras políticas, y de que los gobernantes “neoliberales” no las estaban aprovechando porque eran ajenos a los intereses del pueblo.

Desde esta perspectiva, ante un período de renovadas dificultades por la caída de los ingresos de las exportaciones se plantean dos preguntas. La primera, ya formulada, es si las propuestas de giro radical en la forma de gobernar y de refundación de las instituciones políticas van a ganar o perder atractivo. Si se extiende la percepción de que no hay mucho margen de maniobra para políticas redistributivas puede suceder que el modelo refundacional pierda atracción.

La segunda pregunta es en qué medida los regímenes que podemos identificar con este modelo se van a ver afectados en su credibilidad por los nuevos límites que la crisis puede poner a su capacidad redistributiva. Aunque su agenda política ha estado marcada por la necesidad de crear nuevas instituciones políticas al servicio del pueblo, es probable que una gran parte de los electores evalúen el cum-

plimiento de ese propósito en función de la capacidad de los gobiernos para ofrecer resultados económicos redistributivos.

Posiblemente no hay una respuesta general a esta segunda pregunta, ya que la evolución de estos países puede depender más de las respuestas políticas de los gobiernos que del cambio en las condiciones económicas. Incluso en un entorno uniformemente mucho menos favorable podrían darse políticas económicas distintas según los gobiernos. Y no se puede ignorar que en al menos un caso (Bolivia) la movilización indígena, motivada por el sentimiento de que la mayoría excluida ha llegado al gobierno, podría mantenerse incluso en una mala situación económica.

En este sentido, en vez de pensar que el cambio económico va a provocar automáticamente efectos políticos, quizá debamos atender más a los distintos procesos políticos nacionales. El riesgo de que en algún caso se produzcan fugas autocráticas hacia adelante no se puede ignorar, pero en todo caso la clave será la capacidad de los gobiernos y las oposiciones para reinventarse y ofrecer alternativas creíbles a los ciudadanos. A fin de cuentas, como en todas partes.

Madrid, abril de 2009



Cien años del nacimiento de J. C. Onetti

CRISTINA PERI ROSSI

Escritora

En las antípodas de lo “real maravilloso”, el género que Carpentier considera como latinoamericano por excelencia, toda la obra de Juan C. Onetti, el escritor uruguayo del cual el 1 de julio del 2009 se celebran los cien años de nacimiento, es precursora del llamado “realismo sucio” de la narrativa norteamericana contemporánea y específicamente, de la narrativa urbana rioplatense. “El hombre indudablemente se sabe enfermo en una civilización que ignora estar enferma”, dijo. Onetti hizo de esta enfermedad (llamada melancolía, fracaso y soledad) una poética que atraviesa toda la mitad del siglo XX y que tiene su correspondencia con la temática de la incomunicación y la angustia en el cine de grandes directores como Michelangelo Antonioni o Ingmar Bergman. Autor de numerosos relatos y de varias novelas donde los personajes aparecen y desaparecen (como ocurre en la obra de Balzac), Onetti fue un hombre depresivo, incrédulo, alejado de cualquier mistificación, en primer lugar, de la mistificación de la literatura y de su propia obra. Es célebre su primer encuentro, en la ciudad de Buenos Aires, con el entonces joven, pero ya famoso, Mario Vargas Llosa; se mantuvo callado y hosco casi todo el tiempo, para terminar diciendo que no sabía qué valores literarios le encontraban a Henry James (interrogante que yo también me planteo). Quizás por esos mismos rasgos de su carácter, la tendencia depresiva, la falta de comunicación, un angustiado pesimismo, J. C. Onetti fue muy amado por algunas mujeres, y no sólo por aquellas a quienes despertaba el ins-

tinto maternal y de protección. Había, en su desolación, un rasgo de elegante coquetería, una especie de demanda de amor, de un amor que él difícilmente prodigaba.

Con motivo de la celebración de los cien años de su nacimiento están programados muchos actos de celebración, homenajes, a ninguno de los cuales él asistiría, seguramente, y se han publicado varios ensayos y tesis. Quizás el más esperado ha sido el ensayo que le ha dedicado Mario Vargas Llosa, titulado: *El viaje a la ficción*, editado por Alfaguara, de Madrid. Hasta ahora, la obra de J. C. Onetti ha merecido el interés y la admiración de sus congéneres masculinos; hace mucho tiempo que espero, en cambio, el punto de vista de una lectora y crítica mujer. No se lee de la misma manera siendo hombre o siendo mujer, y tampoco se escribe de la misma manera, aunque la cosmovisión masculina, asentada sobre las diferentes clases de patriarcado, tienda a lo universal, por la alienación social de la cultura femenina.

“Toda la obra de Juan C. Onetti –novelas y cuentos– se anuncia en una de las confesiones finales de *El pozo*, su primer libro, publicado en 1940”, escribí en el prólogo a la edición de *El astillero*, Seix-Barral, 1990, reeditada luego por Círculo de Lectores. ¿Cuál es esa confesión que considero la piedra fundacional de toda su literatura? “Yo soy un hombre solitario que fuma en un sitio cualquiera de la ciudad; la noche me rodea, se cumple como un rito, gradualmente, y yo nada tengo que ver con ella.” Ninguno de sus personajes, ni Aránzuru en *Tierra de nadie*, ni Ossorio, en *Para esta noche*, ni Brausen, en *La vida breve*, ni Larsen, en *El astillero* dejaron de ser ese hombre solitario, incapaz de integrarse, de superar la distancia afectiva y emocional que va de un yo a otro, y confundirse con la materia o con la carne.

De esa frase emblemática de toda su obra, quiero destacar el adjetivo: “solitario”: en efecto, el gran tema de todos sus libros es la soledad. Una soledad ambivalente: es la fuente de angustia, pero, al mismo tiempo, es una señal de identidad, un escudo para protegerse de cualquier ilusión, fundamentalmente, de la ilusión amorosa o sensual. Porque ante el riesgo del desengaño, los personajes de Onetti optan por no tener ilusiones, en una especie de budismo desplazado y sin doctrina. La segunda parte fundamental de esa frase es la presencia de la noche, una noche que rodea al protagonista, pero que también es ajena,

extraña: “yo no tengo nada que ver con ella”. Esta confesión es el rechazo a la integración con la naturaleza y con el paisaje que habían propuesto los románticos. Todos los vínculos y las adscripciones humanas son negadas en la obra de Onetti, pero también es negado el vínculo, la proyección en el paisaje urbano. Es la ciudad, es la noche, pero el protagonista (otro yo del autor, como en casi todas sus novelas) no tiene nada que ver con ella. Es curioso cómo, en 1940, J. C. Onetti, en una remota ciudad habitada por descendientes de los colonizadores europeos fue capaz de anunciar, con esa frase, toda la literatura de la desilusión, del fracaso y del individualismo que sería la característica dominante de la narrativa de la segunda mitad del siglo XX, tanto en Francia, con Camus, Sartre o André Gorz, como en EE.UU., con Kerouac, Cheever o Salinger, y en Austria con Peter Handke o Barnard. No se trata de influencias; no quiero decir que alguno de ellos leyera a J. C. Onetti, cosa harto difícil dado el eurocentrismo que siempre ha existido; quiero decir que J. C. Onetti vivió y supo describir lo que se llama el aire de una época, la sensibilidad de la segunda mitad del siglo XX, donde las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial, el exterminio de judíos, homosexuales y gitanos, y el peligro latente de una Tercera Guerra Mundial definitiva, con las bombas atómicas, sembraron la depresión, el pesimismo y la paranoia en el mundo desarrollado.

Dice J. L. Borges en uno de sus admirables artículos que en la historia de la humanidad no hay más que tres o cuatro cambios de sensibilidad. Uno de ellos fue el romanticismo. Los simbolistas, hijos tardíos de aquéllos, habían elevado a ese rango de rasgo de la modernidad el *splenn* de Baudelaire. A mediados del siglo XX, en cambio, la angustia se convierte en la emoción dominante, en el sentimiento característico. Se ha producido una fractura entre el individuo y la sociedad que los totalitarismos intentaron suturar con dos utopías: la del superhombre ario y la del “hombre nuevo” del comunismo. En los bordes de ambos sistemas, surge el pesimismo existencialista; el *splenn* se convierte en la náusea sartreana y el individualismo de la sociedad industrial, en el extrañamiento, la incomunicación de las grandes obras cinematográficas y de la pintura hiperrealista.

Más que cualquier otra, la obra de J. C. Onetti es tributaria de esa angustia, de ese sentimiento de soledad, de no participación, de falta

de integración. Como en los cuadros de Hopper, el paisaje urbano del autor rioplatense es nocturno, pero a diferencia de aquel, la ciudad onettiana es una ciudad decadente, mortecina, tan deprimida como sus personajes.

En una especie de ecuación invariable, las fábulas de Onetti repiten el mismo esquema psicológico: aislamiento y soledad, tentación de romperlos, y luego, la confirmación de que son irrompibles, con el sentimiento de que se ha fracasado. Sin embargo, sutilmente, nos engañan: de verdad, nunca lo han intentado. Han sido tan cobardes, tan abatidos, tan ensimismados que ni siquiera lo han intentado. No están de vuelta, como parecen: no han llegado a ir.

No es una literatura del fracaso, como se ha dicho, porque el fracaso implica una empresa. Sólo en *El astillero* (admirable alegoría de la decadencia de Uruguay, su país de nacimiento) hay un asomo de proyecto, pero el protagonista no lo asume porque crea posible refundirlo, sacarlo adelante, sino todo lo contrario. Como ocurre a menudo en las grandes alegorías de uno de sus contemporáneos, J. G. Ballard, los personajes sólo aceptan el espejo de la catástrofe: la catástrofe ya ha ocurrido en un tiempo anterior, previo a la irrupción del protagonista (en *La inundación*, o en *La sequía*, del autor británico, el apocalipsis pasó inmediatamente antes; en lugar de huir, sus personajes permanecen como hipnotizados por una destrucción poderosa que se convierte, sin embargo, en un viaje a sí mismos, a su interior). No sé si J. C. Onetti llegó a leer a J. G. Ballard. Yo se lo recomendé la última vez que estuve con él, el 15 de junio de 1986. Estaba convencida de que el autor de *Rascacielos* y *Noches de cocaína*, J.G. Ballard, sería una de esas pocas lecturas que J. C. Onetti podría llegar a reconocer como próximas, vecinas. Es cierto que la estética de uno y otro escritor no se asemejan (Ballard es pródigo en metáforas, en descripciones pictóricas, su estilo es el de un poeta que escribe en prosa, en cambio J. C. Onetti es experto en omisiones, elipsis, menos visual y menos metafórico), pero los antihéroes del británico tienen algo de los personajes onettianos: solitarios, encuentran cierto goce en el fracaso, en la ajenedad, en el extrañamiento, en la incomunicación.

En toda la obra de J. C. Onetti no hay una sola historia de amor. Por lo menos de lo que entendemos como “enamoramiento”, o sea,

florescencia de lo imaginario, euforia; aquello que los ingleses denominan como “infatuation”. En J. G. Ballard, tampoco. Aunque sus personajes están casados y hasta parecen oscilar, a veces, entre una mujer y otra, se trata de relaciones vacías, huecas, convencionales. Lo más parecido al enamoramiento que hay en algún relato de J. C. Onetti es cierta velada atracción por las adolescentes hurañas y esquivas, pero miradas desde lejos, con la óptica del fracaso anticipado.

Tampoco hay una épica de la amistad, “la gran pasión argentina”, como la llamó J. L. Borges.

En uno de los sus relatos antológicos, “Bienvenido, Bob”, en cambio, hay dos pasiones: la rivalidad entre hombres, el desprecio, y la venganza. Es uno de sus relatos más complejos psicológicamente, mejor perfilados, y donde se revelan algunos de los temas del autor: el incesto velado, el deseo de un hombre hacia una mujer más joven, y la hostilidad del hermano de la mujer hacia el protagonista. Y como tema subyacente —o sea, el más importante— el pasaje de la juventud a la edad adulta como fracaso, desilusión y renuncia. Bob desprecia a este cuarentón que de-sea a su hermana, lo desprecia y lo envidia, y consigue separarlos; pero en el reencuentro final (que no es el del protagonista con la mujer deseada, imposibles Romeo y Julieta), Bob ya tiene treinta años, y esa es la venganza: comprobar cómo ha perdido él también la juventud.

Parece imposible separar ciertos temas de la narrativa de J. C. Onetti (el desprecio ambivalente de las mujeres, la nostalgia por la juventud perdida, la soledad inevitable) de la estética del tango. En el relato “El perro tendrá su día”, hay un diálogo entre el asesino y el comisario que parece la letra de más de un tango. El asesino dice: “Todas las mujeres son putas. Peor que nosotros. Mejor dicho, yeguas. Y ni siquiera verdaderas putas”. La violencia de la imagen nos deja boquiabiertos: las mujeres son “yeguas”.

Hay otra lectura posible y necesaria de su obra: la misoginia, la incapacidad de amar a las mujeres. Quizás todo el fracaso y la melancolía vienen de allí, de esa imposibilidad de darse, de entregarse, de dialogar, en suma, con La Otra.

Barcelona, abril de 2009



Los cincuenta años del BID y la economía latinoamericana

FRANCESC GRANELL

Catedrático de la Universidad de Barcelona y
Miembro de la Real Academia de Ciencias Económicas y Financieras

El BID ha cumplido cincuenta años desde que fuera fundado en Washington, en abril de 1959, por Estados Unidos y diecinueve países latinoamericanos miembros de la Organización de Estados Americanos.

En el contexto de este cincuentenario la ciudad antioqueña de Medellín, en Colombia, acogió, del 27 al 31 de marzo de este 2009, la 50ª Reunión Anual de la Asamblea de Gobernadores del Banco Interamericano de Desarrollo, la 24ª Reunión Anual de Gobernadores de la Corporación Interamericana de Inversiones y algunas reuniones conexas.

El Banco, al que desde un principio no quiso entrar Cuba a cuyo frente se acababa de poner Fidel Castro, inició su andadura con un capital de 850 millones de dólares (400 pagaderos en efectivo y 450 exigibles) de los que Estados Unidos suscribió el 41% y el resto los Estados latinoamericanos que se integraron con una suscripción que se calculó de acuerdo con su cuota en el Fondo Monetario Internacional. En el acto de constitución se creó, también, un Fondo de Operaciones Especiales (FOE) dotado de 150 millones de dólares, de los que Estados Unidos aportó dos tercios, que se destinaría a impulsar créditos a favor de los países miembros más pobres. Poco des-

pués de crearse, el BID recibió 525 millones de dólares de la kennediana “Alianza para el Progreso” con lo que se dotó el denominado “Fondo Fiduciario de Desarrollo Social”.

Como consecuencia de los compromisos adquiridos por Estados Unidos en la Guerra de Vietnam, los norteamericanos llamaron a Canadá y a países extracontinentales a que se unieran al Banco aportando sus financiaciones a favor del desarrollo latinoamericano. El Gobierno de Ottawa lo hizo en 1972 –suscribiendo el 4% del capital– y luego la Reunión de Madrid de 1974 abrió la puerta a once países europeos, Israel y Japón que entraron en la institución en 1976 como aportantes. Siguiendo el ejemplo del Banco Mundial al constituir la Corporación Financiera Internacional para promover el desarrollo del sector privado, el BID se dotó, en 1987 de una Corporación Interamericana de Inversiones. Desde 1993 un Fondo Multilateral de Inversiones (FOMIN) se dedica a las microempresas y a los microproyectos.

A lo largo de estos años el BID ha visto el ingreso, como países miembros, de algunos países del Caribe (aunque no los más pequeños), el primero de ellos fue Trinidad y Tobago en 1967, y de otra serie de países extraregionales con lo que, tras el ingreso de China en enero de 2009, el BID tiene en la actualidad 48 países miembros, de los que 26 son latinoamericanos y del Caribe susceptibles de recibir financiaciones en porcentajes decrecientes del valor de sus proyectos aprobados según su nivel de desarrollo: Paraguay hasta el 90% del presupuesto de sus proyectos, o Brasil, Argentina y México hasta el 60%, existiendo, además, tratamientos específicos más favorables para el único País Menos Avanzado (PMA) del Hemisferio que es Haití y los 4 países que figuran en el Grupo de Países Pobres Altamente Endeudados, más conocidos por sus siglas en inglés HIPC.

Su capital ordinario actual es de unos 100.937 millones de dólares de los que 4.339 han sido desembolsados y el resto de 96.598 son solamente exigibles para respaldar la emisiones de bonos que se realicen; aunque su presidente actual, el diplomático colombiano Luis Alberto Moreno –que en 2005 sustituyó a Enrique V. Iglesias cuando éste pasó al Secretariado de las Cumbres Iberoamericanas– acaba de solicitar un incremento de 180.000 millones que haría pa-

sar su capital total a 280.000 millones de dólares (ésta sería la 9ª ampliación de capital tras la 8ª que data de 1995).

La demanda de una mayor capitalización del BID ha recibido el apoyo, en principio, de Estados Unidos que al detentar el 30% del capital es el país clave (los 26 países de América Latina y el Caribe suponen el 50,02% del capital y los extraregionales el 15,98%), pero según ha afirmado el nuevo Secretario del Tesoro de la administración Obama, Tim Geithner, eso solamente podrá realizarse en el contexto del aumento de recursos del FMI, del Banco Mundial y del resto de bancos regionales de desarrollo, una vez que se hayan revisado las operaciones del BID y se hayan revisado sus estándares éticos pues, como ha traslucido a la prensa en las últimas semanas, el BID ha perdido unos 1.800 millones de dólares (pérdidas contables no realizadas) como consecuencia de detentar en su cartera de inversiones a corto, con la pretensión de lograr una mayor rentabilidad, valores respaldados por activos hipotecarios tóxicos muy depreciados últimamente.

Es terrible constatar, a este respecto, que desde 1977 el Banco había venido incrementando su compra de valores respaldados por activos hipotecarios norteamericanos en detrimento de obligaciones gubernamentales y de organismos con lo que la crisis “subprime” ha generado esta pérdida, que es importante si ponemos estos casi 2.000 millones en la perspectiva del capital del Banco, y del hecho que el BID aprobó en 2008 préstamos y garantías por un valor de 11.200 millones de dólares (incluyendo los créditos blandos del Fondo de Operaciones especiales a favor de Bolivia, Guyana, Haití, Honduras y Nicaragua), que la Corporación Interamericana de Inversiones aprobó operaciones por un total de 300 millones, y que las operaciones financiadas por el Fondo Multilateral de Inversiones ascendieron a 165 millones –cifra histórica desde su establecimiento–. La estimación de pérdidas no realizadas supondría para 2009 del 1 al 2% de la capacidad de préstamo del Banco.

Esta pérdida multimillonaria ha sido objeto de viva controversia entre los países miembros del BID y entre las ONG altermundistas que siguen las actividades del BID con un espíritu muy crítico, derivado –según dicen– del fracaso de la institución respecto a no conseguir avances ni en la lucha contra la pobreza ni en la reduc-

ción de las diferencias sociales regionales, tras haber apoyado a ojos cerrados a algunas dictaduras militares latinoamericanas de los años setenta y ochenta, y a seguir en demasía las terapias recomendadas por el Consenso de Washington hasta hace poco tiempo.

Pese a estas críticas, lo que más preocupa a los responsables del Banco no es tanto este conjunto de ataques radicales, sino que el Banco consiga relanzar a la economía latinoamericana, fuertemente sacudida por la crisis mundial actual (tras seis años de bonanza económica) y que, según cálculos del Banco Mundial, determinará una reducción del PIB mundial en un 2% en 2009 y una caída del comercio internacional del orden del 9%, así como sacar el Banco a flote en unos momentos como los actuales en que todos los países están en situación presupuestaria difícil, aunque las Cumbres del G-20 (Washington, 14 de noviembre de 2008 y Londres, 2 de abril de 2009) han hecho declaración pública de su interés en apoyar a los organismos financieros mundiales que pueden ayudar a restablecer la normalidad económica internacional y ayudar a los países del Sur.

La entrada de China al BID, en enero del 2009, supone otro éxito para la organización después de largos años de bloqueo de su accesión por parte de Estados Unidos –que veía con temor una más amplia implicación del gigante asiático en Latinoamérica– y de Japón –por sus viejos problemas políticos con Pekín–, que se justificó diciendo que no habían acciones disponibles que China pudiera adquirir, cosa que se desbloqueó cuando la disolución de la antigua Yugoslavia permitió la liberación del 0,004% de las acciones (igual cantidad que Corea). El ingreso de Pekín en el Banco confirma los fuertes intereses bilaterales chinos con algunos países del continente y del Caribe y abre nuevas puertas de recursos a Latinoamérica pues, como es sabido, China tiene un excedente de ahorro interno que le permite financiar al mundo entero y está demostrando de forma fehaciente que ha superado la posición que tuvo durante la etapa de la Guerra Fría, alineada como está, ahora, plenamente, en la cooperación económica internacional.

Otra de las grandes preocupaciones para el BID en estas sus “bodas de oro” es la profunda división que se está manifestando entre los países latinoamericanos que se están alineando, unos, con la

autocracia populista antinorteamericana encabezada por Hugo Chávez (que hace tres años que no pide ningún soporte del BID para no someterse a su condicionalidad y porque con el petróleo a precios altos creía poder prescindir de los servicios del BID), y otros con las líneas moderadas y democráticas encabezadas por Lula da Silva.

En el plano económico el BID constata dificultades especiales de crecimiento para algunos países que han creado fricciones con empresas internacionales (Venezuela, Argentina, Ecuador, Nicaragua y Bolivia), o que muestran poca capacidad de reacción frente a la caída de los precios internacionales de ciertas materias primas que se está registrando, mientras que constata buenas perspectivas –relativamente en el contexto mundial actual– para Brasil, Perú, México, Chile y Colombia, lo cual puede producir asimetrías y tiranteces, agravadas, además, por la caída de las inversiones extranjeras y las remesas de emigrantes como consecuencia de la crisis mundial.

Cabe recordar, también, que las integraciones latinoamericanas –a diferencia de lo que sucede con la exitosa integración caribeña de la mano del Acuerdo de Partenariado Económico con la Unión Europea y de la especial situación de Chile y México abiertos en su comercio con Estados Unidos y la Comunidad Europea– están atravesando un pésimo momento. El MERCOSUR no acaba de recibir a Venezuela por la falta de ratificación a su adhesión por parte de Brasil y Paraguay, la Comunidad Andina no se acaba de recuperar del abandono de Venezuela, y la Comunidad Centroamericana tiene muchos problemas internos.

En este contexto el BID mira, sin embargo, pese a todas las críticas de que es objeto y pese a las dificultades del momento actual, su futuro con esperanza.

El Banco ha puesto en marcha un Programa de Liquidez para un Crecimiento Sostenible dotado con 6.000 millones de dólares orientado a facilitar a los países latinoamericanos y caribeños el acceso a los mercados de crédito durante la crisis mundial actual, impulsa el Programa de Facilitación del Comercio ofreciendo préstamos y garantías, se propone incrementar sus préstamos y donativos para proyectos, administrará financiaciones del Fondo Español de Agua y Saneamiento (1.500 millones), pasa a abrirse a las financiaciones chi-

nas, y trata de ganar la batalla del buen gobierno lanzándose contra la corrupción que agarrota el crecimiento latinoamericano a través de sus operaciones de reforma administrativa y la aplicación del fondo dotado al respecto por Noruega, desde 2007, a su “Marco Anticorrupción del BID”.

Respondiendo a las críticas de que se ha olvidado de la lucha contra la pobreza y de que no ha atajado las injusticias que dividen a las clases, las etnias, las razas y los géneros, así como al llamamiento del “Foro Social Mundial” celebrado en este 2009, en Belem (Brasil), el BID se compromete decididamente en la ayuda a las familias de recursos más bajos con objeto de que puedan mantenerse a flote en tiempos de crisis (Plan Familias en Argentina, Plan Bolsa de Familia en Brasil, Plan Chile Solidario, Plan Familias en Acción en Colombia, Plan Juntos en Perú y Programa de trasferencias en México) con lo que, con todo ello, ve ampliadas sus oportunidades de acción.

Sus operaciones más llamativas son, quizás, hoy, su soporte a la ampliación del Canal de Panamá (400 millones sobre un coste del proyecto de 5.300 millones), al transporte público en Sao Paulo (370 millones) y al saneamiento de agua en Colombia (450 millones para limpiar el Río Medellín con la Empresas Públicas de Medellín firmado, por cierto, este último empréstito, durante la celebración de la Asamblea 2009 del BID en dicha ciudad colombiana).

Cara a la próxima Asamblea que debe celebrarse en 2010 en Cancún y para asegurarse su reelección en 2010 en que expira su actual mandato, el presidente del BID, Luis Alberto Moreno, tiene ante sí numerosos retos: la solicitud de la República Dominicana de hacer una Asamblea Extraordinaria contra “la bomba social”, la petición de México de aumentar los préstamos en este tiempo de crisis, un contexto internacional adverso y, sobre todo, la presión norteamericana para analizar responsabilidades sobre las pérdidas sufridas, si es que el BID quiere obtener más recursos en forma de un aumento del capital ordinario y de una nueva reposición de fondos a favor de su Fondo de Operaciones Especiales.

Lo que a estas alturas no parece que deba temer el BID es la eventual competencia que hubiera podido hacerle el Banco del Sur, lanzado por iniciativa de Hugo Chávez con enormes ambiciones de

constituirse en alternativa al FMI, al Banco Mundial y al BID para Latinoamérica, con exclusión de Estados Unidos, cuando se firmó en Buenos Aires el 9 de diciembre de 2007. Al final, sin embargo, y tras la reunión de ministros del 25 de marzo de este 2009 en Caracas, la caída de los ingresos petroleros de Venezuela, las dificultades financieras de Argentina y la moderación impuesta por Lula, el Banco del Sur va a quedar reducido a un papel –no de Fondo como había impulsado Chávez– de banco subregional de desarrollo con un capital limitado a 10.000 millones de dólares en el que estos tres países tendrán el protagonismo principal, y Bolivia, Ecuador, Uruguay y Paraguay ejercerán casi exclusivamente de prestatarios.

Barcelona, mayo de 2009



La V Cumbre de las Américas (I)

FRANCISCO ROJAS ARAVENA

Secretario General de FLACSO

La V Cumbre de las Américas cambió las tendencias en las relaciones hemisféricas. Fue un gran éxito que superó las herencias negativas y recogió las lecciones de la Cumbre de Mar del Plata. La declaración final no fue suscrita, pero se encontró una fórmula para dejar el testimonio de los debates y los acuerdos al suscribir el documento el Primer Ministro trinitario en representación de los diferentes mandatarios.

La principal lección, que constituye a la vez el principal éxito de esta Cumbre, es la nueva actitud de colectivo, de respeto, de escucharse mutuamente, así como retomar un diálogo abierto y plural entre los distintos Jefes de Estado y de Gobierno.

Aceptar las diferencias y el pragmatismo que imperó en los debates consiguió que el proceso tenga continuidad.

LA V CUMBRE DE LAS AMÉRICAS

Uno de los principales objetivos de las Cumbres está referido a intercambiar miradas sobre la realidad internacional, regional y local, constatar las comunales y las diferencias. Si se quiere establecer cursos de acción compartidos es esencial construir visiones compartidas. En el hemisferio se requiere cambiar la perspectiva, cam-

biar la visión que tienen los estadounidenses y los latinoamericanos sobre su posición en el sistema internacional y sobre el tipo de desarrollo histórico que han llevado. La constatación de la V Cumbre fue la demanda de un cambio de visión, y que este debe estar basado en el respeto mutuo y la igualdad.

Alcanzar la meta de construir una visión compartida para desarrollar acciones concertadas, obliga a reconocer la diversidad y la diferencia. De igual forma, es preciso desarrollar una apertura y una actitud de escucha pro-activa. Solo ello permite reconocer intereses, establecer consultas y aclaraciones, encontrar puntos de convergencia. El peso de las personalidades es crucial, máxime en el contexto de una Cumbre de Jefes de Estado y de Gobierno, donde la relación personal –cara a cara– constituye el factor principal en el éxito o fracaso del evento. La Quinta Cumbre creó una atmósfera positiva que apunta al cambio donde se logró alcanzar un diálogo político que superó las posiciones unilaterales. La diversidad y la pluralidad se expresaron con fuerza, contexto que permitió avanzar hacia un multilateralismo cooperativo y efectivo.

Sobre el sentido de las Cumbres y su utilidad, el Presidente de Brasil, Luis Inácio Lula Da Silva, indicó en la segunda plenaria de la Cumbre, que “éstas constituyen un espacio democrático de confrontación de ideas y conceptos, en su diversidad, (...) [ella] es positiva y no debemos temerle; sin embargo, es también un espacio en el que debemos buscar construir alternativas, si es posible, alternativas comunes. Esa construcción no puede quedar en esquemas del pasado, ella debe privilegiar el futuro”.

Sobre este mismo tema el Secretario de la SEGIB, Enrique V. Iglesias, ha señalado que falta una visión colectiva sobre lo que son las Cumbres y cómo se producen las negociaciones en este ámbito. En otros trabajos he señalado que las Cumbres son, en definitiva, la forma preferencial que ha adoptado el multilateralismo en la era de la globalización. Ellas son una instancia privilegiada que va más allá del *photo opportunity*, mediante la cual –en un contexto de altas expectativas– los Jefes de Estado establecen y definen el “sentir”, los espacios y la atmósfera en la cual es posible reconocer oportunidades de cooperación, de *status quo* o conflicto.

EL CAMBIO: EL FACTOR OBAMA

Sin duda, el clima positivo se vincula directamente con la llegada del Presidente Barack Obama a la Casa Blanca. En efecto, el cambio llegó y se instaló en la Casa Blanca. En menos de 100 días se transformaron las tendencias centrales del sistema internacional. Las declaraciones y las acciones del Presidente de los Estados Unidos las cambiaron sustancialmente. Se abre paso a un nuevo multilateralismo y una nueva forma de relacionamiento de Estados Unidos con el mundo y con el hemisferio.

Trabajar juntos por la común prosperidad fue la propuesta que llevó el Presidente Obama a la V Cumbre de las Américas. “Estoy aquí para lanzar un nuevo capítulo de las relaciones que será sostenido durante mi administración”, manifestó. También indicó que el futuro podemos construirlo juntos solo si logramos movemos con un nuevo sentido de asociación, buscando una asociación entre iguales basada en el respeto mutuo, los intereses comunes y los valores compartidos. Añadió “no quedemos prisioneros de los acuerdos del pasado, vine aquí para trabajar por el futuro”.

LAS INTERVENCIONES, LOS DISCURSOS Y DEBATES DE LOS PRESIDENTES

La Cumbre tenía previsto enfocarse en los temas de la promoción de la prosperidad humana, la seguridad energética y la sostenibilidad ambiental; sin embargo en los debates aparecieron otros temas que adquirieron gravitación e importancia. El primero de ellos fue el referido al futuro de las relaciones entre Estados Unidos y América Latina. En ese contexto la situación de Cuba y el bloqueo de los Estados Unidos a dicho país ocuparon espacios y referencias importantes en los discursos.

A pesar de la atmósfera de cordialidad generada, en algunos de los discursos de las y los mandatarios latinoamericanos se expresaron importantes reclamos a las políticas de los Estados Unidos, calificadas como “imperialistas y colonialistas”. Aunque en gran medida el pragmatismo se impuso al revisionismo histórico, cabe señalar

que el peso de la memoria histórica latinoamericana es muy distinto al que ocupa en la sociedad estadounidense. Fue en este marco que el Presidente Leonel Fernández señaló que “el fin de la Guerra Fría había llegado al hemisferio”, en referencia principalmente a la situación de Cuba. Es claro entonces, que se cierra la etapa de Guerra Fría y se abre una nueva oportunidad para la construcción multipolar fundada en el respeto e igualdad de los participantes. Cuba y Estados Unidos dialogarán sin intermediarios y establecerán mecanismos para avanzar hacia la normalización de sus relaciones. Sin embargo, si el bloqueo tiene cinco décadas, no es esperable que en los próximos cinco meses las relaciones estén plenamente normalizadas y desarticulado el aparataje burocrático creado en cincuenta años. Es esperable que puedan darse acuerdos sustantivos en el corto plazo.

Las cuestiones referidas a la relación América Latina-EEUU se ligan a la adopción de medidas específicas tendientes a superar la desconfianza. Es preciso construir medidas de confianza recíprocas, esencialmente políticas, en particular con Bolivia, Venezuela, Ecuador y Cuba. Lo que no es seguro, y es una pregunta abierta, es cuánta será la atención que la administración Obama podrá otorgar a América Latina y el Caribe. La responsabilidad primordial recaerá en la Secretaria de Estado, Hillary Clinton, y su equipo para la región, en particular sobre Arturo Valenzuela, nuevo responsable para América Latina y el Caribe.

En relación con las fuertes quejas y reclamos manifestados por la Presidenta Fernández y el Presidente Ortega en la sesión inaugural, en relación con las relaciones entre ALyC y EEUU, motivaron respuestas o expresiones diferentes. Adicionalmente a lo manifestado por B. Obama; hubo otras dos visiones, la del Presidente de Costa Rica, Oscar Arias, y la del Presidente de Perú, Alan García. El Presidente Arias destacó que “tiene la impresión de que cada vez que los países caribeños y latinoamericanos se reúnen con el Presidente de Estados Unidos, es para pedirle cosas o reclamarle cosas. Casi siempre, es para culpar a Estados Unidos de nuestros males pasados, presentes y futuros. No creo que eso sea del todo justo”. Y se preguntó “¿qué hicimos mal para responder que la responsabilidad recae en los países de la región y no en los Estados Unidos?”. En forma similar, el Presidente

Alan García expresó “no hemos venido en un papel mendigante a hacer pedidos ni reclamos, nosotros consideramos que haciendo cada uno su tarea, el continente suramericano tiene enormes posibilidades de ser una contraparte en respeto e igualdad de los Estados Unidos para un crecimiento común”. El conjunto de los mandatarios coinciden en que es necesario cambiar la lógica construyendo una nueva visión sobre las relaciones hemisféricas.

Un segundo tema que fue analizado en profundidad correspondió a la crisis financiera. En torno a esta se recordaron los acuerdos del G-20 y se destacaron alternativas para su implementación. La principal de ellas es la referida a la capitalización del Banco Interamericano de Desarrollo. La Presidenta de Chile, Michelle Bachelet, subrayó la necesidad de concluir la Ronda de Doha. También destacó la necesidad de impedir un “desplome social”. Sugirió como último punto el desarrollo de políticas públicas para detener el calentamiento global. Los Presidentes coincidieron en que se requiere una respuesta integral, concertada y coordinada para enfrentar la crisis. Asimismo el Presidente Lula reafirmó, especialmente, que la integración regional es la mejor respuesta a la crisis. Ello conlleva la construcción de consensos fundamentales para implementar políticas de Estado. Requiere de crecientes grados de transparencia y de rendición de cuentas. Adicionalmente, es necesario impulsar políticas constantes y persistentes para alcanzar los objetivos propuestos.

El tema migratorio también ocupó un lugar relevante en los debates presidenciales, donde se criticó con dureza la construcción del muro en la frontera de EEUU-México como una respuesta negativa a un problema que tiene profundas raíces sociales y que se ve agravado por la crisis financiera. De igual manera, la Presidenta Fernández, el Presidente Correa y el Presidente Ortega, así como en la reunión bilateral del Sistema de Integración Centroamericano (SICA) con el Presidente Obama, el tema migratorio ocupó un lugar significativo en esos diálogos.

Junto a los temas anteriores hubo reflexiones profundas sobre energía y el cambio climático, así como discusiones en diversos aspectos relativos a la gobernabilidad democrática. En relación con el cambio climático se señaló que está directamente vinculado a la pro-

ducción de energía limpia. En tal sentido, el discurso del Presidente de México, Felipe Calderón, señaló cuatro aspectos: impulsar la interconexión energética principalmente eléctrica, donde ya hay avances; establecer y desarrollar usos más eficientes generando ahorros de energía, principalmente del gas. El tercer aspecto está ligado a la diversificación energética, a partir de los bio-combustibles; el último, fue la proposición de crear un “fondo verde” destinado a promover la innovación en este campo. El Presidente Obama, en un artículo previo a la Cumbre, que se publicó en prácticamente todos los diarios de las Américas, señaló el deseo de crear una “nueva sociedad de las Américas en materia de energía y clima que nos ayude a aprender unos de otros, compartir tecnología, potenciar la inversión y maximizar nuestra ventaja comparativa”.

RESULTADOS Y EXPECTATIVAS

El principal resultado de la Cumbre es el nuevo clima de relación entre Estados Unidos y América Latina. Las promesas del Presidente Obama en relación a que durante su administración se buscará una asociación entre iguales, fundada en el mutuo respeto, en los valores compartidos e intereses convergentes; son señales claras de un “nuevo trato”, de abrir un nuevo camino.

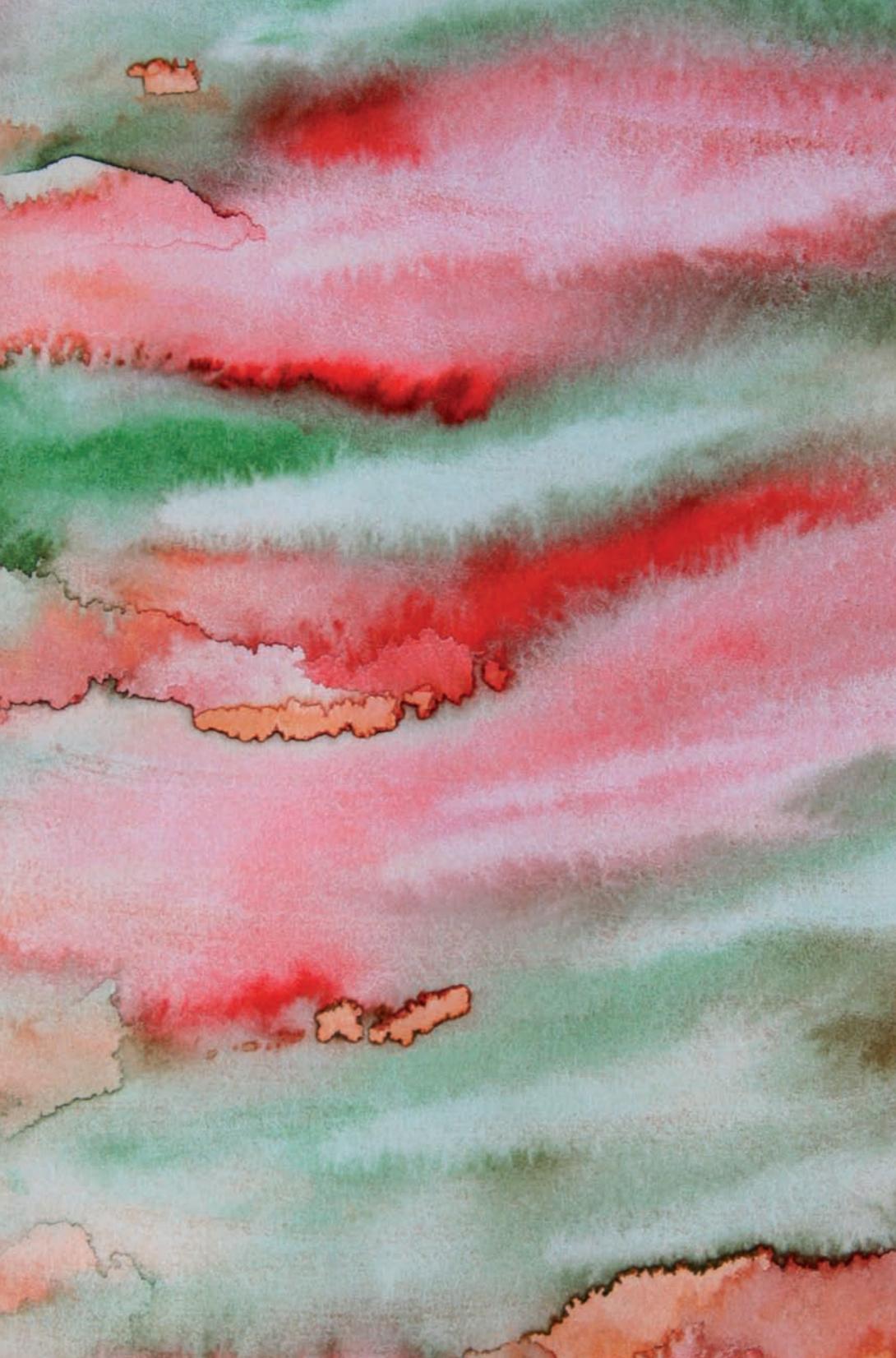
El diálogo cara a cara permitió aplicar uno de los principios esenciales del “*Harvard Negotiation Project*”: *ser duro con el problema y suave con las personas*. Esto fue lo que aplicaron los Presidentes en su trato personal. En breve, el resultado es la posibilidad de que cada cual pueda construir sus proyectos con la colaboración y solidaridad de los gobiernos y sociedades democráticas.

Se puede afirmar que fue una reunión *ganar-ganar*. Cada Presidente puede sentirse orgulloso del éxito alcanzado por *su* participación. En este sentido, la atmósfera de colaboración muestra el proceso sinérgico de inclusión de todos, con respeto a la igualdad y a la autodeterminación. La implementación será exitosa si contribuye al multilateralismo de carácter cooperativo, asociativo y eficiente.

Los resultados de la V Cumbre muestran que *el cambio* llegó a las políticas relaciones hemisféricas. La interdependencia y corres-

ponsabilidad se evidenciaron. La voluntad política de cooperación fue expresada por todos; más allá de no alcanzar la unanimidad en la Declaración final, que no fue suscrita. Las oportunidades para el progreso en la región se afianzaron. Esperamos que ése sea el derrotero que se abrió y que recogió esta V Cumbre. Ella marca un nuevo comienzo, un nuevo trato en las relaciones hemisféricas.

San José de Costa Rica, mayo de 2009



La V Cumbre de las Américas (II): el documento que no fue

FRANCISCO ROJAS ARAVENA
Secretario General de FLACSO

El documento de la Vª Cumbre de las Américas “*Declaración de Compromiso de Puerto España. Asegurar el futuro de nuestros ciudadanos promoviendo la prosperidad humana, la seguridad energética y la sostenibilidad ambiental*” que fue trabajado durante casi un año, no fue suscrito. Surgió, sin embargo, una fórmula para dejar el testimonio de esos debates al suscribir el Gobierno trinitario la declaración en representación de todos los Jefes de Estado y de Gobierno presentes. Seguidamente analizamos el texto negociado y las razones para su no suscripción al finalizar el encuentro.

EL DOCUMENTO QUE NO FUE: LA DECLARACIÓN DE LA V CUMBRE

Durante más de doce meses los diplomáticos de los 34 países participantes en la Cumbre trabajaron regularmente para alcanzar un consenso sobre los contenidos de la Declaración propuesta: “*Declaración de Compromiso de Puerto España. Asegurar el futuro de nuestros ciudadanos promoviendo la prosperidad humana, la seguridad energética y la sostenibilidad ambiental*”, intensificando el trabajo en los últimos seis meses. Del documento original a la última versión se trabajó en más de 9 revisiones. Se analizó cada uno de los párrafos, se eliminaron algunos, se incorporaron otros, se fusionaron al-

gunos de ellos, se cambió el orden. Del documento inicial a la propuesta de declaración hay cambios sustantivos que mejoraron de manera esencial la visión que se quería que la Vª Cumbre entregase. En la última revisión del 26 /03/ 2009, días antes de la Cumbre, los párrafos que estaban entre corchetes [] fueron eliminados, aunque en algunos casos se hizo *ad referendum*.

El texto está organizado en 96 párrafos, estructurados en 9 secciones. El *Preámbulo* que contiene 6 párrafos; en los cuales se manifiestan los propósitos, principios, valores, la importancia de la cooperación, el fortalecimiento institucional, tanto doméstico como interamericano y regional. Todos ellos en un contexto en el cual se reconoce la interdependencia de los desafíos, la crisis y las amenazas, en particular la necesidad de ser copartícipes en las soluciones de ellos.

La primera sección contiene 38 párrafos y está dedicada al tema *Promover la Prosperidad Humana*, en los cuales se abordan los principales desafíos que tiene la prosperidad humana en nuestra región. No obstante, cabe destacar que sobre la crisis financiera se incluyó un solo párrafo, el número 7, en el cual se señala el compromiso de abordar la crisis económica y financiera sobre la base de reforzar la cooperación y “trabajar juntos para restaurar el crecimiento y lograr las reformas necesarias de los sistemas financieros mundiales”. Ese párrafo es bastante pobre y débil en el contexto de la grave crisis global y sus impactos en la economía real, tal y como fue señalado por los Presidentes en las plenarios. En esta sección se proponen distintas metas a ser cumplidas desde el año 2009 al año 2020. Muchas de ellas reiteran lo señalado en los objetivos del milenio. Algunas metas señaladas, en mi criterio, son muy difíciles de alcanzar en las fechas señaladas, como por ejemplo la meta de reducir en un 50% la pobreza para el año 2015. Lo mismo se puede indicar para la meta propuesta en torno a asegurar el acceso universal a la salud para el año 2017. En otras secciones no se calendarizan las metas y objetivos que se quieren alcanzar, como es el caso referido a los temas de seguridad.

La siguiente sección corresponde al tema: *Promover la Seguridad Energética*, esta sección consta de 12 párrafos. En ellos se destaca que la energía es un recurso esencial y reafirma el derecho soberano de cada país a la conservación, desarrollo y uso sostenible de sus recursos ener-

géticos. Subraya el potencial de las nuevas tecnologías ambientalmente amigables, con lo cual se incrementan las capacidades que, de conformidad con la legislación nacional e internacional, promuevan una energía más limpia.

Seguidamente se aborda en la declaración el tema de la *promoción de la sostenibilidad ambiental*. Esta sección describe los compromisos en 11 párrafos. En ellos se destaca que “el desarrollo social y económico y la protección del medio ambiente, incluyendo la gestión sostenible de los recursos naturales, son pilares interdependientes del desarrollo sostenible que se refuerzan mutuamente”. En esta sección se remarcan los efectos adversos del cambio climático en el hemisferio y en particular en los pequeños estados insulares. Se reafirma el compromiso de mejorar la cooperación internacional para dar respuesta a los desastres, tanto en la prevención, preparación, rehabilitación, resiliencia, reducción de riesgos, mitigación del impacto y evaluación de los desastres; a partir de sistemas de alerta temprana e intercambio de información. Se incluyen párrafos referidos a la promoción de la sostenibilidad ambiental y el rol de la cooperación regional, también de los recursos marinos y un seguimiento y evaluación sobre el cambio climático.

Otra sección está referida a los temas vinculados a *reforzar la seguridad pública*. Esta sección consta únicamente de 10 párrafos. En ellos se señala la importancia de “abordar las amenazas, preocupaciones y otros desafíos a la seguridad en el hemisferio los cuales son muy diversos, de alcance multidimensional y tienen impacto sobre el bienestar de nuestros ciudadanos”. Se destaca que el concepto de seguridad en el hemisferio incorpora las prioridades de cada Estado y que dicho concepto contribuye a “la consolidación de la paz, al desarrollo integral y a la justicia social”. Este marco conceptual se basa en “valores democráticos, el respeto, la promoción y defensa de los derechos humanos, la solidaridad, la cooperación y el respeto a la soberanía”. En otros párrafos se analiza el tema del terrorismo, la delincuencia organizada, las drogas, la necesidad de avanzar en la cooperación de la justicia y se destaca que la violencia es prevenible. En el párrafo siguiente se indica que “la fabricación y el tráfico ilícito de armas de fuego, municiones, explosivos y otros materiales

relacionados son una amenaza a la sociedad, engendran violencia, exacerbando los conflictos y afectan negativamente el Estado de Derecho”. También hay párrafos dedicados al tema de las pandillas juveniles/maras y al lavado de dinero. A lo largo de ellos se refuerza la idea de fortalecer el enfoque multidimensional.

La propuesta de declaración de la V Cumbre destaca en la siguiente sección el tema de: *reforzar la gobernabilidad democrática*; esta sección contiene 11 párrafos. En ellos se manifiesta que, “las aspiraciones y metas para las Américas dependen de democracias sólidas, la buena gestión pública, el estado de derecho, el respeto de los derechos humanos y de las libertades fundamentales”. Se destaca que la gestión pública local es esencial en el fortalecimiento democrático y en el desarrollo sostenible. Luego se describen los temas referidos a la corrupción, a las prácticas corruptas empresariales, a los derechos humanos, los derechos de los pueblos indígenas, así como los vinculados al género y la niñez. Un punto importante es que reitera el apoyo a los objetivos de la “Carta Social de las Américas y su plan de acción” que está siendo preparada en el marco de fortalecer la institucionalidad de la OEA. También, se reafirma la importancia que posee la *Carta Democrática Interamericana* y el rol que le cabe en ello a la OEA, así como en la búsqueda de las soluciones pacíficas a nuestras diferencias, mediante la promoción de una cultura democrática, de paz, de diálogo y no violencia en el hemisferio.

La última sección está referida al *seguimiento de la Cumbre de las Américas y la efectividad de la implementación*. Esta sección consta de 9 párrafos en los que se incide en la necesidad de contar con un “marco integrado y coherente de políticas para cumplir los compromisos”. Un aspecto relevante es el referido a que “nos comprometemos a convocar la Cumbre de las Américas con regularidad y al menos cada tres años”, los otros párrafos están dedicados al rol de la OEA en el seguimiento, en la entrega de informes nacionales anuales a la OEA sobre acciones y avances alcanzados hacia el logro de los objetivos específicos fijados en las Cumbres de las Américas. También, en esta sección, se señala el compromiso de incentivar la participación de “nuestros pueblos, mediante la actuación ciudadana, comunitaria y de la sociedad civil, en el diseño y ejecución de las po-

líticas y programas de desarrollo”. Adicionalmente reafirma el compromiso de “seguir explorando maneras para que nuestros gobiernos puedan establecer, reforzar y mantener alianzas con todos los sectores de la sociedad en especial con los sectores empresarial, laboral y académico, a fin de permitir que los gobiernos aprovechen las experiencias y los recursos existentes en estos sectores (...) para lograr nuestras metas de desarrollo nacional y hemisférico”.

Finaliza la declaración con un párrafo saludando a *la conmemoración del Bicentenario de los procesos de independencia de los países latinoamericanos*, “reconociendo que (esta) independencia ha tenido un papel central en la conformación del mundo contemporáneo y continuará siendo relevante en la formación del mundo”.

Al no alcanzar el consenso la declaración, ésta no fue suscrita por los mandatarios. Cabe destacar que no es la primera vez que no se suscribe una declaración final de una Cumbre de las Américas. Tampoco lo hubo en Mar del Plata. La falta de consenso fue explicitada en los mensajes inaugurales de la Cumbre. Allí, el Presidente Daniel Ortega se refirió a la declaración acordada por los países miembros del ALBA (Bolivia, Cuba, Dominica, Honduras, Nicaragua y Venezuela). Estos países consideraron que “el proyecto de declaración de la V Cumbre de las Américas es insuficiente e inaceptable”, las razones para ello fueron que el texto no entregaría: 1) una respuesta al tema de la crisis económica global; 2) excluye injustificadamente a Cuba; 3) el capitalismo está acabando con la Humanidad y el Planeta; 4) el capitalismo ha provocado la crisis ecológica; 5) la crisis económica global, la del cambio climático, la alimentaria y la energética son producto de la decadencia del capitalismo; 6) para evitar un desenlace fatal sobre la existencia de la vida y del planeta, es necesario desarrollar un modelo alternativo al sistema capitalista, un sistema de solidaridad y complementariedad y no de competencia. Por su lado, el Presidente Hugo Chávez manifestó que la declaración contenía puntos de apoyo a la OEA que no correspondían ser suscritos.

El país anfitrión, Trinidad y Tobago, tuvo una explicación diferente. El Ministro Mariano Browne, en conferencia de prensa publicada en el diario *Trinidad Express* del 22 de abril 2009, señaló que existió un acuerdo y un consenso de los 34 países dos semanas an-

tes de la Cumbre. Este consenso incluía a los Presidentes Chávez, Ortega y Morales. Sin embargo señaló que en la reunión de los países del ALBA algo pasó, algo cambió y nosotros (el Gobierno Trinitario) no teníamos control de aquello. Reafirmó que el Acuerdo sobre la declaración que el Gobierno Trinitario preparó “representaba lo que nosotros buscábamos, hacer algo un poco más riguroso”.

La explicación, de acuerdo con el gobierno trinitario, para la *no suscripción* de la Declaración señala que estuvo referida a una nota de pie de página, en el párrafo 49, referido a la producción de biocombustibles. La delegación de Bolivia incluyó esa nota en la cual este país “considera que el desarrollo de políticas y esquemas de cooperación que tengan por objetivo la expansión de los biocombustibles en el hemisferio occidental pueden afectar e incidir en la disponibilidad de alimentos y su alza de precios, el incremento de la deforestación, el desplazamiento de la población o la demanda de tierras y por consiguiente repercutir en el incremento de la crisis alimentaria (...) de los países más pobres en desarrollo”. En la larga nota señala que se deben promover, energías alternativas seguras que garanticen la preservación del planeta, nuestra ‘madre tierra’”. Sobre esto, el Presidente Lula da Silva señaló que Brasil nunca promoverá la generación de biocombustibles que afecten a la producción de alimentos para los pueblos del mundo.

UNA NUEVA ESPERANZA

La amenaza principal en el hemisferio y en el planeta es la crisis financiera. En la V Cumbre participaban 5 miembros del G20. La Cumbre debió aportar medidas específicas –más allá de su Declaración que no fue suscrita– para mitigar los graves efectos en el hemisferio. Los presidentes abordaron con profundidad el tema, pero no emitieron declaración alguna. No se acordó cómo proveer de los recursos que requieren el Banco Interamericano de Desarrollo, la Corporación Andina de Fomento y el Banco Centroamericano de Cooperación Económica, para mantener la actividad económica y la inversión. Tampoco se adoptaron compromisos para frenar e impedir políticas, acciones y

actitudes proteccionistas. Mantener el desarrollo en América Latina y el Caribe es esencial para su gobernabilidad democrática. Éste era sin duda el mayor déficit del Proyecto de Declaración.

La V Cumbre sirvió de oportunidad y de espacio consultivo para que los líderes intercambiaran ideas y se propusieran iniciativas asociativas multilaterales y bilaterales, así como medidas unilaterales –consultadas e informadas previamente– que apunten al beneficio de todos.

En Puerto España se reconstruyeron las relaciones hemisféricas. Allí surgió un nuevo entendimiento que es la base esencial para consolidar la *nueva agenda* en las relaciones continentales, el “nuevo trato” en los vínculos entre EE.UU. y América Latina y el Caribe. El renovado clima de relación deberá mostrar con hechos y avances sustantivos que los propósitos de la *declaración que no fue*, se mantienen, impulsan, desarrollan y coordinan. En suma, que los actores toman y promueven, en forma simultánea y holística los temas del desarrollo y la seguridad única forma de asegurar la convivencia democrática, el bienestar, la prosperidad y la paz.

San José de Costa Rica, mayo de 2009



El creciente peso de los hispanos en Estados Unidos y su significación para España

RAFAEL GARRANZO

Diplomático

En noviembre pasado, el candidato demócrata, Barak Obama, ganaba las elecciones presidenciales en Estados Unidos. Seis meses después, y aunque pueda variar el grado de importancia y de determinación que se le atribuye, nadie pone en duda la correlación entre la victoria del candidato demócrata y el apoyo que le concedieron los electores hispanos o, visto desde otro ángulo, la pérdida del candidato republicano está en relación con la pérdida del electorado hispano. Este creciente peso político del electorado hispano está, obviamente, en correlación con el peso creciente que la comunidad hispana ha ido adquiriendo en Estados Unidos en su demografía, así como en su economía y, derivado de ello, la conciencia y la determinación colectiva de traducir políticamente esa nueva realidad.

Los hispanos constituyen en la actualidad algo más del 15 % de la población de Estados Unidos. Con un total de más de 45 millones de habitantes ha pasado a ser la minoría con mayor crecimiento demográfico. Según los datos del censo, teniendo en cuenta el balance entre nacimientos y muertes, emigración e inmigración, se calcula que cada minuto hay cuatro nuevos ciudadanos norteamericanos. De esos cuatro, dos son latinos.

Respecto a su poder adquisitivo, se estima en la actualidad que su poder de compra es de 600.000 millones de dólares. Y en cuanto al perfil profesional, crece su implantación en la clase media así como aumenta el número de cuadros directivos de origen hispano (más de 82.000 altos ejecutivos, 46.000 médicos o 43.000 abogados).

Aunque no todos los hispanos hablan español, el idioma es percibido como uno de los factores identitarios de esta comunidad. Según la Enciclopedia del Español en Estados Unidos, editada por el Instituto Cervantes, hay más de 32 millones de habitantes en EEUU cuya primera lengua es el español y, teniendo en cuenta el ritmo de crecimiento demográfico de esta comunidad, se estima que, en poco tiempo, Estados Unidos pasará a ser el segundo país del mundo en cuanto a número de hispanoparlantes.

Este creciente peso demográfico, social y económico ha terminado traduciéndose en un creciente peso político que se puso ya de manifiesto en las elecciones de 2006 al Congreso (un 70% de los hispanos votó a favor de los demócratas). Se revertía con ello la etapa de crecimiento del voto republicano entre los hispanos, que en el período 1996-2004 creció del 21 al 40%. La última etapa de la anterior administración y, muy especialmente, el discurso anti inmigrante que asumió públicamente una parte de la clase política republicana trastocó radicalmente esta tendencia, y eso a pesar de que el Senador Mc Cain tuvo un enfoque generoso e inteligente (aunque minoritario dentro de su partido) hacia el problema de la inmigración. Como resultado de ello, los votantes hispanos optaron en las elecciones presidenciales por Obama por un margen de dos a uno (67% frente al 31%). Este apoyo a la candidatura demócrata era además especialmente valioso en estados claves como Colorado, Florida, Nuevo México y Virginia, con importantes núcleos hispanos y que pasaron a tener mayoría demócrata en estas elecciones presidenciales. Debe recordarse que Kerry, en las elecciones del 2004 obtuvo únicamente el 54 % del voto hispano.

El convencimiento de que el voto hispano había sido clave en la victoria de Obama abrió la puerta a una nueva fase para sus or-

ganizaciones, centrada ahora en garantizar su participación en la definición e implementación de la nueva agenda política.

LA AGENDA HISPANA

La primera prioridad a negociar por los hispanos con la nueva administración fue la de garantizar que el nuevo equipo de Gobierno incluyera un número representativo de hispanos a todos los niveles de la Administración. Las expectativas nacían bien alimentadas, teniendo en cuenta que se citaba la presencia de no menos de 50 hispanos en el equipo de transición de Obama. Hubo, sin embargo, en los primeros momentos y ante los primeros nombramientos, una primera sensación de frustración. El hecho de que se optara por la Senadora Clinton para ocupar el Departamento de Estado frente al Gobernador de Nuevo México, Bill Richardson, —quien, además, había hecho una difícil apuesta personal al endosar explícitamente a Obama a pesar del conocido vínculo que le unía a los Clinton— fue uno de los primeros elementos que desató cierta alarma entre las organizaciones hispanas. La noticia del rechazo del Congresista Becerra del puesto de Trade Representative, por entender que el comercio no iba a constituir una prioridad de esta administración aumentó la sensación de que se les estaban ofreciendo puestos de segunda relevancia lo que finalmente motivó que el Congressional Hispanic Caucus escribiera al Presidente para reiterarle la necesidad de seleccionar a hispanos para los puestos de más alto nivel de su administración.

Los nombramientos de Richardson para Comercio (aunque posteriormente se viera obligado a renunciar) y los de Hilda Solís en Trabajo, Ken Salazar en Interior y Janet Napolitano mandaron un poderoso mensaje de compromiso con los hispanos, nombramientos a los que había que sumar los de segundo escalón. En una clara demostración de apoyo al Presidente, desde el Consejo Nacional de la Raza, una de las principales organizaciones que defienden los intereses de los hispanos, se hizo pública la satisfacción por la política de nombramientos de la nueva administración. El largo proceso de nombramientos, que de hecho todavía está en curso, hace imposible dar todavía una

valoración definitiva de en qué medida esta demanda de nombramientos ha sido satisfecha.

Por otro lado, el anuncio de que el Presidente propondrá a Sonia Sotomayor para el Tribunal Supremo satisface una de las aspiraciones más sentidas de los líderes hispanos y coloca en una posición incómoda al Partido Republicano que deberá decidir que posición adoptar ante la propuesta, siendo conscientes de que oponerse al nombramiento puede profundizar la fractura entre el partido y los hispanos.

El segundo gran tema en la agenda hispana es lógicamente, el de la inmigración. Los datos más recientes del censo señalan que se está produciendo un descenso del número de inmigrantes hispanos, afectados por las nuevas normativas sobre inmigración y especialmente por la crisis económica. En cualquier caso, con una población de inmigrantes indocumentados de aproximadamente 12 millones, esta baja en la tendencia no debilita la presión hacia una modificación de la legislación.

No fue posible durante la etapa del Presidente Bush sacar adelante la reforma de la política de inmigración a pesar de que se produjeron iniciativas interesantes como la copatrocinada conjuntamente por los senadores Kennedy y Mc Cain. A pesar de su relevancia, el tema de la inmigración no fue un tema dominante en la campaña presidencial pero nadie duda de que tarde o temprano tendrá que irrumpir en la agenda del Congreso.

Respecto al ritmo para la reforma, dos enfoques parecen posibles: hay quien considera que ya existen bastantes frentes abiertos en el Congreso como para abrir uno más, especialmente uno tan conflictivo como éste, recordando que en un momento de recesión económica es difícil razonar con ecuanimidad en asuntos susceptibles de ser tratados de manera demagógica (la percepción de la amenaza de pérdida de empleo para los nacionales). Otra perspectiva considera que el tema será siempre espinoso, que no se gana nada con retrasarlo y que al contrario, lo que está en juego es la consolidación del voto y la lealtad hispana. En este sentido, incluso han surgido algunas voces minoritarias en el Partido Republicano que reclaman ser ellos los que tomen la iniciativa como estra-

tegia encaminada a recuperar la lealtad hispana al partido. En cualquier caso, el Caucus Hispano parece decidido a no condicionar este tema a planteamientos tácticos y a insistir en la necesidad de que se trate cuanto antes.

Un tercer tema que afecta muy directamente a los hispanos es el de la educación. Los índices de abandono escolar son más altos entre los hispanos que entre otras comunidades norteamericanas. La concienciación ante el problema es tal que el Presidente Obama lo eligió para su intervención en la Cámara de Comercio Hispana donde, tras advertir de la importancia de la formación en los nuevos mercados de trabajo, hizo un llamamiento a los escolares hispanos a que no abandonaran sus estudios y anunció las grandes líneas de lo que va a constituir su proyecto de reforma educativa. En la medida en que estas propuestas de reforma (que enfatiza iniciativas en las primeras etapas de la formación; propone mejorar los sistemas de medición de resultados y de asesoramiento así como en la formación, capacitación e incentivos para los maestros y reforma de las escuelas; junto a programas para facilitar el acceso a la educación superior) estén en sintonía con las demandas de los hispanos, el Presidente podrá contar con su apoyo a la hora de buscar impulso para su implementación.

Aunque la agenda hispana ha estado tradicionalmente centrada en temas de política interior, puede decirse también que una mayor atención hacia América Latina es otra reivindicación de la comunidad hispana. Latinoamérica perdió protagonismo durante la administración Bush y durante esa etapa la imagen de EEUU en Latinoamérica se hundió, salvo determinadas excepciones, tanto entre la clase política como entre la ciudadanía. Ello ha facilitado a la administración Obama presentarse con un nuevo talante y con una nueva agenda. Si la anterior administración enfatizó como prioridades la lucha contra el narcotráfico, la democracia y el libre comercio, la administración Obama se presentó en la Cumbre de las Américas renunciando a grandes iniciativas globales y omnicomprensivas, con un discurso en el que denunciaba sus pasados comportamientos en la región y proponía una agenda en la que primaban la lucha contra la inseguridad, el desarrollo inclusivo y las iniciativas para una mayor seguridad energética con el énfasis en

nuevas fuentes de energía. A ello ha sumado el giro en su política hacia Cuba, demandada por todos los gobiernos del continente.

Y ESPAÑA

En este contexto es inevitable plantearse si esa nueva situación afecta, y de qué modo, a España. En realidad, la convicción de que nuestro país debe aprovechar el potencial que representa la comunidad hispana ha estado, con más o menos intensidad, presente a lo largo de las dos últimas décadas. De entre las iniciativas que se han generado, quizás la más sólida y que ha demostrado tener más recorrido es precisamente el programa de Jóvenes Líderes Hispanos que financia y organiza la Fundación Carolina en colaboración con el MAEC.

Gracias a este programa han viajado a España más de ciento cincuenta jóvenes hispanos algunos de los cuales han pasado a ocupar puestos de relevancia en la actual o en pasadas administraciones. Los participantes en este Programa han creado una Asociación, la Asociación de Líderes Hispanos, que se propone como objetivos de sus actividades no solo fomentar las relaciones entre España y Estados Unidos sino también, complementariamente, mantener una posición activa en el análisis de la problemática de los hispanos en Estados Unidos ayudando en la elaboración de diagnósticos y propuestas en temas como identidad, inmigración o educación. Finalmente, la Asociación se propone también incentivar propuestas de colaboración triangular con Latinoamérica que incidan de manera positiva en el desarrollo de sus países de procedencia u origen.

Ahora bien, dada la relevancia de lo hispano en EEUU y el peso de un país como España, parece evidente que es necesario superar esta fase de iniciativas aisladas para pasar a articular una estrategia que defina claramente qué objetivos perseguimos y qué líneas de actuación pretendemos seguir para su logro, todo ello articulado en un Plan de Acción que permita programar y validar resultados.

Debe corresponder al MAEC el liderazgo en la elaboración de esta estrategia en un proceso de consulta inclusivo que cuente con la participación de todos los departamentos y organismos que pasarían a ser parte de este Plan.

Será este proceso consultivo el que finalmente sancione estos objetivos entre los cuales pueden citarse el maximizar la capacidad de acción de España en Estados Unidos a través de redes de contacto con intereses compartidos así como el apoyo a iniciativas que resulten en el reconocimiento de que lo hispano no es un elemento tardío, añadido y hasta cierto punto impuesto a la realidad norteamericana sino al contrario, un elemento presente en este país desde su nacimiento, que ha jugado un papel determinante y constructivo en las diversas etapas de la historia de este país y que en la actualidad es un factor dinamizador de la vida norteamericana.

España, además, puede colaborar en algo que, más o menos pronto, acabará incorporándose a la agenda hispana en EEUU: la preocupación por el desarrollo de los países latinoamericanos. Como hemos mencionado, la agenda de las organizaciones hispanas ha estado centrada prioritariamente en cuestiones de política interior, pero parece inevitable que a medida que crezca la capacidad de influencia de esta comunidad se vaya introduciendo cada vez más una preocupación por influir en el diseño e implementación de la política hacia el Hemisferio. Nuestro país, siendo consciente de la nueva etapa que se abre entre EEUU y Latinoamérica está interesado en iniciativas de cooperación triangular especialmente en temas como el apoyo a un desarrollo económico inclusivo, la lucha contra la pobreza y el fortalecimiento del Estado de derecho y de las instituciones que deben hacer de él una realidad sentida cotidianamente. ¿Es posible que en este esfuerzo de triangulación los hispanos tengan algún papel? En realidad, las opciones son muchas y requieren únicamente su inserción en un Plan de Acción y garantizar la financiación de las mismas. Sólo por mencionar un par de ejemplos, los programas de formación municipal que España lidera en Latinoamérica podrían incluir a expertos y cargos locales hispanos electos en EEUU. La necesaria concienciación social y fiscal de las empresas latinoamericanas también podría fomentarse en programas que incluyeran a empresarios hispanos en este país. Finalmente, la cooperación entre departamentos de universidades españolas y latinoamericanas para proyectos con impacto en el desarrollo de su países podrá enriquecerse con la inclusión de uni-

versidades norteamericanas insertas en la Hispanic Association of Colleges and Universities (HACU).

En resumen, el mundo hispano en EEUU ha cruzado de manera irreversible un determinado umbral que consolida su peso clave en la vida política norteamericana. Ello, a su vez, le permite participar activamente en la definición de la agenda política. Para España, todo ello abre oportunidades tanto como un instrumento de sus intereses nacionales y también dado nuestro interés en la consolidación positiva de la “marca hispana”; y, finalmente, se nos abren nuevas vías, todavía sin explorar, de crear mecanismos de cooperación triangular. Los intereses están ahí: de lo que se trata es de mostrar que se es capaz de articular una estrategia que defina las líneas de actuación y ser capaces de llevarla a cabo.

Washington, junio de 2009

Oportunidades y desafíos a partir de la crisis: una mirada desde América Latina

JOSÉ LUIS MACHINEA

Cátedra Raúl Prebisch, Universidad de Alcalá de Henares

Si bien hay dudas e incertidumbres que están lejos de haber sido resueltas, como aquellas vinculadas con la debilidad del sistema financiero, es razonable esperar que la economía mundial comience a recuperarse en el cuarto trimestre de 2009, o sea, antes de lo que se preveía hasta hace pocos meses. ¿Quiénes liderarán ese proceso? Por cierto no Europa, ni Japón, sino Estados Unidos y China.

Las razones principales son dos: a) Estados Unidos y China han sido más activos que los demás países en políticas de demanda, ya sea en el plano monetario o en el fiscal y b) ambas economías son más flexibles que las de los países europeos y la de Japón.

La crisis del centro tendrá su impacto en el mundo en desarrollo, que reducirá sensiblemente su ritmo de crecimiento. En América Latina es de prever una caída del producto de alrededor del 1,5-2,0%. México será la economía donde la caída de la actividad será mayor: no menos del 6%. Más allá de algunos problemas en el manejo de la política económica, el desplome de México se explica por ser la economía de la región más afectada por la fuerte disminución de la de-

manda internacional: turismo, remesas, exportaciones industriales y reducción de los términos del intercambio. A ello hay que agregarle la disminución de la inversión extranjera y la gripe porcina. Casi las siete plagas de Egipto pero en un país latinoamericano.

El impacto de la crisis en la región dejará huellas indelebles en términos de aumento del desempleo y la pobreza. Asimismo, las remesas, el turismo y las inversiones extranjeras, tardarán en recuperarse. Las razones deben buscarse en una muy lenta recuperación del empleo en el mundo desarrollado (con consecuencias sobre las remesas y el turismo), en una previsible disminución de las pensiones como consecuencia de la caída en el precio de los activos que tenían los fondos de pensiones (turismo), en elevada incertidumbre (turismo e inversiones extranjeras) y en una alta capacidad ociosa (inversiones extranjeras). Asimismo, es difícil prever una fuerte recuperación de las exportaciones de manufacturas, tanto por el ritmo de crecimiento previsto, como por las señales de un aumento del proteccionismo en el Norte.

Sólo cabe esperar una recuperación del precio de algunas *commodities*, tendencia que ya ha comenzado a observarse. En parte, ello es consecuencia de expectativas de recuperación de la demanda que llevan a aumentar inventarios a “bajos precios”. En el caso de los alimentos, y a diferencia de lo ocurrido en la crisis de la década del treinta, el mantenimiento de precios relativamente elevados, al menos en comparación con los de los últimos años, se explica porque durante los años treinta el aumento de la hambruna fue generalizado, alcanzando al mundo desarrollado, mientras que ése no parece ser un escenario previsible en la actualidad. La explicación debe buscarse en los actuales mecanismos de protección social en los países desarrollados y en la menor caída del producto, junto con las redes de ayuda social en muchos países en desarrollo. Ello evitará, al menos por un tiempo, una fuerte reducción en la demanda de alimentos.

Los mayores precios de los productos de exportación tendrán un impacto positivo en varios países de América del Sur, pero no necesariamente en los de América Central, en especial como consecuencia del aumento en el precio del petróleo.

En síntesis, todo parece indicar que en América Latina la recuperación difícilmente llegue antes del año próximo, aunque puede

preverse una más rápida salida de la crisis en casos puntuales que, básicamente, estará relacionada con una mejor situación previa y con el precio de ciertas *commodities*. En cualquier caso, todavía tenemos por delante no menos de doce meses complicados, en términos de aumento del desempleo y de la pobreza.

Cabe preguntarse cuáles son las expectativas para el mediano y largo plazo. Obviamente ello dependerá en gran medida de lo que hagamos los latinoamericanos. Sin embargo, es innegable que el contexto internacional tendrá una considerable influencia. Por esa razón, en lo que sigue especularemos sobre ese escenario internacional y su previsible impacto en la región. En particular, es relevante analizar en qué medida las previsiones cambian las tendencias que se observaron en los años previos a la crisis. Hay cinco temas que vale la pena explorar: 1) a qué ritmo crecerá el mundo; 2) qué pasará con el comercio; 3) cuál será la región más dinámica; 4) cuáles serán las principales características de la estructura productiva mundial; y 5) cuáles las oportunidades asociadas con el cambio tecnológico. Obviamente cada uno de estos temas merecería un artículo específico; por ello, en lo que sigue echaremos una mirada fugaz sobre cada uno de ellos.

Con respecto al primer punto, el mundo crecerá a un ritmo menor que en el pasado reciente, pero probablemente con menos sobresaltos. Las razones de este menor crecimiento deben buscarse en cuatro factores: a) menor expansión del crédito, por la nuevas regulaciones y en particular por la mayor exigencia de capital para el conjunto del sistema financiero, b) tasas reales de interés más elevadas como consecuencia del aumento de la deuda pública, en un contexto de una todavía elevada deuda privada, c) menor crecimiento de la inversión por la incertidumbre asociada con la ruptura de la “normalidad” en el ámbito macroeconómico, algo inusual en el mundo desarrollado, y d) importancia creciente tanto de las consecuencias del cambio climático como del medio ambiente en general. Decimos “con menores sobresaltos” porque ello será, al menos parcialmente, resultado de un sistema financiero más controlado y, por lo tanto, con menos “exuberancia irracional”.

En segundo lugar, creemos que en la medida en que la economía mundial se recupere relativamente rápido, los brotes proteccio-

nistas de los últimos meses tenderán a reducirse, por lo que el comercio volverá en dos o tres años a crecer a tasas más elevadas que la demanda mundial. En tercer lugar, “Asia en desarrollo” seguirá siendo la región más dinámica en términos de crecimiento de la economía mundial, aunque su crecimiento tenderá a basarse algo más en el mercado interno que en el pasado reciente. Hay dos razones para ello: a) las tensiones internas, en especial en China, que requieren políticas destinadas a mejorar la protección social y aumentar el consumo, y b) la incertidumbre sobre la evolución de la economía mundial que haría extremadamente riesgosa una estrategia excesivamente basada en el mercado externo.

En lo que respecta a la estructura productiva a escala global, es razonable prever que dos de los rasgos que la caracterizaron en los últimos años —la concentración económica y la descentralización geográfica— sigan siendo dominantes, aunque el ritmo será algo distinto. En particular, si bien los factores que explican la concentración —o sea, las economías de escala asociadas con los gastos de comercialización, incluyendo el posicionamiento de una marca, y con los gastos de investigación— seguirán siendo rasgos características de la estructura productiva, el acceso al crédito será menor, y sin crédito difícilmente haya megafusiones.

Por último, cabe esperar un acelerado cambio tecnológico en los próximos años. Al dinamismo de las tecnologías de la información, incluyendo su “masiva llegada” a los países en desarrollo, cabe agregar que el mundo está en presencia de una nueva revolución tecnológica asociada con la biotecnología, la nanotecnología y las energías renovables. Estas tecnologías tienen la característica de que son transversales a todos los sectores y que en muchos casos requieren de una adaptación para su aplicación a las realidades locales.

No se nos escapa que algunas de estas previsiones pueden ser vistas como relativamente optimistas y, en particular, que los riesgos de un escenario más desfavorable siguen siendo considerables. Además, vale la pena enfatizar que tanto las remesas como el turismo, dos variables muy dinámicas en los últimos años, tardarán en recuperarse. Por otra parte, la recuperación de algunos países de la región depende del apoyo crediticio de los organismos internacionales, que

si bien ha mejorado su comportamiento, todavía no muestra la dinámica necesaria.

Sin embargo, un escenario como el descrito nos parece bastante probable. Permítasenos, entonces, explorar cuáles son las consecuencias para América Latina que resultan de este contexto internacional y cuáles son los caminos posibles. En primer lugar, el restablecimiento del crecimiento, aunque a tasas inferiores al pasado reciente, y el dinamismo de “Asia en desarrollo” hacen prever un aumento paulatino de las exportaciones de manufacturas y elevados precios para los bienes primarios. Estos precios serán superiores a los de las últimas dos décadas, pero inferiores a los del primer semestre de 2008.

En segundo lugar, el comercio mundial volverá a ser una oportunidad y ello implica la necesidad de que las empresas nacionales entiendan que es crecientemente difícil ser un actor dinámico en el comercio mundial sin formar parte de una cadena de valor a escala global. A partir de allí, se abrirá la posibilidad de escalar en esa cadena a través de la innovación, ya sea en procesos, productos, en comercialización o en la organización. Obviamente, sería muy funcional a esa estrategia de inserción internacional que los latinoamericanos pudiéramos profundizar la integración productiva mediante la formación de cadenas regionales.

Habrá oportunidades tanto en el consumo masivo como en nichos asociados con ingresos altos y una demanda sofisticada. Por último, habrá cada vez mayores posibilidades de agregar conocimiento en casi cualquier sector de actividad, por lo que la estructura productiva de la región no puede ser una excusa para no aumentar la productividad y mejorar la inserción internacional.

Es probable, por lo tanto, que haya una nueva oportunidad para la región. Para aprovecharla, los países de América Latina tendrán que hacer algo más que mantener una razonable situación macroeconómica. Se requiere de una estrategia, de un proyecto de país que, para ser sostenible en el tiempo, debe ser el resultado de consensos que requieren de la participación de los actores clave: los empresarios y los trabajadores. Esos consensos ayudarán a tener gobiernos previsibles y a elaborar programas y políticas duraderos que incentiven la inversión,

prioricen la innovación y permitan agregar valor y conocimiento a la producción regional.

Pero además de una estrategia de mediano y largo plazo, se requiere de otros elementos para que la innovación sea el factor dinámico de aumento de la productividad. En particular, no habrá innovación si se cree que innovar es meramente tener un Ministerio de Ciencia y Técnica y no crear un verdadero sistema nacional de innovación; si no hay incentivos para las empresas emprendedoras; si no hay reformas que mejoren la calidad de la educación, enseñando a aprender, a plantear y resolver problemas, y a trabajar en equipo; sin maestros y profesores capacitados para el siglo XXI; sin ofrecer incentivos para la formación de ingenieros y técnicos; si los investigadores no tienen incentivos para relacionarse con las empresas de manera de acelerar el progreso técnico en la producción de bienes y servicios.

En un contexto en que la competencia será cada vez más intensa, ya que varios países han entendido que éste es el rumbo, el desafío es formidable. Y para hacerlo todavía más imponente, recordemos que no puede haber reglas estables si no nos ocupamos de una demanda imperiosa de la región, como es la de la reducción de la pobreza y la inequidad; es decir, si no somos capaces de mejorar la cohesión social. ¿Seremos capaces esta vez de crecer con equidad? Llenar ese “casillero vacío” no ha sido hasta ahora posible en América Latina. La tarea es difícil, pero es posible. De nosotros depende.

Alcalá de Henares, junio de 2009

Bolivia y el rastro esquivo de lo perdido

JUAN FRANCISCO MONTALBÁN CARRASCO*

Diplomático

“**N**o nos malinterprete, no somos un país difícil ni conflictivo, véanos más bien como un pueblo melancólico”, me explicaba un buen amigo mientras juntos divagábamos en busca de claves de la historia boliviana. Una melancolía por momentos abrumadora, añorante de grandezas y dichas pasadas, reales o fabuladas, coherentes o contradictorias, que se lamenta por los jesuitas expulsados con su utopía comunitarista bajo el brazo, por el orden colonial perdido y luego por el perfecto diseño republicano, liberal e ilustrado, de Bolívar y Sucre que apenas sin tomar forma se diluyó, por la Provincia Litoral, el Acre o el Chaco arrebatado por agresión o sustraído tras desatinos políticos, que se enfurece por la plata y el estaño que nos quitaron a cambio de nada y por el gas, y el litio, que no se llevarán los extranjeros sin dejar antes prosperidad e industrias y justicia para los desposeídos, melancolía en Sucre por la relevancia perdida y en El Alto por el atávico Tiwantinsuyo que volverá un día, liberador e implacable... Tristeza, coraje y anhelos que van de los solemnes discursos políticos a las peñas nocturnas en las que cueca y chacarera o sones andinos nos dejan, al ritmo alegre de las guitarras, letras sentidas, del amor que se fue, de la patria benefactora que pudo ser.

* Ha sido Embajador de España en El Salvador y en Bolivia

Gunnar Mendoza, insigne historiador que pasó cincuenta años al frente del Archivo Nacional, inmerso en sus anaqueles, reflexionaba sobre cómo el sentimiento de insatisfacción, inherente a la naturaleza humana, se convierte en el plano social en descontento, en subversión, “un tema sempiterno en la historia de América Latina por las características de su evolución”. Y añade: “Bolivia es un ejemplo caudaloso de esta norma”.

¿No será también que la inmensidad y el aislamiento del país lo ensimisma, que el entorno forja individuos indómitos y excesivos, quiméricos? ¿No será que su belleza agreste lo confunde, esa majestuosidad de horizontes sin fin, de cimas y valles y selvas entre las que surgen, en medio de la nada, ciudades de fuerte tradición y raigambre, tras cientos de kilómetros de solitarios caminos en los que apenas se dejan ver poblados paupérrimos o rebaños de llamas perdidas entre pampas y bufedales? ¿Será la dispersión y la ignorancia de tantas piezas arcaicas de su historia lo que hace difícil reconstruirla y entenderla, aceptarla, darle forma moderna, construir una sociedad de entendimiento y un Estado pactado por todos sus ciudadanos?

La historia documental y artística de Bolivia yace en rincones remotos y distantes, esperando quien la desentrañe, junte los vestigios y descifre los legajos, y profundizando en ellos encuentre explicación a tantas preguntas que hoy atormentan al país y quizás armonía e inspiración para el porvenir. Quien compense la tristeza de los recuerdos y las ilusiones frustradas con la construcción, ahora sí, de un futuro mejor.

La orden jesuita llegó a Bolivia en la segunda mitad del siglo XVII, primero a las llanuras amazónicas de Moxos y después a la Chiquitania cruceña, y hasta su expulsión administraron por delegación de la Corona las reducciones, donde cristianizaron a los indígenas y gestionaron gobierno y hacienda con ánimo protector e igualitario. Hace apenas treinta años, con la recuperación arquitectónica de las magníficas iglesias de la región, se fue teniendo constancia de la existencia de un gran patrimonio musical barroco, de miles de partituras y hojas de música sacra, misas cantadas, óperas y villancicos, compuestas por europeos e indígenas, que empezaron a aparecer en sacristías casi derruidas, en casas particulares y en co-

munidades apartadas en las que de padres a hijos se habían custodiado en secreto. En San Ignacio de Moxos, en el Archivo Misional en Concepción, un grupo de esforzados especialistas trabaja por completar la recuperación de tan deslumbrante acervo, limpiando esrupulosamente documentos con siglos de existencia, que luego se digitalizan, conservan, clasifican, estudian... y se interpretan y divulgan con emoción deslumbrada.

En 1551, el emperador Carlos V instruye la creación de una nueva Audiencia en América, en la ciudad de La Plata de los Charcas, hoy Sucre, “cerca de las minas de Potosí”, para que administrara justicia y dispusiera de amplias competencias en muchos otros asuntos, de tributación, obras públicas, nuevos asentamientos, evangelización... Su ámbito territorial, siempre en tensión con el Virreinato de Lima, llegó a cubrir por el norte hasta Cuzco, Moxos y Santa Cruz, y Tucumán, Salta y Paraguay al sur. Mediante un proyecto hispanoboliviano de cooperación, un grupo de minuciosos paleógrafos transcribió durante años todos sus acuerdos, que, ordenados en diez tomos, fueron presentados públicamente en la Corte Suprema de Justicia, en Sucre, el quince de agosto de 2007. Cerca de tres siglos de historia, entre 1561 y 1826, política y jurídica pero también de vida cotidiana, hasta entonces guardada en el Archivo Nacional de Bolivia, se ponía así a la más amplia disposición de eruditos y curiosos, para responder a la pregunta siempre intrigante de quiénes eran y cómo se conducían nuestros antepasados y qué heredamos de ellos. Aquella tarde de agosto, mientras se sucedían los discursos en la Corte, en la sede de la Asamblea Constituyente, a pocos metros, la bancada mayoritaria del MAS decidía excluir del debate sobre la nueva carta magna la cuestión de la plena capitalidad, iniciando así un amargo y profundo desencuentro entre el Gobierno de la República y el movimiento cívico sucreño que hoy todavía supura.

Cuando hace algo más de dos años se inició la restauración del conjunto misional de piedra de San José de Chiquitos, nada hacía presagiar que tras capas y revoques de cal iban a surgir pinturas coloniales que recreaban escenas de un pasado olvidado, decoraciones ajedrezadas y dibujos en las arquerías, iconografía religiosa sobre las virtudes cardinales o el desposorio de la Virgen, un retrato completo

de Fernando VII, un grupo de soldados tal vez escoltando a los jesuitas expulsados de todos los territorios españoles en 1767... Sobre la interpretación de todo ello empiezan ya a cavilar los historiadores.

Como se preguntan acerca del significado del torreón de la ciudadela imperial de Inkallajta, en lo más profundo de la provincia cochabambina, o de los descomunales grabados esculpidos en la roca del fuerte de Samaipata, plazas adelantadas de la contención incaica de los chiriguano del oriente, o sobre la génesis de las culturas hidrológicas del Beni o el desmoronamiento del reino enigmático de Tiwanaku.

La Villa Imperial de Potosí, “siempre ínclita, augusta, magnánima”, en palabras del cronista Bartolomé Arzáns, “benigna y piadosa madre de ajenos hijos... orbe abreviado”, vivió un esplendor de siglos y luego, desde el XIX, un lento declive. A su renacer reciente, minero y turístico, contribuyó la laboriosidad de sus gentes, mecenas públicos y privados, y personajes abnegados como las religiosas carmelitas que restauraron el Convento de Santa Teresa. En sus arcones y desvanes aparecieron piezas valiosas y sugerentes, de azaroso itinerario previo, que aún se están catalogando, retablos y muebles, custodias y orfebrería, porcelanas llegadas de medio mundo, tejidos, libros, esculturas y obra pictórica singular. Todo ello dote de adineradas novicias o donación de ricos piadosos. A pocas cuadras, en la Casa de la Moneda, su cuadro más famoso, La Virgen del Cerro, condensa en una alegoría intrincada y sorprendente la religiosidad andina y la hispana, en una coronación de María cuya figura se funde con el Cerro Rico y la Pachamama, la Madre Tierra. De su anónimo autor, apenas existen indicios.

¿Compartía acaso inquietudes vitales con los geniales artistas de las impresionantes pinturas sobre el juicio final, apocalipsis, infierno, purgatorio y cielo, en los muros de la iglesia de adobe de Curahuara de Carangas, en medio del altiplano, o en los lienzos descomunales de la iglesia de Carabuco junto al Titikaka?

Si algún viajero audaz desea llegar desde La Paz al parque natural del Madidi bordeando el lago, las estribaciones de la Cordillera Real y la frontera con Perú, y camino hacia Apolo hace noche previa en Charazani, no deje de visitar, en el pueblo cercano de Curva,

a los médicos kallawayas, que compilan en su saber ancestral, empírico y místico, conocimientos botánicos y sanadores que antaño difundieron por todos los Andes y hoy celan en su recóndito reducto.

Alejados de los centros de poder y de intriga, los frailes franciscanos han depositado durante cuatro siglos, en las miles de cajuelas con los legajos del archivo, en los estantes de la biblioteca de San Francisco en Tarija, un enorme caudal de conocimientos, sobre el gobierno, sociedad, labor misional y economía de las tierras del sur de Bolivia, las formas de vida, fábulas, creencias y lengua de los pueblos guaraníes, incontables avatares de la vida colonial y de la republicana, argentina primero y luego boliviana. Siete tomos con una porción de ese legado han sido publicados en 2006, y su estudio apenas comienza a arrojar la necesaria luz sobre el pasado. No se limite sin embargo el interesado a recluirse en una oficina lejana para su lectura, intente visitar el lugar y halle tiempo para la charla sosegada con quienes dedican su vida a preservar este tesoro discreto y profundo. Y si decide pernoctar en la ciudad, la gente es hospitalaria y en la cena no le faltará compañía y conversación, viandas y caldos excelentes. Y avanzada la velada, entre sentimiento y cantos, tal vez presencie un coro de amigos entonando el “chapaco alzaó”, himno local de rebeldía y ensoñación:

“A mí no me sacan del pago en que vivo,
la tierra es del hombre como es de los pájaros.
¿O acaso la tierra la han hecho los ricos?
¿Quién es el que pone linderos al aire?
¿Y quién se hace dueño del agua del río?
Y como no hay dueños pa’ l aire ni el agua,
tampoco hay patrones pa’ l suelo en que piso...”

Madrid, julio de 2009



La necesaria perspectiva cultural de las integraciones (y las independencias)

JOSÉ ROJAS BEZ

Profesor Titular del Instituto Superior de Arte de Cuba

Los últimos tiempos se han caracterizado por el cúmulo de encuentros y gestos de diversos signos para las integraciones regionales, aun con cierta disensión entre unas y otras, bajo la égida del mejoramiento de los pueblos que las integran.

Ahora bien, aun poseyendo como factor de fondo, ya sea declarado o sobreentendido, una cierta comunidad histórico-cultural, no siempre gravitan las miradas sobre la cultura como ámbito espiritual de valores, saberes, sentimientos y aspiraciones.

Y es desde la cultura, como perspectiva de acción y como meta, más que desde la economía u otros factores, que las integraciones pueden llegar no sólo a materializarse cabalmente sino incluso a ser imaginadas.

La propia idea de “integración”, como lo han sido desde antaño la de la “Hélade”, la de “Europa” o cualquier otro grupo de comunidades y nacionalidades, se sustenta en presupuestos dados por la cultura y su imaginario, incluyendo la convicción de que “es posible un mundo mejor” aquí, en esta tierra, sin que fuese necesariamente un paraíso; especie de “acto de fe” o postulado cultural, pero con fundamentos abonados hoy por la movilidad de las correlaciones mundiales en cuanto a economía, desarrollo y política se refiere; “acto de

fe” digno de consideración y elogio después de un período, no concluido totalmente, saturado de “desencantos” y negaciones de la idea de “progreso” y de aceptaciones de un deambular común, cuando más, hacia “el fin de la historia”.

Como quiera que se mire, las integraciones responden, se nutren y se mueven en última instancia por un común sustrato cultural, y su aspiración última, visible o latente, se encamina o ha de tender hacia el enriquecimiento de la cultura general como garante de la calidad de vida idónea. La excesiva primacía de otro principio, digamos el económico o el militar, no da inicio ni conduce a una genuina integración sino, en todo caso, a un pacto, tratado o alianza.

Precisamente por su humus cultural, las integraciones auténticas, las ya dadas tanto como las deseadas, resultan mucho más duraderas y plenas que otros tipos de alianzas. Las grandes integraciones (y desintegraciones) de los más diversos tipos ocurridas a lo largo de la historia (el mundo griego, el Islam, la propia España, Iberoamérica,...) así nos lo muestran.

Tal característica diferencial establece una ventaja (en cuanto sustrato o campo de acción dado secularmente), a la vez que muchas dificultades (en cuanto búsqueda de unidad y diversidad en la plenitud), de integraciones como la iberoamericana (puesta en la mira de las llamadas y tan recientes “Cumbres”) o como CARICOM, en contraste con alianzas y tratados como, en mayor y menor grado, los Grupos de los 7 y los 20, y aunque no exactamente iguales, de los No Alineados.

Vale la pena recordar e incitar a la reflexión de cómo muchas de las experiencias y enseñanzas aportadas por la disolución de la llamada Europa del Este se vinculan a los sustratos culturales. Si la ineficiencia y las falsedades fueron responsables principales, las tensiones culturales no quedaban al margen. Dicho bloque nunca logró que una economía centralizada por el Estado y una política de unificación del proletariado mundial –en tajante oposición a las burguesías y otros estratos nacionales, incluso a las tradiciones y las más arraigadas idiosincrasias– cohesionaran (y dividieran) radical y funcionalmente a los grupos sociales y los factores culturales (idiomas, religión, costumbres, idiosincrasia...) establecidos históricamente. A la larga, la explosión hizo emerger a las nacionalidades.

Como nunca antes en la historia, la última década del siglo XX nos enseñó a pensar en las integridades nacionales y culturales (nunca exentas de contradicciones y conflictos internos) como ineludibles sustratos de las demás integraciones. En el siglo XXI, los conceptos de *nacionalidad* (con todo lo que supone) y *familia* siguen siendo anclajes, plataformas sólidas y fecundas en las que afianzarse, sin renegar, todo lo contrario, necesitando y buscando, de lazos supranacionales, regionales y universales, ya sea como en el Islam, la OEA, CARICOM, Iberoamérica,...

Y ello resulta cada vez más saludable hoy, cuando una creciente globalización amenaza no sólo con ensanchar brechas entre ricos y pobres sino, peor aún, con barrer muchas identidades e imponer sumisiones tecnológicas, y cuando, por ello mismo, la vida nos ha enseñado que el problema del desarrollo muestra no una, sino la doble cara de la necesidad de superar la pobreza y también, más difícil aún, allanar las desigualdades (evitando las aberraciones del “igualitarismo” y otros males populistas): establecer igualdades implicatorias de la justa y extendida inclusión social, de las posibilidades de movilidad socioeconómica según las capacidades y esfuerzos, del justo acceso a empleos (crecientes y no en deterioros como en la actual crisis), sin soslayar que ello ha de ser posible en todas direcciones y no desde la sostenida óptica de la superioridad de las naciones más desarrolladas, dado que el “metropolitanismo” sigue perviviendo en nuestros inconscientes e imaginarios y, por ende, en nuestras actitudes.

Las más auténticas integraciones no sólo están avaladas por los sustratos culturales formativos, sino que (contrariamente a lo que muchos políticos tienden a ver o proyectar según sus plataformas y de lo que demasiada prensa impresionista y del escándalo acostumbra a divulgar como rostros de los encuentros, siguiendo “palos periodísticos”) son los lineamientos políticos y gubernamentales los que dependerán a la larga –sobre todo en sus éxitos y fracasos reales más que en sus elucubraciones– de los sustratos culturales raigales y sus tradiciones e instituciones.

También es el mandato de la cultura quien nos ha obligado a pensar en la imposibilidad de lograr un mundo mejor, es decir, más pleno y justo a la vez que más rico, si las inversiones y los presupues-

tos económicos no van acompañados de reformas y planes educacionales, en tiempos que exigen ya una educación para todos, desde los “jardines de la infancia” o pre-escolares hasta un grado doce, como mínimo, para pensar también en un mayor acceso a bachilleratos, estudios técnicos medios y universidades, y recordando que la moderna “alfabetización” no se reduce a la lectura y escritura en papel, a la de la “Galaxia Gutenberg” sino también, más allá de Marconi, a la de la era digital.

Asimismo, la importancia de la cultura nos hace echar de menos acciones más intensas, continuas y eficaces para la circulación e intercambio de los bienes culturales producidos dentro las “integraciones”.

Creo que, con sus altibajos, las Cumbres Iberoamericanas, para citar otro ejemplo, han ido tomando conciencia de ello, en un proceso de superación desde Guadalajara en 1991 hasta hoy.

Existen ferias del libro, festivales musicales o de cine y algunos otros eventos que propician o debieran favorecer la circulación cultural, y es verdad que los intereses económicos nada contribuyen a menudo a dicha circulación, pero los Estados deben emprender todavía acciones más enérgicas para que libros, filmes, obras plásticas y escénicas, y demás creaciones y artistas iberoamericanos posean un espacio más extendido y, sobre todo, estable a lo largo y ancho de ambos continentes.

De lo que se trata es de la necesidad de asegurar espacios y tiempos continuos y considerables a todos los “valores propios” sin dejar de disfrutar lo universal, y de que la circulación sea dinámica, en todas direcciones, lo cual no se ha logrado de modo fehaciente. Las fuerzas comerciales siguen dominando casi absolutamente los espacios de intercambio cultural, y a menudo se olfatea un cierto espíritu “metropolitano” donde “los que ayudan” o “más desarrollados” siguen “enca-minando las cosas”.

Nunca podría llegarse a nada auténtico si los acuerdos, lineamientos y declaraciones ignoran, fuerzan o manipulan las tendencias culturales en vez de contribuir a su maduración enriquecedora, y mantener la conciencia de que los intercambios artísticos, junto a otros factores de la cultura, pueden contarse entre las acciones más integradoras y con-formadoras posibles.

Si en cualquier región e integración se muestra primordial la necesidad de afincar las raíces de las acciones en la cultura más que en plataformas económicas, técnicas, políticas o doctrinales (económicas y de otro tipo), quizás sea en América más que en ningún otro lugar. Obliga a ello su universal multiplicidad, desde la propia diversidad original de sus culturas pre-coloniales hasta la actual conformación (luego de choques y encuentros trascendentes con culturas europeas, africanas, orientales...) con la existencia de los más disímiles estratos étnicos, históricos, económicos, políticos, idiosincrásicos,... desde el Río Grande a la Patagonia.

De uno u otro modo, la solución estaría siempre en una genuina dialéctica cultura-política-instituciones capaz de conjurar los tres mayores peligros dados hasta ahora:

1. La trampa del desarrollismo, que pretende resolverlo todo a partir del puro enriquecimiento económico paulatino; el cual, aún dándolo como posible sin más, aún suponiendo válidas teorías como la de *la etapa previa* (como universal adolescencia de una universal madurez ya alcanzada por los más desarrollados), tiende siempre a provocar falsas nivelaciones económicas y científico-técnicas, incluso a un “ser como nosotros” trazador de raseros devastadores culturalmente, como los de la globalización (oponiendo tal término al de auténtica “mundialización” o “internacionalización”), cuyo efecto real ha sido la creciente brecha entre los más ricos y los más pobres, sin ignorar la supeditación de unos a otros, implicadas, en primera o en última instancia, por las altas tecnologías y el poder industrial, bancario y comercial.

2. La desatención a un desarrollo verdaderamente sostenible, al que enfatiza la condición humana además de considerar firmemente la importancia de los recursos renovables y de una conciencia ecológica y naturalista.

3. En otro orden de cosas, la concesión al populismo que, casi siempre acompañado de un *igualitarismo*, luego de producir evidentes mejorías iniciales en el reparto o disfrute de bienes (incluso con los mejores áni-

mos, aunque no falten los *palos publicísticos*), más temprano que tarde conduce a un inmovilismo, ineficiencia o, incluso, deterioro de las fuerzas productivas y sociales generales y de los recursos naturales, en un pseudo desarrollo nada sostenible.

4. Una especie de novísimo metropolitanismo en el que los Estados o grupos más ricos, desarrollados o “benefactores” acaban dominando (incluso sin proponérselo) los ambientes y culturas de los demás, en una nueva dependencia ya sea amistosa o paternalista o una *neo-evangelización* (no tan extrema como la de los antiguos y modernos inquisidores y dictadores del “te doy esto para que actúes como quiero”, “te enseñó a leer para que leas MIS escritos”, pero que sí puede incluir “te envío mis especialistas, o mis asesores, al lugar donde pudieran estar especialistas tuyos”, etc.); metropolitanismo que, como apuntamos, se asienta más en los complejos y deficiencias culturales residuales y los imaginarios sociales de las ex-colonias y los grupos menos desarrollados espiritualmente que en las antiguas metrópolis.

He aquí sólo cuatro de los muchos peligros cuya evitación requiere un fortalecimiento de la sociedad civil, reconocer no sólo la existencia sino también la necesidad de las diferencias personales, grupales y nacionales, tanto como una dialéctica de acción e intercambio, plenamente dialógica, en uno y otro sentido, con plena igualdad entre las partes integrantes.

La auténtica integración se asemeja a un auténtico Estado consensual y de derecho que supone, además del desarrollo sostenible, una acción pluricultural, con un poder descentralizado (o, mejor, sin mayor centralización que la imprescindible para acciones comunes) a favor de lo regional y lo comunitario, con una articulación eficaz de las iniciativas privadas y públicas, con la creciente democratización de la salud, la educación, el deporte, las artes y la recreación (diferente siempre al establecimiento de grupos e instituciones estelares, emblemáticas o publicitarias a expensas o al margen del alcance y goce reales de las mayorías; diferente también a los “derechos condicionados” desde un poder) y con la persistente meta de la elevación de la calidad de vida, lo que supone las integridades, libertades y desarrollos personales.

En todo ello, para tales fines, se hace imprescindible tener a los sustratos histórico-culturales y a la plenitud de la cultura general, como sustento de acciones y como finalidad en perspectiva.

Holguín, Cuba julio de 2009

rojasbez@hotmail.com

<http://imagenes-comunicacion.blogspot.com>



El espacio iberoamericano del conocimiento: retos y propuestas

ALEJANDRO TIANA FERRER

Director General del Centro de Altos Estudios
Universitarios de la OEI

La Cumbre Iberoamericana de Jefes de Estado y de Gobierno celebrada en Salamanca en el año 2005 adoptó el compromiso de avanzar en la creación del *Espacio Iberoamericano del Conocimiento* (EIC). En la Declaración que se propone impulsarlo se pone en conexión su desarrollo con el incremento de la productividad y la competitividad internacional de la región iberoamericana y se subraya la necesidad de llevar a cabo actuaciones en dos campos prioritarios: la educación superior y la investigación, desarrollo e innovación.

Aunque la iniciativa adquiriría entonces carta de naturaleza, no se pueden ignorar algunos antecedentes relevantes. Así, desde la Cumbre de Bariloche (1995) se venía llamando la atención acerca de la necesidad de reforzar la cooperación en materia de educación superior. Tampoco se pueden olvidar programas como el de Ciencia y Tecnología para el Desarrollo (CYTED), las Becas Mutis, el Programa de Intercambio y Movilidad Académica (PIMA) o el Programa de Ciencia, Tecnología, Sociedad e Innovación (CTS+I). A ello habría que añadir la constitución de la Red Iberoamericana para la Acreditación de la Calidad de la Educación Superior (RIACES) o de un buen número de asociaciones de universidades, de distinta cobertura y con diversos propósitos. La Declaración de Salamanca, que afirmó la voluntad de

impulsar el Espacio Iberoamericano del Conocimiento, no era sino un paso significativo en una dirección en la que ya se venía avanzando desde hacía algunos años.

Pero tampoco puede creerse que este paso fuese el último. Los mandatarios de la región reunidos en Salamanca eran conscientes de que la voluntad manifestada debía reflejarse en actuaciones concretas. Fue a partir de ahí cuando la constitución del EIC comenzó a llevarse a la práctica.

RETOS PRINCIPALES

La construcción del EIC es una condición necesaria para promover el desarrollo iberoamericano, dada su contribución al incremento de la productividad y de la competitividad de los países de la región. En efecto, el auge de la globalización impide pensar en procesos estrictamente nacionales de desarrollo, sin conexiones con el entorno. Por otra parte, la existencia de sinergias entre los países constituye un factor muy poderoso para impulsar el crecimiento colectivo. Es éste un diagnóstico ampliamente compartido, pero que no deja de plantear algunos retos.

En efecto, en la situación mundial en que nos encontramos, y más aún en el contexto de una profunda crisis económica, los países se debaten entre buscar vías propias que los singularicen y al mismo tiempo estrechar las relaciones con su entorno internacional. Nadie puede profundizar su desarrollo sin mejorar su productividad y su cohesión social, pero tampoco puede hacerlo en situación de aislamiento. Aunque se ha hablado mucho de la necesidad de establecer mecanismos regionales de cooperación, las circunstancias actuales lo hacen aún más necesario. Y es en este panorama general en el que se inserta la construcción del EIC, que pretende contribuir a promover procesos de integración entre las regiones y los países. La internacionalización no puede entenderse simplemente como competición entre países a escala internacional, sino como la puesta en marcha de procesos de cooperación solidaria, lo que no resulta siempre sencillo.

El EIC se plantea como un espacio interactivo y de colaboración, que abarca dos ámbitos principales: la educación superior y la investi-

gación, desarrollo e innovación (I+D+i). La construcción de tal espacio de colaboración constituye de por sí un reto importante, dada la diversidad de tradiciones y situaciones nacionales. Por otra parte, la propia articulación del espacio de la educación superior con el que conforman las instituciones de I+D+i plantea retos notables. Una cosa es que reconozcamos la importancia de colaborar en los procesos de generación, transmisión y transferencia de conocimientos y otra bien distinta considerar que sea una tarea sencilla.

Además se plantea otro reto importante, que tiene que ver con la doble dimensión, estratégico-económica y cultural, que debe poseer dicho espacio. Si bien es cierto que su construcción guarda relación con la optimización de los procesos económicos y productivos, no se puede olvidar que también incide decisivamente en los procesos sociales y en el entorno cultural. Conciliar ambas dimensiones representa un reto de primer orden, que no se puede ignorar.

LÍNEAS DE ACTUACIÓN

Como puede apreciarse, la constitución del EIC es una tarea que requiere una diversidad de perspectivas y de líneas de actuación. Se trata de un proceso que debe ser gradual, pues aunque exista voluntad explícita de impulsarlo no es todavía una realidad. Su desarrollo exige una pluralidad de acciones, que deben caracterizarse por su flexibilidad, pero también por su articulación y su sostenibilidad.

Entre las propuestas de actuación que se están desarrollando actualmente, cabe destacar algunas especialmente relevantes:

Movilidad de estudiantes, profesores e investigadores

Un elemento clave para conseguir articular un espacio común es la movilidad. La experiencia adquirida en otras regiones, y muy especialmente la europea, demuestra que ofrece grandes posibilidades. Por una parte, permite establecer relaciones entre grupos de investigación y departamentos de formación avanzada, que contribuyen al refuerzo de actividades conjuntas, al intercambio de información y a la optimización de los recursos disponibles; por otra, favorece el conocimiento

mutuo, la experiencia de trabajo en contextos diferentes y el establecimiento de conexiones que suelen perdurar. Sus beneficios son múltiples y hacen más por la creación de un espacio común que otros modos de relación más formalizados pero distantes.

La movilidad de los estudiantes, por importante que sea, no agota las ventajas de estos procesos. Si el desplazamiento de alumnos de grado ofrece indudable interés, no menos tiene la movilidad de estudiantes de postgrado y de doctorado, de profesores universitarios y de investigadores. El Programa Pablo Neruda, recientemente lanzado, ofrece a profesores y estudiantes la posibilidad de realizar actividades temporales de formación en otros centros de educación superior, programar seminarios internacionales y llevar a cabo estancias de investigación en centros de otros países.

Acreditación y reconocimiento de títulos y periodos de formación

La movilidad de estudiantes y profesores de educación superior plantea la necesidad de adoptar mecanismos de reconocimiento de la formación adquirida. Por una parte, la estancia temporal en otros centros exige el reconocimiento de los periodos en ellos cursados. La experiencia demuestra que no supone un gran problema, ya que dichos intercambios suelen producirse en contextos de confianza mutua. Algo más complicados son el reconocimiento formal de dichas estancias y el establecimiento de los mecanismos de matrícula y certificación que las hagan posibles, aunque existen soluciones adecuadas.

El problema es mayor cuando se trata de reconocer títulos o diplomas, con el fin de estimular la movilidad de titulados. Los problemas que entonces afloran son de otra naturaleza, pero no por ello menos dignos de atención. Una de las vías en que se está trabajando, aparte de la propiamente legal, consiste en la armonización de los sistemas de acreditación desarrollados en la región. No se trata de homogeneizar los estudios superiores ni los títulos a los que conducen, sino de adoptar mecanismos que impliquen el reconocimiento mutuo de los procesos de acreditación. Sería así posible avanzar en la confianza mutua, lo que facilitaría los procesos formales de reconocimiento. Con esa finalidad viene trabajando RIACES en proyec-

tos piloto de acreditación iberoamericana, que están sentando las bases para ello.

Identificación de prioridades comunes en I+D+i

Otra línea de trabajo reciente tiene que ver con el análisis de las fortalezas y las debilidades regionales en campos de investigación prioritarios. Hoy no basta con poseer materias primas o desarrollar patentes ajenas, sino que es necesario buscar los ámbitos en que se puede hacer una oferta competitiva y cooperar con esa finalidad. Ese es el propósito del Observatorio Iberoamericano de la Ciencia, la Tecnología y la Sociedad, que en el año 2008 elaboró un interesante informe sobre las capacidades regionales en nanotecnología y que en la actualidad está produciendo otro informe sobre seguridad alimentaria.

Fomento del trabajo en redes

Para llevar a cabo estas tareas, una de las propuestas más relevantes consiste en el fomento del trabajo en red, lo que implica el abandono de esquemas jerárquicos y su sustitución por modelos de cooperación horizontal. No quiere ello decir que las situaciones de los componentes de la red sean estrictamente idénticas, sino que todos sus componentes pueden hacer aportaciones relevantes, beneficiándose al mismo tiempo de las fortalezas de los demás. El concepto de red está presente en un gran número de iniciativas concretas de colaboración interinstitucional e interuniversitaria, de vinculación entre universidades y su entorno socioeconómico o de proyectos conjuntos de formación.

El desarrollo del EIC es uno de los grandes desafíos que tiene por delante Iberoamérica, en una etapa en que la cooperación ya no demanda solamente atención a la educación básica. La puesta en marcha de nuevos mecanismos de cooperación, como la Red iberoamericana de responsables de educación superior, ciencia e innovación, o la creación del Centro de Altos Estudios Universitarios de la OEI son una demostración de que las nuevas necesidades se traducen en nuevas iniciativas.

Madrid, julio de 2009



Sumak Kawsay, Suma Qamaña, Buen Vivir

JOSÉ MARÍA TORTOSA

Instituto Universitario de Desarrollo Social y Paz,
Universidad de Alicante

Las palabras que encabezan este artículo significan lo mismo, aunque cada cual, situada en su contexto, presenta algunos matices diferenciadores. *Sumak kawsay* es quichua ecuatoriano y expresa la idea de una vida no mejor, ni mejor que la de otros, ni en continuo desvivir por mejorarla, sino simplemente buena. La segunda componente del título viene del aymara boliviano e introduce el elemento comunitario, por lo que tal vez se podría traducir como “buen convivir”, la sociedad buena para todos en suficiente armonía interna. *Buen vivir*, finalmente, y en las diversas lenguas de los países centrales, suele implicar el disfrute individual, material, hedonista e incesante. Un somero repaso al modo con que los medios utilizan dichas palabras y sus semejantes (buena vida, vivir bien) lo confirmaría. En algún ejemplo extremo encontrado recientemente en España, “buen vivir” casi se reduciría al “comer, beber y dormir” (sic).

Lo que tienen de particular las dos primeras opciones, la ecuatoriana y la boliviana, es que han aparecido en las respectivas constituciones políticas aprobadas recientemente. En efecto, en la Constitución ecuatoriana de 2008 puede leerse que “se reconoce el derecho de la población a vivir en un ambiente sano y ecológicamente equilibrado, que garantice la sostenibilidad y el buen vivir,

sumak kawsay”. Por su parte, la Constitución boliviana de 2009 es algo más prolija al respecto pues recoge la pluralidad lingüística del país que dicha constitución reconoce como plurinacional, y dice que “el estado asume y promueve como principios ético-morales de la sociedad plural: *ama qhilla*, *ama llulla*, *ama suwa* (no seas flojo, no seas mentiroso ni seas ladrón), *suma qamaña* (vivir bien), *ñandereko* (vida armoniosa), *teko kavi* (vida buena), *ivi maraei* (tierra sin mal) y *qhapaq ñan* (camino o vida noble)”. Un derecho en un caso y un principio ético-moral en el otro, pero ambos referidos a ese Buen Vivir o, mejor, a ese Buen Convivir del que algo se ha escrito y publicado presentándolo en muchos casos como alternativa al pensamiento sobre el desarrollo¹ y, en más de uno, como hallazgo fundamental en la presente coyuntura del sistema mundial.

El relativo éxito que estos vocablos han tenido sobre todo en el contexto latinoamericano puede explicarse situándolo en el igualmente relativo, pero no por ello menos real, fracaso de los proyectos desarrollistas. De hecho, el número 445 de *América Latina en movimiento* de junio de 2009, dedicado a la “agonía del desarrollo”², se abría con un artículo del mexicano Gustavo Esteva proponiendo el Buen Vivir (“buena vida” se dice en el artículo) como camino para ir “más allá del desarrollo”. Si fe es creer en lo que no se ve, el desarrollo habría sido una fe predicada por unos, básicamente en los países centrales, y asumida por otros, en general los gobiernos de los países periféricos y, en particular, los latinoamericanos.

La idea del “post-desarrollo” lleva ya años circulando en los ambientes académicos. Parte de la constatación del carácter histórico que tienen los conceptos y la necesidad de entenderlos una vez situados en su espacio-tiempo específico. “Desarrollo”, en efecto, tiene poco más de 60 años de uso y su fracaso queda patente incluso por la necesidad que ha habido de cualificarlo incesantemente: desarrollo económico, desarrollo social, desarrollo humano, ecodesarrollo, codesarrollo... Produce cierta desconfianza cuando un concepto es acompañado

1. Alberto Acosta, Edgardo Lander, Eduardo Gudynas y otros, *El Buen Vivir. Una vía para el desarrollo*, Quito, Abya-Yala, 2009.

2. <http://alainet.org/publica/445.phtml>

por especificaciones que, en muchas ocasiones, más que clarificar, dificultan todavía más la comprensión del mismo.

Hay dos puntos que los críticos del desarrollo encuentran en casi todas estas acepciones obtenidas mediante prefijos, adjetivos o sustantivos que lo acompañan. El primero es el marcado carácter económico, cuando no economicista, del concepto que, por más que se quiera evitar, acaba definiéndose como crecimiento económico medido por aumento del Producto Interno Bruto al que se añadirán otras variables, como en el caso del institucionalismo, pero centradas en el PIB. El segundo punto es su origen en los países centrales y su adopción por las élites de los países periféricos sin que haya supuesto grandes cambios en estas últimas sociedades... a no ser que se incumpliesen los preceptos implícitos en el desarrollismo, como ha sucedido con los llamados países emergentes. Estos últimos habrían imitado a los países centrales sin hacer caso a la retórica de estos últimos y habrían logrado mejorar sus posiciones en la jerarquía mundial mucho mejor y más rápidamente que si hubiesen seguido las recetas de los expertos en desarrollo. Desde la perspectiva de este segundo punto, la sospecha que levantan algunos críticos del desarrollo es la de si no será un instrumento más de dominación de los países centrales sobre los países periféricos. Algo de base sí parece tener esa perspectiva.

Es en ese contexto que emerge la idea del Sumak Kawsay o Suma Qamaña: nace en la periferia social de la periferia mundial y no contiene los elementos engañosos del desarrollo convencional. Ya no será cuestión del “derecho al desarrollo” o del principio desarrollista como guía de la actuación del Estado. Ahora se trata del Buen Vivir de las personas concretas en situaciones concretas analizadas concretamente, y la idea proviene del vocabulario de pueblos otrora totalmente marginados, excluidos de la respetabilidad y cuya lengua era considerada inferior, inculta, incapaz del pensamiento abstracto, primitiva. Ahora su vocabulario entra en dos constituciones.

De todos modos, no tendría mucho sentido repetir con el Buen Vivir los mismos errores cometidos con el Desarrollo. En primer lugar, no tendría mucho sentido recibir el concepto con el mismo entusiasmo acrítico con que se recibió “desarrollo” en los años 50 y 60 del pasado siglo. En segundo lugar, tampoco tendría mucho sentido

confundir la expresión de derechos o de principios ético-morales con la práctica de los mismos. De hecho, algunas políticas aplicadas por países que se acogen a dicha idea están reproduciendo, con su extractivismo por ejemplo, lo peor que tuvo en su momento el desarrollismo no-sustentable, economicista y ciego ante los problemas del futuro. Los derechos pueden ser subjetivos, sin que nadie pueda denunciar a quien no los respeta, y los principios ético-morales pueden quedar en bellas expresiones retóricas carentes de cualquier aplicación práctica a la condición real de los seres humanos.

Pero es que, además, si se atiende a lo ya publicado sobre dichos conceptos, no es fácil sustraerse a la impresión del *déjà vu*. Situado en el contexto de las distintas propuestas que se han hecho históricamente para mejorar las condiciones de los más necesitados, lo que ahora puede leerse sobre el Buen Vivir resuena notablemente con las ideas de Ernest F. Schumacher, “lo pequeño es hermoso” y “una economía como si los seres humanos importasen” publicadas en Inglaterra en 1973. También son perceptibles las sintonías con el “desarrollo a escala humana” de Manfred Max-Neef publicado en 1993 en castellano y en 1986 en inglés. Cierto que no son ideas idénticas (como no lo son las de Schumacher y las de Max-Neef), pero es innegable que tienen (las tres) elementos en común.

Sin embargo, éstas y otras aportaciones académicas fueron eso: aportaciones dentro del mundo académico, universitario y de organizaciones internacionales sin impacto directo sobre la realidad aunque sí sobre el vocabulario dominante. La novedad es que esas ideas aparecen ahora en constituciones políticas haciendo válido el dicho de Keynes sobre los políticos que ponen en práctica las ideas de economistas muertos, aunque en este caso, Max-Neef sigue viviendo en su Chile. Poner en práctica, como se ha dicho, relativamente. Pero por lo menos se le ha dado un realce político que antes no tenía.

De todos modos, lo que parece más importante con Sumak Kawsay y Suma Qamaña no es tanto el contenido que, como se acaba de decir, no es tan extraordinariamente original. Lo que es importante es que provenga del vocabulario de pueblos originarios históricamente marginados primero por la Conquista y la Colonia y después, con la Independencia, por la República. Los pueblos originarios latinoameri-

canos sufrieron esa sucesiva marginación, con evidentes intereses económicos y muy curiosas legitimaciones ideológicas, pero produjeron muy pronto reacciones contra tal situación. Sus propios intelectuales o los que han optado por ser sus “intelectuales orgánicos”, han documentado ampliamente ese no-cambio que supuso la Independencia y se echan de menos textos como el del discurso del primer ministro de Australia, Kevin Rudds, en la apertura del Parlamento australiano en febrero de 2008, pidiendo disculpas a la nación aborigen por el trato infligido por los blancos durante tanto tiempo. La historia no es la misma, pero no por ello es menos ejemplar.

Sumak Kawsay y Suma Qamaña tienen, pues, importancia en primer lugar en el terreno simbólico: los que fueron marginados por conquistadores y criollos aportan ahora desde su visión del mundo palabras que pretenden colaborar con la solución de los problemas creados por aquellos. Y, en segundo lugar, porque señalan dónde han podido estar los errores del llamado desarrollo. El hecho de que hayan encontrado su camino para aparecer en estas dos constituciones puede ser una ocasión más para repensar el desarrollo, desde la periferia y no sólo desde el centro, y desde los marginados de la periferia y no sólo desde sus élites. El resultado es prometedor.

San Juan, Alicante, agosto de 2009



El rompecabezas latinoamericano

JOSÉ ÁNGEL SOTILLO LORENZO

Profesor de Relaciones Internacionales,
Universidad Complutense de Madrid

Desde hace un tiempo se ha abierto el debate acerca de si América Latina vive una época de cambios o un cambio de época.

Sin duda alguna, en las últimas décadas América Latina ha vivido acontecimientos y situaciones que implican cambios muy importantes en la región. Para hablar de cambio de época –“período de tiempo que se distingue por los hechos históricos en él acaecidos y por sus formas de vida”, según el Diccionario– es necesario que el tiempo corrobore que ciertas tendencias se conviertan en estructurales.

Lo que sí parece constatarse es un mayor grado de autonomía en la gestión de sus asuntos y una mayor presencia internacional. A esa situación ha conducido una serie de hechos como la consolidación de la democracia en la región, la estabilización y el crecimiento económico y un mayor dinamismo en las relaciones exteriores, con un grado mucho mayor de apertura (desde la Unión Europea hasta Irán). A partir de esas observaciones generales, conviene recordar que hablamos de una región que tiene muchos vínculos en común, pero que a su vez sigue desgajada en bastantes piezas; que pone en marcha mecanismos de cooperación regional, que a su vez conviven con escenarios de tensión y crisis vecinales. Una región, en de-

finitiva, cuyas partes todavía no suman un todo, y que combina elementos de homogeneidad con otros de heterogeneidad, con formas de cooperación que conviven con tensiones, crisis y conflictos.

A todo ello hay que añadir un elemento clave como son las relaciones con Estados Unidos, que viven también su propio momento de cambio tras el fin de la presidencia de George W. Bush y la llegada a la Casa Blanca de Barack Obama.

Tomemos en consideración también que, dada la interdependencia del sistema internacional en el que vivimos, hechos que antes se establecerían como acontecimientos internos, acotados al interior de la frontera de un país, hoy adquieren connotaciones regionales y, en algunos casos, globales.

Un telón de fondo común es la puesta en cuestión de las instituciones que sustentan tradicionalmente al Estado y que hoy, al menos, se ven cuestionadas en buena parte de América Latina. De ahí que la inestabilidad política sea pauta común en muchos países; tampoco hace falta ir a América Latina para comprobar inestabilidades. Aunque este fenómeno se percibe siempre como negativo, es necesario reflexionar sobre las causas profundas que lo motivan y el carácter rupturista de actores que son extraños a ese modelo tradicional de Estado que llevó al otro lado del Atlántico la colonización de España y Portugal. Actores sociales de la más diversa composición o el protagonismo de los pueblos indígenas son dos de los principales elementos que rompen con el corsé del Estado. A ello hay que añadir todo un proceso de cambio político que tiene uno de sus debates más profundos en la cuestión de la reelección presidencial.

Un claro ejemplo de esta complejidad es el caso de Bolivia¹ que, además, tiene que hacer frente a las demandas de mayor autonomía por parte de los Departamentos más ricos. Los pensadores clásicos no darían crédito ante un ente político cuya Constitución define como Estado unitario social de derecho plurinacional comunitario, libre, independiente, soberano, democrático, intercultural, descentralizado y con autonomías. Muestra de la diversidad boliviana es

1. Véase el artículo publicado en *Nombres Propios*, de la Fundación Carolina, por José María Tortosa, "Sumak kawsay, suma tamaña, buen vivir".

que el castellano es idioma oficial junto a otros 36 idiomas, de los pueblos indígena originario campesinos.

Examinemos dos piezas de ese rompecabezas latinoamericano. La crisis en Honduras y el caso de Colombia, enmarcados ambos en qué tipo de relaciones interamericanas se están fraguando hacia el futuro.

Hay que subrayar, en primer lugar, que el golpe de Estado en Honduras rompe el escenario de normalidad democrática instalada en la región. El 28 de junio de 2009, los militares hondureños sacaban de su residencia y expulsaban del país al presidente Manuel Zelaya Rosales. El argumento: el presidente se extralimitaba con respecto a los poderes que le otorga la Constitución, busca la reelección y, sobre todo, forma parte de la órbita chavista. No deja de ser sorprendente que, visto este caso desde España, bastantes medios de comunicación y una parte de los expertos latinoamericanistas se dedicaran a explicar estas causas y no al hecho en sí de un golpe de Estado contra un presidente democráticamente elegido. Cualquier cosa menos alguien cercano al presidente de Venezuela y su expansionismo bolivarchavista.

Tomemos como ejemplo el artículo del escritor Jorge Edwards, titulado “La guerra fría reiventada”²: “Ahora, desde la instalación y la extensión del ALBA, la alianza bolivariana encabezada por Hugo Chávez, y frente a los sucesos recientes de Honduras, comprobamos que una guerra fría en menor escala, con otras condiciones y hasta con otros lenguajes, podría prosperar en nuestro mundo, para desgracia de todos o de casi todos... El caudillo caraqueño mueve sus peones y las piezas van cayendo: Bolivia, Ecuador, Nicaragua, Honduras... Es por eso que los hondureños de los sectores más diversos –Ejecutivo, Parlamento, Poder Judicial, Iglesia, Ejército, empresariado–, se definden como gatos de espalda de la vuelta a la presidencia de Manuel Zelaya”. En ningún momento se condena el golpe de Estado, mientras se achaca la culpa de la situación –de ésa y de otras– a *Superman Chávez*, y el autor descuida algún que otro colectivo en cuanto a los sectores que apoyan al presidente de hecho. Es más, ¿se puede sostener que quienes gobiernan en Venezuela, Bolivia, Ecuador, Nicaragua y

2. Publicado en *El País*, el 30 de julio de 2009.

en Honduras hasta el 28 de junio no han sido elegidos democráticamente?

Sin embargo, la condena internacional ha sido unánime, incluyendo a la Casa Blanca. Quedan atrás los tiempos en los que el inquilino de esa residencia (George W. Bush) avalaba, con la connivencia de otros Gobiernos (como el de Aznar), el golpe de Estado contra el presidente venezolano Hugo Chávez, el 11 de abril de 2002, recalificado como cambio institucional, apoyando al Gobierno de hecho de Pedro Carmona. También aquí alguna prensa trató el asunto como un hecho derivado de las protestas que condujeron a la dimisión de Chávez, alabando la trayectoria de Carmona como empresario.

El golpe de Estado en Honduras lo ha condenado la Organización de Estados Americanos (OEA), institución que durante buena parte de su historia sirvió al hegemonismo panamericano de Washington, pero en la que también soplan vientos de cambio. El 3 de junio la Asamblea General dejaba sin efecto su decisión de 31 de enero de 1962 de excluir a Cuba del sistema interamericano.

La OEA suspendió, el 4 de julio, el derecho de Honduras de participar en la organización, de conformidad con la Carta Democrática Interamericana. Su secretario general, José Miguel Insulza, viajó a ese país el 4 de julio, con el fin de convencer, sin mucho éxito, al Gobierno de hecho del retorno al régimen democrático.

Otras instancias que han condenado el golpe de Estado han sido: el Grupo de Río, en su reunión de líderes en Managua, bajo la presidencia de Felipe Calderón (29 de junio); la presidencia pro t m-pore de la Comunidad Andina (30 de junio); los Estados parte del Mercosur y Estados asociados (24 de julio).

En la Cumbre Trinacional Canadá-Estados Unidos-México (Guadalajara, 9 y 10 de agosto), los presidentes Harper, Obama y Calderón también condenaron la situación en Honduras, aprovechando Obama para calificar de “hipocresía a quienes se quejan de que EE.UU. no ha intervenido lo suficiente para restablecer a Zelaya en el poder y después piden que los yanquis se salgan de América Latina”. El cinismo no es la mejor arma para luchar contra la hipocresía.

También han mostrado su respaldo al presidente Zelaya la inmensa mayoría de los dirigentes americanos, con los que Zelaya se ha

entrevistado—desde la secretaria de Estado Hillary Clinton hasta el presidente Lula—, que han reclamado el inmediato retorno a su puesto.

Así lo ha hecho el Sistema de Integración Centroamericana (SICA), el 29 de junio, y la Declaración de Guanacaste (Costa Rica), de 29 de julio, de la XI Cumbre de Jefes de Estado y de Gobierno del Mecanismo de Diálogo y de Concertación de Tuxtla.

Hay un respaldo generalizado al Acuerdo de San José para la reconciliación nacional y el fortalecimiento de la democracia en Honduras (22 de julio), logrado con la mediación de Óscar Arias, que incluye medidas que implican el retorno de José Manuel Zelaya Rosales a la Presidencia de la República hasta la conclusión del actual periodo gubernamental, el 27 de enero de 2010. Incluye también la creación de un Gobierno de unidad y reconciliación nacional, encabezado por Zelaya, el adelanto de las elecciones, una amnistía para los delitos políticos y una comisión de la verdad y otra de verificación.

La cuestión está en cómo se producirá el retorno a la institucionalidad democrática si el Gobierno de hecho se niega a aceptar el regreso a su cargo del presidente Zelaya, hasta donde está dispuesto éste a ceder para recuperar su puesto y cuáles son los medios de presión que deben ser activados por la comunidad internacional para hacer frente a casos como este.

Vayamos al caso colombiano. A juicio de quien esto escribe el presidente Álvaro Uribe aparta a Colombia del multilateralismo y las opciones regionales, para priorizar las relaciones con Estados Unidos. Este hecho no es nuevo, ni mucho menos, pero se produce en unos momentos de suramericanización, de un creciente protagonismo de Brasil y del alejamiento de muchos Gobiernos suramericanos de Washington. En el otro lado de la balanza, Estados Unidos cuenta con la alianza de los gobiernos de México, Perú y, muy especialmente, Colombia.

A Estados Unidos, sea cual sea su presidente, le interesa mantener esa alianza privilegiada con Colombia, máxime cuando las relaciones con otros Gobiernos suramericanos no pasan por su mejor momento. Es una manera de mantener el control sobre el espacio americano, con la justificación de la lucha contra el narcotráfico y el terrorismo, pero también ante la cada vez más frecuente presencia de

actores que, hasta hace poco tiempo, tenían su presencia vetada (China, India o Irán), pero también ante el aumento de la presencia militar rusa en buena parte del Planeta.

Esa recomposición de la presencia de Estados Unidos la vemos en distintas formas. El nuevo discurso político hacia sus vecinos americanos lo presentó Obama en la Quinta Cumbre de las Américas (Puerto España, Trinidad y Tobago, 17 a 19 de abril), incluyendo nuevas medidas hacia Cuba, basado en el respeto mutuo, los intereses comunes y los valores compartidos. En el escenario económico, la administración Obama tiene que reconducir los acuerdos comerciales pendientes ¿quién se acuerda ya del ALCA? En el terreno geoestratégico, tiene que reforzar su presencia militar, con el argumento de la lucha contra los nuevos enemigos (terrorismo y narcotráfico), escenarios que encuentran su lugar idóneo en México y en Colombia; pero además, recordemos que el 25 de abril de 2008 se anunciaba la reactivación de la IV Flota, con las Fuerzas Especiales SEAL (Sea, Air, Land), que comenzaba a patrullar el 1 de julio de ese año, mientras que los militares estadounidenses abandonaban, el 11 de julio de 2009, la base ecuatoriana de Manta.

En este contexto encontramos el porqué del aumento de la presencia militar de Estados Unidos en Colombia, más allá de la que ya hay por medio del Plan Colombia. En este caso la cuestión está en si el fin justifica los medios o si hay límites en la actuación de un Gobierno para hacer frente a grupos terroristas, tal como se redefinió a los grupos guerrilleros a partir del 11 de septiembre de 2001. Aplicando la primera opción, el Ejército colombiano atacó, el 1 de marzo de 2008, a miembros de las FARC que estaban dos kilómetros adentro de Ecuador; en esa operación murió el comandante Raúl Reyes, encargado de relaciones internacionales de las FARC. El presidente Rafael Correa rompió relaciones con Colombia. Junto a la gravedad del suceso, éste revela la regionalización e internacionalización del conflicto colombiano.

A mayor tensión con sus vecinos, Uribe viene intensificando las relaciones con Estados Unidos. El acuerdo, anunciado el 15 de julio, permitirá a Estados Unidos el acceso a siete bases (tres de la Fuerza Aérea, dos de la Marina y dos del Ejército); a su vez, Estados

Unidos invertirá 32 millones de euros para modernizar las instalaciones y mejorar su operatividad. Desde la base de Palanquero, un avión C-17 puede cubrir casi la mitad del continente sin reabastecer combustible. La presencia de militares estadounidenses está limitada a 800 militares y 600 contratistas.

Las dos partes confirmaron el cierre del acuerdo el 16 de agosto. Para la secretaria de Estado de EEUU, Hillary Clinton, “es un acuerdo bilateral con un reconocimiento muy claro de la soberanía y la integridad territoriales”, sin que afecte a los vecinos de Colombia; así lo manifestó tras reunirse en Washington, el día 18, con su homólogo colombiano Jaime Bermúdez. Tras rechazar esa argumentación, el presidente Chávez fustigó de nuevo “¿Qué, nos chupamos el dedo aquí?”.

Para explicar cómo no afecta a sus vecinos, el presidente Uribe los visitó. Bueno, no a todos. En una gira express, se reunió con los presidentes de siete países suramericanos en sólo tres días: Alan García (Perú), Michelle Bachelet (Chile), Fernando Lugo (Paraguay), Cristina Fernández (Argentina), Evo Morales (Bolivia), Tabaré Vázquez (Uruguay) y Lula da Silva (Brasil). En ella cosechó el beneplácito del presidente peruano y, desde el respeto a una decisión soberana, las distancias cuando no las críticas del resto. A pesar de la petición de Hugo Chávez, la cumbre de la Unión de Naciones Suramericanas, UNASUR (Quito, 11 de agosto), no tocó el polémico tema, dejándolo para una reunión extraordinaria a celebrar en Bariloche el 28 de agosto, a la que sí se ha comprometido a asistir el presidente Uribe.

Más allá de las implicaciones militares, la decisión de Uribe pone en cuestión los esfuerzos por regionalizar los ámbitos de la cooperación política suramericana por medio de UNASUR y, aún más, el papel del Consejo de Defensa Suramericano (creado en la I Cumbre de Defensa de UNASUR, Santiago de Chile, 10 de marzo de 2009) y, por ende, los esfuerzos de Brasil por liderar una mayor autonomía suramericana.

En Santiago de Chile, los 12 miembros de UNASUR se comprometían a “consolidar Suramérica como una zona de paz, base para la estabilidad democrática y el desarrollo integral de nuestros pueblos, y como contribución a la paz mundial”.

La decisión de Uribe tuvo un apoyo externo, el que le transmitió la vicepresidenta María Teresa Fernández de la Vega, tras su entrevista

el 7 de agosto: “el acuerdo es útil para luchar contra el terrorismo y el narcotráfico”. Una semana antes, desde Brasil, el ministro de Asuntos Exteriores y de Cooperación, Miguel Ángel Moratinos, manifestaba su preocupación por la escala de tensión en la zona.

Un elemento a añadir en esta escalada de la tensión es el aumento generalizado que los países latinoamericanos vienen realizando en la compra de armamento, un hecho absolutamente legítimo pero que choca brutalmente con una región donde sigue abundando la pobreza. Un dato bastante elocuente: según el Instituto Internacional de Estudios Estratégicos, el gasto en armamento en la región aumentó en un 91% entre 2003 (24.700 millones de dólares) y 2008 (47.200 millones de dólares).

No todo es tensión y tambores de guerra: Bolivia sigue negociando, paso a paso, con Chile las históricas reivindicaciones sobre la salida al mar.

En pleno proceso reivindicativo de celebración de los bicentenarios, América Latina es dueña de su propio destino como, quizá, no lo ha sido hasta ahora.

Puebla de Sanabria, 24 de agosto de 2009

La cooperación académica en tiempos de crisis: entre el pesimismo de la inteligencia y el optimismo de la voluntad

PABLO GENTILI

Secretario Ejecutivo Adjunto del
Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)

EL PESIMISMO DE LA INTELIGENCIA

La reciente crisis financiera internacional abrirá, sin lugar a dudas, un conjunto de oportunidades y desafíos para los países de América Latina y el Caribe. Sin embargo, en el campo de la cooperación internacional y, particularmente, de la cooperación académica, la crisis actual parece dibujar un horizonte de incertidumbres que quizás no disminuya el optimismo de nuestra voluntad, aunque ciertamente sí hará aumentar el pesimismo de nuestra inteligencia.

Por un lado, parece casi inevitable que la crisis provocará una disminución en el ritmo del crecimiento económico regional. La desaceleración del ciclo de expansión, que se hizo notable en América Latina durante los últimos años, parece casi irreversible. Una tendencia que, lamentablemente, reafirma la alta volatilidad del crecimiento regional y que impacta de forma socialmente dramática en todos los países del continente. En efecto, casi todas las naciones de América Latina y el Caribe vieron reducir su PIB en el año 2008, con relación a los cuatro años anteriores. En el 2009, las perspecti-

vas empeorarán para la mayoría de ellos. Una pésima noticia, por cierto, en una región marcada por la altísima pobreza y una persistente injusticia social. Más allá de las ponderaciones y matices que puedan objetarse a cualquier generalización en este campo, parece evidente que la crisis actual tendrá un impacto negativo en los niveles de empleo, haciendo más regresiva y desigual la distribución del ingreso, profundizando la pobreza y empujando hacia ella a sectores que habían conseguido mejorar sus condiciones de vida en los últimos años.

El escenario no parece demasiado alentador desde el punto de vista del desarrollo humano y, aunque pueda ser paradójico, tampoco lo es para la cooperación internacional. En rigor, aunque el principal objetivo de la cooperación internacional debería ser apoyar y promover condiciones que amplíen las oportunidades de desarrollo humano en las regiones más pobres y desiguales del planeta, la actual crisis, que no ha impactado sólo en la periferia sino también de forma intensa en las naciones más poderosas del mundo, tendrá un efecto seguramente negativo en este tipo de gasto. Por las razones que fueran, escenarios como el presente tienden a generar actitudes preventivas o defensivas por parte de los gobiernos más desarrollados, que, en el corto o mediano plazo, suelen tener efectos también regresivos sobre los gastos en cooperación.

En este marco, donde aún se discute la duración y las dimensiones de la crisis, no parece ser muy promisorio el escenario de la cooperación académica en los países de América Latina y el Caribe. Dificilmente, ante las urgencias y obligaciones que la coyuntura les impone, los gobiernos de la región ampliarán sus ya modestos esfuerzos de cooperación en este campo. Por su parte, resulta difícil suponer que los gobiernos, organizaciones y fundaciones del Norte, muchos de los cuales ejercen una función central en la promoción de la cooperación académica regional, van a vislumbrar el escenario de certidumbres y de confianza que suelen requerir para la implementación de sus políticas de apoyo. Seguramente, primará un clima de expectativa y cautela cuya consecuencia directa será la reducción de las inversiones y aportes realizados a ciertas regiones, especialmente América Latina.

La situación es, por decirlo de alguna forma, curiosa. Los países latinoamericanos enfrentaron un ciclo de expansión notable en los últimos años. Al hacerlo, mostraron un desempeño positivo en la implementación de políticas públicas que, a pesar de ser insuficientes, fueron capaces de contribuir a una disminución de la pobreza y de la indigencia en la región. En la medida en que los indicadores sociales tendieron a mejorar, el interés de la cooperación internacional comenzó a alejar su atención de la región, con rarísimas excepciones. En el campo académico, esto ha sido particularmente notable. Las mejoras en el financiamiento universitario y en la inversión científica nacional que evidenciaron diversos países, limitadas aunque muy importantes, tendieron asimismo a desestimular el interés de instituciones del Norte que ejercen un significativo papel de apoyo en la región.

Hoy, la situación se vuelve más compleja. Por un lado, la crisis financiera internacional tendrá en materia social un efecto regresivo muy grave para América Latina y el Caribe. Aunque esta situación debería ampliar y no disminuir el gasto social en educación y desarrollo científico-tecnológico nacional, la experiencia muestra que, en situaciones semejantes, la actitud asumida por los gobiernos ha sido la contraria, poniendo en riesgo conquistas democráticas de gran importancia para el desarrollo universitario y científico de muchos de nuestros países. Este escenario, lejos de aumentar el interés de los organismos de cooperación académica internacionales por América Latina, parece estar disminuyéndolo. Una situación que se agrava con el triunfo de administraciones conservadoras en países que han ejercido un papel de gran importancia y liderazgo en este campo.

Así las cosas, en materia de cooperación académica internacional, no parecen estar diseñándose en el horizonte “ventanas de oportunidades”, sino más bien un muro de frustraciones. Los que actuamos y trabajamos en algunas de estas instituciones deberemos quizás aumentar muchísimo el optimismo de nuestra voluntad para combatir el pesimismo de nuestra inteligencia. Se avecinan tiempos duros. Prepararse para enfrentarlos es no sólo una necesidad sino parte de nuestra responsabilidad.

Pero, ¿cómo hacerlo?

EL OPTIMISMO DE LA VOLUNTAD

“Habrá que aprender a rezar”, afirmaba recientemente el rector de una prestigiosa universidad latinoamericana cuando se le preguntó qué hacer ante la crisis. La respuesta, además de poner en evidencia el limitado dominio de los hábitos religiosos del funcionario, parece desde todo punto de vista insuficiente. También lo es aquella que, amparada en una irresponsable candidez adolescente, lleva a algunos a afirmar que hay que esperar a que la crisis se detenga para ver qué hacer. Suponiendo que, en una perspectiva optimista, América Latina y el Caribe han vivido los últimos sesenta años en crisis, la propuesta sugiere un abúlico proceder que, en el caso de quienes tienen obligaciones de gestión, roza con la irresponsabilidad y la indiferencia.

La crisis nos impone la necesidad de pensar hoy, más que nunca, nuevas y mejores formas de cooperación académica entre los países de América Latina y el Caribe.

En este sentido, resulta fundamental mejorar y ampliar el diálogo y los acuerdos con los gobiernos, organizaciones y fundaciones que, en el Norte, aún continúan apoyando proyectos e iniciativas de cooperación científica. Para esto, es necesario diseñar políticas basadas en la corresponsabilidad, que canalicen esfuerzos y financiamientos hacia proyectos e instituciones dispuestas a evaluar los resultados de sus acciones, realizar una gestión responsable y transparente de los recursos y diseñar planes estratégicos que eviten la dispersión y la pulverización de iniciativas. La proximidad de ajustes y la reducción de financiamientos internacionales obliga a los países y organizaciones donatarias a mostrar los efectos negativos que tendrán en la región todo corte de recursos y la reducción de una ayuda que, aunque pocas veces se reconoce, tiene un papel central en la mejora en las condiciones de desarrollo humano regional. Sin embargo, la coyuntura también obliga a que los países y organizaciones que se benefician de la cooperación puedan ser capaces de mostrar la eficacia social, política y académica de sus proyectos, el impacto y la incidencia que los mismos poseen, las contribuciones que estos realizan para la construcción de mejores condiciones de desarrollo e igualdad en el continente. Se trata de tallar “ventanas de oportunidad” en el muro

de frustraciones que se divisa en el futuro inmediato. Y habrá que hacerlo no sólo de adentro hacia afuera, sino también de adentro hacia adentro, cambiando prácticas cuya limitada eficacia política y académica tienden a silenciarse como subproducto de su permanente repetición. Apelar a la responsabilidad de los países y organizaciones del Norte en materia de cooperación académica regional, particularmente con América Latina y el Caribe, es imperioso. Pero hacerlo sin instituir nuevas prácticas de cooperación e intercambio que cuenten con apoyo de los propios países y organizaciones de la región es, como mínimo, una aspiración irresponsable. En este caso, quizás, sea más efectivo aprender a rezar.

La crisis impone, pues, un enorme desafío interno a todos los gobiernos de la región, así como a las instituciones latinoamericanas y caribeñas que actúan en este campo. También, claro, a las principales universidades e institutos de investigación que tanto se han beneficiado de la ayuda externa y que tanto precisan aún hoy de ella.

La coyuntura nos obliga a un riguroso ejercicio de introspección y autocrítica, evitando las respuestas balsámicas que ayudan a calmar ansiedades, pero no a modificar realidades incómodas. En los últimos años, como pocas veces se podría haber imaginado, los gobiernos de la región han dado inicio a un proceso de integración e intercambio con un enorme potencial económico. Recientemente, este impulso ganó fuerza con acuerdos multilaterales que consolidan la posibilidad efectiva de pensar y construir la integración latinoamericana y caribeña más allá de una retórica expresión de deseos. Sin embargo, en el campo de la cooperación académica regional, exceptuando avances de escala muy limitada, no se ha hecho demasiado. Una casi total ausencia de planes estratégicos en este campo se suma a una limitadísima inversión de recursos destinados a promover la integración en el campo científico y tecnológico. Resultan altamente promisorias las virtudes que buena parte de los gobiernos latinoamericanos encuentran en el potencial regional de estos espacios de cooperación e intercambio comercial y productivo. Lo que llama la atención es que no se encuentren las mismas virtudes en la posibilidad de articular mejor y de forma más efectiva nuestras universidades, nuestras políticas de ciencia y tecnología, nuestros programas de promoción y desarrollo académico. En

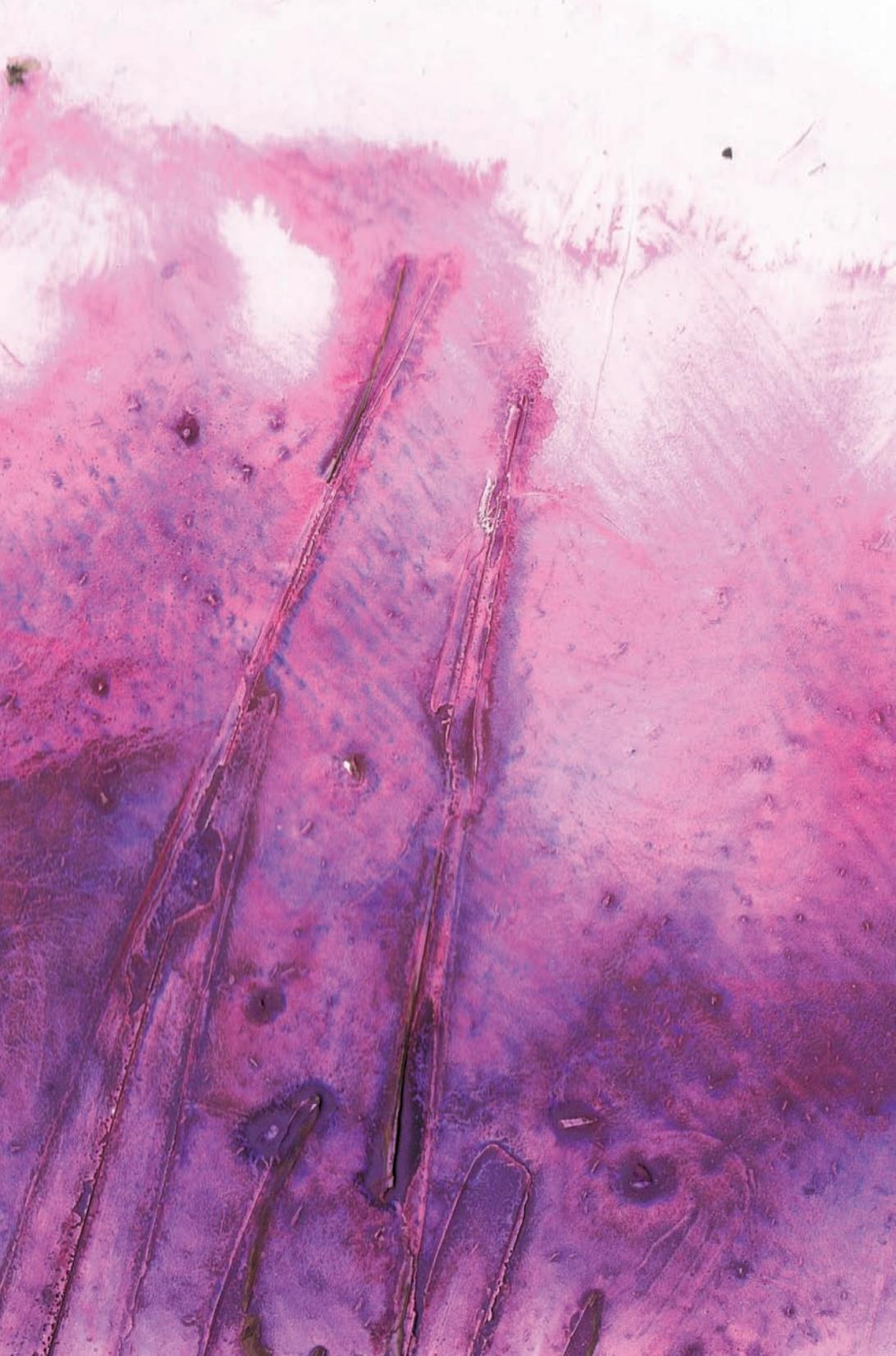
un escenario regional marcado por los ideales de la integración, parece sorprendente que los gobiernos confíen más en la eficacia democrática de la integración de los mercados que en el de la integración de las instituciones de producción del saber científico y tecnológico. Es irónico que se haya avanzado más en acuerdos que implican intereses financieros y comerciales que en la construcción de un gran espacio latinoamericano y caribeño (mejor aún, iberoamericano) del conocimiento. En materia académica, la integración regional continúa siendo una expresión de deseos. Hay excepciones, claro. Las mismas no hacen sino confirmar la regla.

Por otro lado, las universidades latinoamericanas han sido deglutidas por una cultura institucional de supervivencia que difícilmente encuentra en la cooperación académica (nacional o internacional), el salvavidas necesario para evitar lo que identifican como su inminente hundimiento. Un ejemplo emblemático de esta tendencia es el curioso desarrollo de los posgrados a nivel regional. La dispersión, multiplicación y superposición de la oferta es enorme. Todos por cierto, se proponen desarrollar estrategias de cooperación e intercambio, aunque la competencia interinstitucional es tan intensa que las oportunidades de movilidad estudiantil y docentes son casi nulas. No deja de ser verdad que los gobiernos de la región mucho han contribuido con esta situación, subordinando parte del financiamiento universitario a políticas de distribución competitivas y meritocráticas. Sin embargo, esto no disminuye la complejidad de una fisonomía institucional que se dibuja en contraposición a cualquier aspiración cooperativa: no es raro ver en una misma institución una multiplicación de ofertas de posgrado, creadas en virtud no de necesidades epistemológicas o teóricas, sino de meras disputas de poder entre quienes componen el cuadro profesional de la universidad en cuestión. La academia latinoamericana y caribeña no parece estar muy seducida por las prácticas efectivas de cooperación e intercambio solidario, aunque sí, con frecuencia, suele dedicar a ellas buena parte de sus oraciones.

La crisis, sin lugar a dudas, nos está enseñando muchas cosas. Una de ellas es que debemos construir un nuevo modelo de cooperación académica internacional, donde al Norte y al Sur le caben muchas respon-

sabilidades y no pocos desafíos. A medida que comencemos a transitar este camino, quizás el pesimismo de nuestra inteligencia irá en aumento. Sin embargo, esto no hará sino redoblar la aspiración a trabajar desde los espacios de cooperación académica internacional, reforzando nuestro optimismo y nuestra confianza en que las oportunidades se construyen, como el futuro, a contramano.

Buenos Aires, septiembre de 2009



Reelección presidencial y rendición de cuentas: ¿De verdad es tan mala la reelección?

ESTHER DEL CAMPO GARCÍA

Catedrática de Ciencia Política,
Universidad Complutense de Madrid

Es frecuente pensar desde mi disciplina, la ciencia política, que los cambios en torno a las reglas del juego político generan inestabilidad e incertidumbre, que los actores políticos y, en especial, los ciudadanos, difícilmente saben a qué atenerse cuando estas modificaciones son continuas y radicales. En las siguientes líneas nuestra preocupación fundamental se centrará en preguntarnos: ¿Hasta qué punto las modificaciones constitucionales a las que hemos asistido en los últimos tiempos en la región latinoamericana –particularmente, aquéllas que tienen que ver con la reelección presidencial– generan estabilidad y aumentan la calidad de estas democracias? O, por el contrario, ¿hacen que las ciudadanas y ciudadanos se pregunten recurrentemente si no tienen que ver con un intento de los políticos y los partidos por perpetuarse en el poder?

Como se ha señalado (Negretto, 2009), en tanto los cambios de reglas son costosos y generan incertidumbre, los actores políticos prefieren mantener las instituciones existentes o, si hay que reformarlas, realizar modificaciones menores y de detalle. Este razonamiento teórico es particularmente certero cuando se trata de reglas constituciona-

les, cuya reforma requiere por lo general la formación de amplias coaliciones y cuyos efectos son muchas de las veces impredecibles. Sin embargo, esta hipótesis no parece verificarse en la realidad en contextos políticos, sociales y económicos cambiantes. De hecho, desde 1978 a la actualidad, todos los países latinoamericanos han reemplazado o reformado sus Constituciones. Lo mismo ha ocurrido con otras normas como las leyes electorales o la normativa partidista. Desde el punto de vista de su contenido, muchos cambios han perseguido fortalecer la ciudadanía y promover el ejercicio compartido y consensual del poder. Tal es el caso de la expansión de los derechos individuales y colectivos, la adopción de reglas electorales pluralistas y proporcionales, y el intento de atenuar los poderes de gobierno de los Presidentes. Al mismo tiempo, otros cambios han buscado centralizar el poder, como es el aumento de los poderes legislativos de los Presidentes o las normas que facilitan la reelección presidencial. Por último, cabría considerar otras reformas orientadas a disminuir el poder de las dirigencias partidarias, como la personalización del voto.

Presidential re-election has become a controversial issue in Latin American politics and some of the latest incidents are regional headlines including the current upheaval in Honduras which remains unsolved and can be traced to ousted President Manuel Zelaya alleged re-election bid. Se trata, pues, no sólo de un tema sensible y polémico que tiene que ver con los acontecimientos más recientes ocurridos en la región (como el golpe de estado en Honduras), sino con un dilema esencial al interior de la democracia representativa: el ejercicio y reparto del poder, la garantía del pluralismo y el sostenimiento del debate público. Se trata, sin duda, de un debate normativo, donde el disenso seguirá seguramente siendo la norma y no la excepción, lo cual no debe impedirnos apuntar a continuación algunos argumentos que nos permitan clarificar posiciones en este asunto.

En el caso latinoamericano, existen razones estructurales que han permitido sustentar a lo largo del tiempo la idea de la necesidad de reforzar las capacidades legislativas y de gestión de los Ejecutivos, dada la sostenida debilidad de los Congresos y la falta de incentivos de los legisladores para sacar adelante políticas públicas. Si a esto le sumamos la recurrencia cíclica de crisis económicas, en contextos de crisis de re-

presentación política, con sistemas de partidos altamente fragmentados y baja cohesión interna, tenemos ahí el sustrato de buena parte de estos argumentos. Tener Presidentes con fuertes poderes legislativos parecería entonces un diseño institucional coherente ante la persistencia de Congresos y partidos débiles, y legisladores poco interesados en políticas públicas y reformas institucionales de largo alcance. Sin embargo, ese mismo diseño perpetúa el mal que busca combatir, consolidando Legislativos poco capacitados y responsables. Por otra parte, la concentración de poder legislativo en manos de los Presidentes hace peligrar el proceso de deliberación democrática, que debe ser pública e involucrar a la mayor cantidad de intereses posibles.

Actualmente, 13 de las 18 democracias de América Latina permiten alguna forma de reelección, consecutiva o no: Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Chile, Costa Rica, Ecuador, El Salvador, Nicaragua, Panamá, República Dominicana, Perú, Venezuela y Uruguay. Three countries ban presidents from any form of re-election under any circumstances, Mexico, Guatemala and Honduras. Únicamente, tres de los casos prohíben cualquier forma de reelección, en toda circunstancia: México, Guatemala y Honduras. Sin embargo, el virus reeleccionista se remonta a los años noventa, como muestran los ejemplos de Carlos Menem en Argentina (1989/1999)¹, Alberto Fujimori en Perú (1990/2000)² o Fernando Henrique Cardoso en Brasil (1994/2002)³. Presidentes, todos ellos de distinto pelaje político, pero que argumentaron en la misma forma la perentoria necesidad de la reelección presidencial.

El efecto posible de las reglas de reelección presidencial depende de varios factores, como el término del mandato y el tipo de regla. En la mayor parte de los cambios en la región, las menores restricciones a la reelección presidencial lo fueron para introducir una reelección inmediata. La reelección del presidente por una vez, sobre todo cuando

1. La reelección de Carlos Menem, a iniciativa del Presidente, fue aprobada por una Asamblea Constituyente en 1994, tras un acuerdo con la oposición.

2. Fujimori, elegido formalmente en 1990, promulgó una nueva Constitución en 1993 –después de un auto-golpe–, que incluía la reelección.

3. Cardoso fue elegido en 1994 para un período de cuatro años, pero la modificación de la Constitución brasileña, le permitió un segundo mandato en 1998, sobre el argumento de poner en práctica la continuación de su “exitoso programa de estabilización financiera”.

el mandato es relativamente corto (pongamos por caso, cuatro años), puede premiar la eficiencia de una administración y consolidar una labor de gobierno en contextos de crisis. Pero sus efectos pueden ser perniciosos cuando ocurre en sistemas políticos caracterizados por su debilidad institucional. En estas circunstancias, la reelección presidencial limita la alternancia en el poder, provee de incentivos a la corrupción e incrementa el personalismo en la política. Si bien es cierto que no es lo mismo si la reelección es indefinida, que si está limitada a un periodo (los efectos de una y otra sobre el sistema político en el que se introducen son muy distintos); en cualquier caso, es una tendencia contraria a la desconcentración del poder en manos del Presidente.

En segundo término, hay que considerar si la reelección se establece de manera unilateral, o goza, por el contrario, del consenso de los principales actores políticos; en otras palabras, es importante delimitar si ha sido fruto de un gran acuerdo o consenso político.

Por último, y aquí el caso hondureño vuelve a resultarnos útil, la eficacia de la regla de la no reelección para prevenir la perpetuación en el poder de un ejecutivo en particular es limitada; por enfática que sea una prohibición de este tipo, será inútil a todos los fines prácticos si ningún actor político está interesado en, o es capaz de, defenderla.

Para una mejor comprensión del debate académico, hemos considerado adecuado partir de un artículo de Carey (2003) sobre el devenir reeleccionista en América Latina, que comienza señalando los argumentos en pro y en contra de la reelección que se vienen empleando ya desde el siglo XIX, destacando que los mismos confluyen en una dicotomía demasiado rígida, que dificulta la comprensión del problema.

De este modo, aquéllos a favor de la reelección destacan que ésta aumenta las posibilidades de elección del pueblo y mejora la calidad de la democracia; que la presencia de la reelección incentiva al ejecutivo a tener en cuenta los intereses y preferencias de sus votantes, porque si los defrauda éstos no lo volverán a votar; y finalmente, también se aduce que la no reelección convierte al Presidente en un *lame duck*, con dificultades para negociar con otros actores y para obtener apoyo legislativo para sus proyectos, lo que eventualmente podría terminar en una crisis de gobernabilidad. Por contra, aquéllos que se oponen a la ree-

lección resaltan el riesgo del continuismo, es decir, el temor a que un Presidente llegue al poder y se quede, con independencia de las virtudes de su gobierno, puesto que un ejecutivo que se presenta a la reelección dispone de muchos medios para manipular a los votantes e inclinar a su favor el proceso electoral.

Para salir de esta contraposición, Carey propone considerar alternativas como la reelección luego de transcurrido un intervalo de tiempo, la reelección para cargos no ejecutivos, y el balance entre reelección y facultades institucionales del Presidente, que encuentra particularmente destacable. En sus propias palabras (2003:131):

[...] cuando las reformas [para introducir la reelección] son llevadas a cabo mediante negociaciones entre el Presidente y los opositores políticos, estos pactos tienden a incluir concesiones que limitan el poder presidencial, reduciendo el peligro de que la perpetuación presidencial se transforme en tiranía presidencial. [...]

Quando las reformas para permitir la reelección son llevadas a cabo mediante un plebiscito, en cambio, las concesiones a otros actores políticos tienden a estar ausentes, y como resultado las limitaciones subsiguientes a la autoridad presidencial resultan más débiles. [...]"

Si bien es acertada la importancia que Carey otorga al pacto político en torno a la reelección, el punto no es que el ejecutivo acceda a ésta mediante concesiones a los opositores, sino que es casi contradictorio pensar que en la práctica puedan existir presidencias perpetuas pero no tiránicas. Como él mismo señala en otro lugar, una de las características esenciales para que un régimen sea presidencialista es que el mandatario tenga, como mínimo, cierta autoridad legislativa; es entonces discutible que el Presidente pueda perpetuarse en el cargo sin que ello signifique una amenaza de autoritarismo.

El problema radica en que ambos factores no son independientes entre sí: no es que un Presidente poderoso se convertirá en un tirano si permanece mucho tiempo en el poder, sino que un Presidente así podrá arreglárselas para permanecer mucho tiempo en el cargo al margen de que lo merezca o no por su gobierno. Más aún, como se ha argumentado (Lucardi, 2006), cuando permanece mucho tiempo en el cargo, el Presidente aumenta sus poderes informales, por lo cual incluso un mandatario poco poderoso en un principio tiene probabili-

dades de convertirse en tirano si se reelige de manera indefinida. En suma, incluso un Presidente débil en términos institucionales podrá aprovechar el cargo para reelegirse e ir incrementando sus poderes con el transcurso del tiempo; y ello, sin tener en cuenta la posibilidad de que el Presidente sea poderoso no por disposición institucional, sino gracias al control de un partido político disciplinado.

Dicho esto, debemos argumentar en la dirección contraria que la reelección está profundamente relacionada con el principio de rendición de cuentas. Y es ahí donde encuentran acomodo muchas de las posiciones que abogan claramente a favor del principio reeleccionista. A través de la reelección, los votantes pueden influir sobre sus representantes porque a través de este mecanismo de premio-castigo se generan incentivos que influyen en la conducta política de los representantes.

Los electores, que actuarían como “principal”, delegan autoridad a un conjunto de “agentes políticos” que son los representantes, los cuales pueden actuar de acuerdo a las preferencias de sus votantes o no. La no reelección puede ser entendida como una restricción institucional que desincentiva a los legisladores a actuar en convergencia con los intereses ciudadanos debido a que el principal se ve impedido de ejercer su capacidad de *enforcement* o de aplicar sanciones, dado que esta limitación institucional les niega la posibilidad de utilizar el voto como un mecanismo de premio-castigo al hacer inefectiva la evaluación retrospectiva del desempeño de los representantes, y limitar así la función del voto a una selección prospectiva de agentes. Esto trae como consecuencia que éstos no tengan incentivos para rendir cuentas a sus electores en virtud de que no pueden ser premiados ni castigados por ellos, en cambio quien sí puede ejercer este poder son los partidos; por lo tanto, la relación de *accountability* electoral se tergiversa y se invierte a favor de las organizaciones partidistas, quienes se convierten así en “principal”.

El concepto de *accountability* se incorpora cada vez con más fuerza como un elemento que debe considerarse en la determinación de la calidad de las democracias contemporáneas, ya que es fundamental para que los ciudadanos tengan el poder de verificar y evaluar a sus representantes. Sin embargo, la casi totalidad de los diseños constitucio-

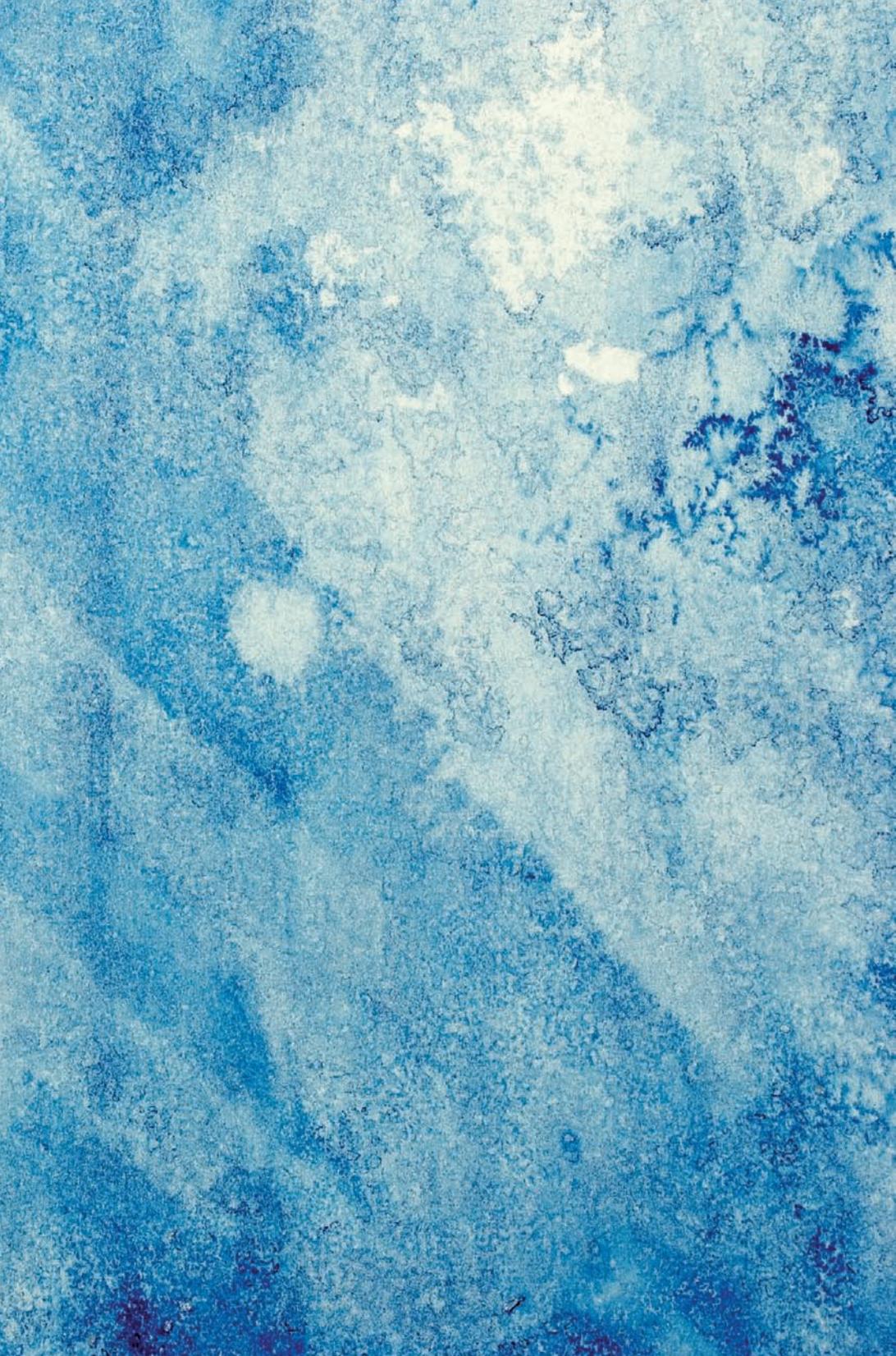
nales democráticos excluyen figuras como el mandato imperativo y la revocación de mandatos, lo que sumado a la manipulación de los electores por parte de los políticos, genera condiciones propicias para alentar un tipo de representación independiente por parte de los gobernantes. Por ello, la representación como *accountability* adquiere especial importancia como mecanismo de control ciudadano sobre el poder político; la Constitución y las elecciones son los instrumentos más comunes para ejercer este control; sin embargo, el voto no es un instrumento totalmente efectivo para lograr este fin.

La reelección se convierte así en un elemento positivo que abre posibilidades para mejorar la relación entre los ciudadanos y sus representantes. Quizás, la pregunta que cabría hacerse es si las democracias latinoamericanas están suficientemente consolidadas para desarrollar este principio. La experiencia nos ha mostrado que los cambios deben provenir de un amplio consenso político y ser refrendados por la población, que deben presentarse con plenas garantías para la supervivencia de la oposición política y el pluralismo, con reglas claras sobre el proceso reeleccionista y, sobre todo, con unos límites establecidos, unas atribuciones y unas garantías para todos los actores políticos, que finalmente conviertan a la reelección en un instrumento que fortalezca la democracia representativa.

Madrid, octubre de 2009

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- CAREY, John (2003), “The reelection debate in Latin America”, *Latin American Politics and Society*, 45 (1), pp. 119-133.
- LUCARDI, Adrián (2006), *Fortaleciendo al gobernador: La reelección en las reformas constitucionales provinciales argentinas (1983-2006)*, Trabajo de Graduación, Licenciatura en Ciencia Política, Universidad de San Andrés.
- NEGRETTO, Gabriel L. (2009), “Paradojas de la Reforma Constitucional en América Latina” en *Journal of Democracy* (en español), vol. 1, julio 2009.



Tango que me hiciste mal y sin embargo te quiero

CRISTINA PERI ROSSI

Escritora

Mientras escribo estas líneas, una mañana de domingo de septiembre, en Barcelona, ochocientas personas, hombres y mujeres, participan en un festival de tango, en Palma de Mallorca: irlandeses, sudafricanos, argentinos, españoles, italianos, alemanes e israelitas. Porque la internacional del tango no conoce fronteras; en la época posmoderna, donde la juventud suele bailar suelta, de manera individual, casi sin tocarse, en un ejercicio narcisista, el tango ha sido nominado por la UNESCO como patrimonio cultural de la humanidad. Es el reflejo de un fenómeno social espontáneo: en Málaga, en Montevideo, en Abu Dhabi, en París, en Lisboa, en Londres el tango se escucha y se baila, con su sensualidad, su tristeza, su melancolía y su pasión. Especialmente su pasión. Quizás la mejor síntesis del tango es ese verso del título: “*Tango que me hiciste mal y sin embargo te quiero*”. Masoquista, trágico, escéptico, machista, violento, sentimental, tierno, el tango es “un sentimiento triste que se baila” o “lamento de cabrones”, porque ha recibido toda clase de alabanzas o de humillaciones, ha sufrido crisis y renacimientos. Estamos en uno de esos períodos de renacimiento universal del tango como baile: en las sociedades desarrolladas, donde el contacto físico es percibido como peligroso, invasor, intimidante, y ni siquiera los médicos auscultan a los pacientes, el

tango propone una proximidad, una intimidad sensual que asusta y seduce al mismo tiempo. ¿Quién es el valiente que se anima a elegir a una compañera de baile, conducirla, guiarla, y con ella abrazada dibujar los ochos y los firuletes de un tango, como parodia del acto sexual? ¿Quién es la valiente que se anima a dejarse guiar por un hombre, ese individuo mandón y prepotente que murmura dulzuras seductoras al oído? Y sin embargo, miles y miles de personas en todas las ciudades se dan cita para bailar tangos.

“Triste, sensual, dormilón // mezcla de risa y lamentos// vuela de los instrumentos // y se mete en el corazón // Allí despierta la pasión // que en el alma está dormida// nos habla de la querida // del amigo traicionero // y es un grato mensajero // que se nos cruza en la vida // Tango que me hiciste mal // que sin embargo quiero/ porque eres el mensajero // del alma del arrabal.”

El tango surgió muy a fines del siglo XIX (1895) como baile, en los suburbios prostibularios de Buenos Aires, barrios de inmigrantes, parias y pequeños delincuentes. Fue una manera diferente de bailar las danzas tradicionales, habaneras, mazurcas, chotis. El escenario del tango es siempre el mismo: el barrio humilde, periférico, poblado de madreselvas, donde las mujeres visten de percal –el género más barato– y el “compadrito” esconde un puñal entre la ajustada chaqueta negra y el pantalón a rayas. La fidelidad al barrio es uno de los valores que transmiten las letras de tango; el ascenso social de la “mina”, la amante de un poderoso es un tema repetitivo, la nostalgia del barrio también. Emigrar del suburbio al Norte de Buenos Aires era traicionar los sentimientos de pertenencia, traicionar a los amigos, al lugar de nacimiento, a la madre, a los vecinos. Porque la amistad, en Buenos Aires o en Montevideo, es una pasión, una religión, como dijo Borges.

La danza, en sus diferentes manifestaciones, es una demostración de furor guerrero o de voluptuosidad; el tango, machista, mezcla ambas cosas: glorifica al compadrito y sin embargo, este matón de barrio sucumbe al romanticismo, al amor, a la nostalgia por la felicidad perdida, a la añoranza de la mujer que lo dejó, al rencor... que es amor propio herido, y además, amor (*“rencor, mi viejo rencor // tango miedo de que en el fondo // seas amor”*).

Horacio Ferrer, músico y letrista, ha dicho del tango como baile: “Macho y hembra atados en nombre de la belleza, se elevan sin querer sobre su propia bazofia. Y ungidos artistas, intentan el purísimo ejercicio de la soledad entre dos. Es una desgarrada, improvisada y repentina creación coreográfica para una pareja”. En sus Memorias, Isadora Duncan recuerda la primera vez que un hombre, en Buenos Aires, le enseñó a bailarlo: “Con los primeros pasos tímidos sentí que mis pulsaciones respondían al incitante ritmo lánguido de aquella danza voluptuosa, suave como una larga caricia, embriagadora como el amor bajo el sol del mediodía y peligrosa como la seducción de un bosque tropical.”

La denominación tango es de origen africano. Deriva de *tang*, nombre de una de las lenguas autóctonas de ese continente, y significa palpar, tocar y acercarse. En la época colonial, en Buenos Aires y Montevideo se denominaba “tangó” (con acento en la o) eran los bailes de los negros africanos llevados a la fuerza al Río de la Plata, bailes que escandalizaban a los patricios ricos de ambas orillas.

Y de la misma manera que Bécquer afirmaba que siempre habrá poesía, la cálida y grave voz de Julio Sosa canta desde el disco: *“¿Quién te ha dicho, che pebete // que pasó el tiempo del firulete // habrá tango mientras haya un tipo // desesperado por besar los labios // de una pebeta en flor, una traición para contar // una queja que transmitir o una alegría que compartir.”*

A poco de creado, el tango ya era criollo, es decir, autóctono. Los numerosos emigrantes italianos le agregaron el acordeón y el organito, instrumentos que le dan a la música ese tono plañidero, quejumbroso (“las quejas del bandoneón”), medio canalla y sensiblero.

Las letras de tango constituyen una filosofía, una educación sentimental, una forma de seducción, de autojustificación, de expiación o de culpa, de resentimiento, de sublimación y de exaltación de la nostalgia, de la lealtad, del apego al barrio, al paisaje urbano deprimido.

Aunque se puede distinguir entre el tango arrabalero (popular) y el culto, la letra de los primeros tangos empleaba de manera casi exclusiva el lunfardo, un argot cuyos orígenes estaban en la cárcel. Era un lenguaje paralelo empleado por los presos para comunicarse sin que los carceleros los entendieran. También era el lenguaje

usado por los proxenetas y pequeños delincuentes en el suburbio. El diccionario lunfardo se nutre de sustantivos, verbos, adjetivos e interjecciones castellanos a quienes se les cambia el significado (“mina” es mujer, “botón” es policía) y de palabras dialectales del italiano, portugués o francés. Otra fuente es el vesre, o lenguaje al revés: go-tán es tango, cabeza es zabeca, viejo es jovie, joven es venjo.

Al principio, el tango era bailado por un varón que lucía su habilidad frente a sus rivales y a la mujer a la que quería seducir; ha conservado siempre ese toque narcisista, “compadrón” y altanero que provoca admiración o rechazo, a veces ambas cosas al mismo tiempo. Luego, fue bailado por parejas de hombres. La sensualidad de sus movimientos que parodiaban el acoplamiento sexual hizo que el tango bailado por hombre y mujer quedara relegado al principio a los prostíbulos y fiestas arrabaleras: la burguesía rechazaba una danza tan vulgar y sexual. Pero poco tiempo después de creado, ya es un baile de pareja de varón y mujer, con toda su carga de sensualidad y exhibicionismo.

A partir de los años 20 del siglo pasado, el tango escala la pirámide social y se internacionaliza. Ya no es exclusivo de los bajos fondos: inunda los salones de París, de Barcelona, de Londres y llega al cine.

La difusión y el enriquecimiento musical del tango se deben, fundamentalmente, a la incorporación del bandoneón y del piano; grandes solistas, como Aníbal Troilo o Astor Piazzolla lo convierten en música de culto... y para cultos.

La importancia de la mujer como bailarinas de tango queda testimoniada por algunas composiciones que llevan sus nombres: La parda Flora, La rubia Mireya. Pero también las mujeres han sido extraordinarias intérpretes, desde sus comienzos.

Entre los años 40 y 70 se produce una crisis del tango, rechazado por machista, sensiblero y autocomplaciente. Los jóvenes prefieren bailes sueltos o solitarios, de un narcisismo más personal, o géneros que vienen del norte, como el rock.

En la revitalización del tango que se produce a fines del siglo XX y se prolonga en nuestros días hay que destacar la obra de un músico extraordinario, Astor Piazzolla, que rechazó durante mucho tiempo las letras de tango, hasta que compuso *Che tango che*, dedi-

cado a una intérprete excepcional, la gran cantante italiana Milva. Al mismo tiempo debemos reconocer la extraordinaria calidad de la voz de Susana Rinaldi, quien reinterpreto el tango, rechazó las letras más machistas y ahondó en sus raíces originales, allí donde se mezcla con la milonga y el candombe. Susana Rinaldi ha sido la nueva musa del tango, a quien Julio Cortázar dedicó un texto de rendida admiración.

Han sido numerosos los poetas letristas de tangos, entre ellos, sin lugar a dudas, Homero Manzi (para mí, el mejor; Aníbal Troilo le dedicó uno de los tangos más nobles y sentidos: A Homero); entre los contemporáneos, sólo Horacio Ferrer alcanza la emotividad y la pasión de sus antepasados: *“Moriré en Buenos aires, será de madrugada // Guardaré mansamente las cosas de vivir // mi pequeña poesía de adioses y de balas // mi tabaco, mi tango, mi puñado de esplín // Me pondré por los hombros, de abrigo // todo el alba, mi penúltimo whisky // quedará por beber.”*

Este renacimiento internacional del tango, desde Finlandia a Japón, de Montevideo a Málaga o al Festival de tangos de Granada, importa más como baile que como letra. Importa más el contacto que la palabra.

Barcelona, septiembre de 2009



*Estabilidad, gerontocracia
y el tedio de la democracia
directa en Uruguay*
*Consideraciones sobre la cita electoral
del 25 de octubre*

MANUEL ALCÁNTARA SÁEZ

Universidad de Salamanca

Las elecciones generales en Uruguay integran los comicios presidenciales y legislativos que se celebran cada cinco años. La llamada a las urnas para la elección presidencial requiere, desde la reforma constitucional de 1996, de una mayoría absoluta sobre el total de los votos emitidos, de manera que si ninguna candidatura la alcanza debe celebrarse una segunda vuelta entre las dos más votadas un mes más tarde. Las candidaturas contendientes de los distintos partidos se conforman en elecciones internas celebradas al unísono el último domingo de junio del año electoral. Por su parte, la convocatoria para elegir las dos cámaras que integran el Poder Legislativo se articula sobre la base de listas cerradas y representación proporcional. Así las cosas, el 89,86 por ciento del total de votantes habilitados acudieron a las urnas el pasado 25 de octubre para elegir presidente y legisladores y decidir, bajo la fórmula de plebiscito, sobre dos cuestiones que habían sido propuestas, bajo la fórmula constitucional de la iniciativa legislativa y de la iniciativa popular respectivamente, y que se referían a la regulación del voto de los emigrantes y a la revocación de

la ley de amnistía aprobada durante el primer gobierno de Luís María Sanguinetti en 1986. Este nivel de participación, rondando el 90 por ciento, es una constante uruguaya y sitúa al país en uno de los primeros lugares en el mundo a la hora de movilizar electores en procesos democráticos.

Las elecciones presidenciales dieron cabida a cinco candidaturas. Tres procedían de sendas formaciones que han monopolizado la vida política uruguaya desde 1971 y que han contribuido a definir un modelo multipartidista en este país desde entonces. Los Partidos Nacional (blanco) y Colorado, cuyos orígenes datan de la primera mitad del siglo XIX y que dominaron ampliamente la política del país hasta 2004, y el Frente Amplio, cuya conformación a finales de la década de 1960 rompió el tradicional bipartidismo uruguayo y cuyo ascenso fue paulatino a partir de la transición a la democracia en 1984 hasta alcanzar a las formaciones tradicionales en 1994 y convertirse en el primer partido del país en 1999, y alcanzar la presidencia cinco años más tarde. Si en 2004 supo alcanzar el poder presidencial bajo el liderazgo de Tabaré Vázquez, obteniendo en la primera vuelta el 51,7 por ciento de los votos válidos, hoy su caudal electoral ha alcanzado el 48,16 por ciento. En términos de número de votos, el soporte recibido en este momento por el candidato del Frente Amplio, José (Pepe) Mujica, tres años Ministro de Agricultura en el gobierno de Vázquez, fue de algo menos de treinta mil votos con respecto a los obtenidos por Vázquez, que vendría a ser la pérdida, en términos absolutos, registrada tras cinco años de gobierno.

Los resultados electorales han confirmado las tendencias de los sondeos de opinión pública de los últimos meses que, tras un año previo zigzagueante, situaban al voto frenteamplista en una horquilla comprendida entre el 45 y el 49 por ciento, superando el porcentaje conferido a la suma de la intención de voto de los dos partidos tradicionales. El candidato del partido Nacional, Luís Alberto Lacalle, terminaba quedándose en el 28,94 por ciento, mientras que el del Partido Colorado, Pedro Bordaberry, se situaba en el 16,9 por ciento. El primero registraba una pérdida de algo más de seis puntos porcentuales (cien mil votos) con respecto a las elecciones de 2004 mientras que el segundo recuperaba cerca de ciento cincuenta mil votos. Esta más

que posible transferencia de votos entre los dos partidos tradicionales es una de las notas más relevantes de la elección presidencial.

Además, ha servido para revitalizar al Partido Colorado que en 2004 había obtenido el peor resultado de su historia. Entonces se extendieron serias dudas sobre su capacidad de recuperación atrapado en una pinza por el notable ascenso, por su izquierda, del Frente Amplio y la consolidación, por la derecha, del Partido Nacional como aglutinador de aquellos sectores que se mantenían como oposición al éxito de Tabaré Vázquez. En este sentido y en lo relativo a la ubicación en el eje izquierda-derecha (en una escala de 1 a 10) de las tres formaciones cabe recordar que el posicionamiento de las mismas, según los propios representantes, solapaba el espacio ocupado por blancos y colorados en valores en torno al 7, llegándose a la práctica confusión de ambos, mientras que los frenteamplistas se situaban alrededor del 3.

Por tanto, y salvo este intercambio de votantes entre blancos y colorados, la estabilidad electoral parece ser la nota dominante, a pesar de que por no haber alcanzado la mayoría absoluta, Mujica deberá competir el 29 de noviembre con el candidato de la segunda minoría, Lacalle. Ahora bien, las proyecciones demoscópicas parecen avalar el éxito de Mujica. Ello es así porque es directo beneficiario de cinco años seguidos de crecimiento acumulando (una tasa del 55 por ciento), de la reducción de la pobreza y de la intensificación de programas sociales bajo el gobierno de Tabaré Vázquez, pero también porque es portador de una iconografía como militante de izquierda encarcelado durante casi quince años por la dictadura militar y con una enorme capacidad de conectar con los sectores más populares. Además es posible beneficiario de los votos de los dos partidos minoritarios, parte de los del Partido Independiente (2,44 por ciento) y la totalidad de los del Partido Asamblea Popular (0,66 por ciento), y del mayor atractivo, para sectores de centro y de centro izquierda, de su candidato a la vicepresidencia, Danilo Astori, a quien derrotó en la elección interna del Frente a pesar de que este último era el candidato del presidente Vázquez.

Ahora bien, en el aire pende el recuerdo de la elección de 1999, cuando el Frente Amplio, que ya entonces era la primera minoría, su-

cumbió en la segunda vuelta por una alianza de blancos y colorados a favor del candidato de este partido. Bien es cierto que entonces el Frente Amplio sólo obtuvo el 40,1 por ciento de los votos válidos en la primera vuelta y que la suma de los votos de los dos partidos tradicionales superaba el 55 por ciento. Mientras que blancos y colorados mantuvieron prácticamente ese porcentaje Tabaré Vázquez se quedó entonces con el 44 por ciento en la segunda vuelta.

Este escenario incierto, no obstante, proyecta también otras peculiaridades de la política uruguaya que tienen que ver con la edad avanzada de los líderes que ahora pugnan por la presidencia: Mujica cuenta con 74 años y Lacalle con 68 años. Pero además arrastran un notable pasado de militancia activa política. Mujica cuenta con una trayectoria de cincuenta años iniciada en el entorno del Partido Nacional aunque muy pronto derivada hacia su incorporación al Movimiento de Liberación Nacional (Tupamaros) en 1962 de donde no se movió llegando a ser senador y posteriormente ministro. Lacalle, proveniente de una saga política muy importante en Uruguay, ya ocupó la presidencia durante la “época dorada” del neoliberalismo económico (1990-1995). El tercer candidato en discordia, Pedro Bordaberry de 49 años es hijo del presidente que condujo el golpe de estado de 1973.

Las elecciones legislativas, por su parte, han certificado el carácter mayoritario del Frente Amplio que seguirá contando con el control de las dos Cámaras. Bien es cierto que el poder alcanzado en 2004 ha disminuido levemente, pero contar con 16 senadores en una Cámara compuesta por 30 (más el vicepresidente que actúa como presidente del Senado) y 50 representantes en una cámara integrada por 99, garantizaría a Mujica, si ganara, un gobierno cómodo y un calvario a Lacalle en el caso de que fuera el vencedor de la segunda vuelta. Por otra parte, el peculiar sistema de sublemas (o corrientes) dentro de los partidos que históricamente rige en la política de este país, señala que Mujica cuenta con un apoyo directo de nueve de los 16 senadores (siete proveniente del sublema “el presidente para todos” y dos del sublema “más unidad más compañeros”), mientras que los siete restantes se vinculan al del sublema del vicepresidente Astori (“unidad y pluralismo frenteamplista”). El Partido Nacional cuenta con nueve senadores (cinco de ellos vinculados al sublema de Lacalle –“unidad

nacional”– y cuatro al de Larrañaga –“alianza nacional”–, mientras que el Partido Colorado tiene cinco senadores (tres vinculados a Bordaberry –“vamos colorados”– y dos al sublema “renovación colorada”). En la Cámara de Representantes, el Partido Nacional tiene 20 diputados, el Partido Colorado 17 y los dos restantes son del Partido Independiente.

Para finalizar, la cita electoral contempló, como se indica al inicio, la convocatoria de dos plebiscitos. Ninguno de los dos contó con el respaldo de la ciudadanía. En el primero, convocado por iniciativa popular, se trataba de anular la denominada Ley de Caducidad, promulgada en los albores de la transición como instrumento para facilitarla bajo la excusa de que la impunidad facilitaba la gobernabilidad del momento. El porcentaje de votantes favorables se quedó en el 48,03 por ciento, coincidiendo prácticamente con la votación alcanzada por Mujica. Peores resultados aun tuvo la opción que favorecía el voto por correo desde el exterior de la República, ya que el Plebiscito del Voto Postal, a iniciativa del Poder Legislativo, solamente concitó el apoyo del 37,46 por ciento de los electores y ello a pesar de que más de medio millón de uruguayos viven fuera del país. La participación directa, en un proceso realizado al unísono de las elecciones generales, perjudicó a dos opciones que, no obstante, contaban con una mayoritaria simpatía entre la ciudadanía uruguaya.

Salamanca, 29 de octubre de 2009



Regreso al pasado

SERGIO RAMÍREZ

Escritor

Los golpes de estado han vuelto a ser parte del escenario político latinoamericano. Los militares, que parecían haberse refugiado en sus cuarteles, están de regreso. No en todos los países, por supuesto, pero basta que las botas resuenen en alguna parte, para que dudemos acerca de la sinceridad de la conversión de los ejércitos al credo democrático.

Por lo menos desde la elección del presidente Raúl Alfonsín en Argentina en 1983, parecía que se habían vuelto invisibles en todo el continente, y que de verdad estaban de regreso en sus cuarteles, de donde no saldrían nunca más. La vieja doctrina que los situaba como árbitros permanentes del poder parecía borrarse, y en uno y otro país, fuera el Caribe o el Cono Sur, los comandos supremos y los estados mayores conjuntos proclamaban su obediencia al poder civil.

Eran los mismos generales y almirantes que antes habían ocupado los palacios presidenciales, o que habían decidido quién debía ocuparlos; habían salido de las mismas academias de guerra, se habían entrenado gran parte de ellos en la Escuela de las Américas en Fort Gullick, en la Zona del Canal de Panamá, pero de pronto parecían renunciar a su pasado y adherían a las elecciones libres, y al respeto de los períodos presidenciales establecidos en las constituciones.

Parecían haberse ido tras la ola electoral que restableció a los gobiernos democráticos en todo el continente. Hasta que de pronto sonó de nuevo el primer pistoletazo.

En 1991, el general Raoul Cédras derrocó por la fuerza de las armas al presidente constitucional de Haití, Bertrand Aristide, interrumpiendo un breve sueño de democracia en un país gobernado hasta hacía poco por la larga tiranía de los Duvalier, padre e hijo. Cédras estableció otra, a la vieja usanza de la guerra fría cuando la guerra fría había recién terminado, y la presión internacional, coronada por una intervención militar, lo obligó a devolver el poder a su legítimo dueño que, otra vez, electo de nuevo, volvió a ser derrocado en 2004, esta vez sin esperanza de regreso desde su lejano exilio en Sudáfrica.

El siguiente disparo se escuchó en 1992, cuando el coronel Hugo Chávez encabezó un levantamiento militar, fraguado dentro de los cuarteles, para derrocar al presidente constitucional de Venezuela, Carlos Andrés Pérez. El golpe fracasó, pero le abrió a Chávez las puertas de su futuro político, pues tras dos años en la cárcel, y después de ser indultado, vino a ganar las elecciones presidenciales de 1999, y se ha quedado desde entonces en el Palacio de Miraflores, de donde no pudo arrancarlo otro golpe militar orquestado por sus propios compañeros de armas en el 2002, en connivencia con civiles.

Cédras no proclamó ninguna revolución, por supuesto. El padre Aristide, depuesto dos veces, era el que se proclamaba revolucionario de izquierda, como se proclamó el coronel Chávez con su revolución bolivariana, fracasado en su golpe militar, y triunfante luego en las elecciones, sin que fuera la primera vez que un golpe abría al golpista las puertas del triunfo electoral; basta citar el ejemplo del general Juan Domingo Perón en Argentina, que organizó el golpe contra el poder civil en 1943, fue derrocado y encarcelado en 1945, y de la prisión salió a ganar las elecciones presidenciales de 1946, en olor de multitudes, para ser reelecto de nuevo, aunque al final, otro golpe lo sacó del poder en 1955. Pero de golpes de estado nacieron el peronismo, y el chavismo como fenómenos populares, y populistas.

Ahora tenemos otro, el primero del siglo veintiuno, el del general Romeo Vásquez, Jefe del Estado Mayor Conjunto de las Fuerzas Armadas de Honduras, en contra del presidente Manuel Zelaya Rosales, casi al final de su mandato. El general Vásquez no se quedó en la silla presidencial, pero sin duda es el árbitro del poder. Y ese papel de árbitros del poder es el que, según la fábula, los militares

habían perdido para siempre, de regreso en la neutralidad apolítica de sus cuarteles.

El golpe contra Zelaya siguió las reglas clásicas, ya se sabe que fue sacado de su cama y enviado al exilio en pijama, según el general Vásquez por razones de seguridad nacional, pues si los militares lo dejaban preso en Honduras, amenazaba la violencia. Cuando al general Vásquez, que es devoto de Jesús de la Buena Esperanza y lee libros de autoayuda, le preguntan si aspira en el futuro a ocupar la presidencia, se ríe, y dice que en esta vida todo es posible.

El asunto está en que el golpe de Honduras sigue abriendo las costuras de una herida que ya creíamos cerrada, y otra vez en este siglo, como en el pasado, los militares vuelven a arrogarse la potestad de decidir cuándo la democracia ha fallado, o cuando se vuelve peligrosa, y amerita así su intervención bienhechora. Es un funesto precedente frente al que hay que poner las barbas en remojo. Pero hay otro, el golpe de estado contra la Constitución en Nicaragua.

En Honduras, la Corte Suprema de Justicia, El Consejo de Elecciones, y la Asamblea Nacional, se concertaron para avalar la destitución del presidente Zelaya, y consintieron que el ejército lo sacara violentamente del país. En Nicaragua, se dio una pantomima diferente. El Consejo Supremo Electoral recibió un recurso de nulidad en contra de la Constitución sometido por el propio presidente Ortega, pidiendo que se anulara la disposición que le impedía ser, otra vez, candidato presidencial, porque la Constitución violentaba sus derechos ciudadanos.

El Consejo Electoral remitió la solicitud a la Corte Suprema de Justicia, y los magistrados del tribunal fieles a Ortega, en una conspiración de folletín, se citaron en sesión secreta sin avisarlo a sus demás colegas, y fallaron que Ortega tenía toda la razón, y que podía ser presidente tantas veces como le viniera a bien, porque la Constitución estaba errada. El presidente del Consejo Supremo Electoral, el mismo que llevó adelante el fraude en las elecciones de noviembre del año pasado, notificado de la sentencia la declaró “escrita en piedra” y por tanto de ineludible cumplimiento.

La razón alegada para el golpe en contra de Zelaya fue que se quería reelegir, cuando la Constitución de Honduras lo prohíbe en ar-

tículos irreformables, que por eso son llamados “artículos pétreos”. La razón alegada para el golpe en favor de Ortega fue que la “Constitución era inconstitucional”, porque le prohibía a Ortega reelegirse, y ahora, la desaparición del texto constitucional del artículo maldito, que por eso fue enviado a consumirse en las llamas, ha sido declarada escrita sobre piedra. Es decir, es una desaparición pétrea. Un castigo por lapidación contra la Carta Magna por el hecho de impedir la reelección.

Tras este golpe de estado, queda claro que en Nicaragua, por encima de la Constitución, está ahora la voluntad de Ortega, ejecutada por sus serviciales magistrados en la Corte Suprema de Justicia. Esto quiere decir que la Constitución queda expuesta a ir siendo desmontada cada vez que alguno de sus artículos se oponga a la voluntad del presidente perpetuo que, de ahora en adelante, aparentemente tendremos.

Como Ortega no consiguió los votos suficientes en la Asamblea Nacional para reformar la Constitución y poder así reelegirse, como era su voluntad, recurrió al expediente de hacer que sus magistrados en la Corte Suprema anularan el artículo constitucional donde se hallaba escrito el impedimento. Por esa misma vía irán cayendo los otros que no se conformen con su voluntad de gobernar no sólo para siempre, sino con todos los poderes en un solo puño.

En sus discursos, Ortega ha insistido, por ejemplo, en que la existencia en Nicaragua de diversos partidos políticos solamente trae discordia y enfrentamientos, y que por tanto, debía existir un solo partido, el suyo naturalmente. ¿Lo sabe la OEA y los países que la forman, comprometidos con la Carta Democrática que establece como uno de sus principios inalienables el pluralismo? Un día de tantos los artículos de la Constitución de Nicaragua que establecen el pluralismo pueden amanecer desaparecidos, y, a lo mejor, el solemne silencio con que ha sido recibida la supresión del artículo que prohíbe la reelección, va a repetirse.

¿No estaba ya advertido todo el mundo que Ortega se abriría, aunque fuera a la fuerza, las puertas de la reelección permanente? No hace mucho, en una entrevista para la cadena Al-Jazeera, le dijo al periodista David Frost que esperaba vivir hasta los 98 años, porque ve-

nía de una familia de longevos, para quedarse todo ese tiempo en la presidencia.

Ya se ve que si al presidente Zelaya le dieron un golpe de estado cuando sólo le faltaban pocos meses para completar su período, el golpe que el presidente Ortega ha dado a favor de sí mismo es mucho más ambicioso. Imaginen. Planea quedarse en el poder al menos hasta los 98 años de edad. De allí a la eternidad, sólo hay un paso.

Dos golpes de estado que se han dado en Centroamérica, y que no pueden pasar inadvertidos. Dos precedentes que abren puertas que creíamos cerradas. Los ejércitos que se convierten en actores políticos, están de nuevo en el escenario. Y están de nuevo en el escenario las dictaduras que nacen de las reelecciones y de las violaciones a la Constitución.

Harvard, 12 de noviembre de 2009

www.sergioramirez.com



*Lanzas coloradas,
banderas olvidadas*
*La novela de las armas realistas en
las guerras de emancipación
iberoamericana*

NICANOR GÓMEZ VILLEGAS

Doctor en Historia

Director del Colegio Mayor Universitario Isabel de España

El color por excelencia es el rojo, que no por azar recibe en nuestra lengua el nombre de colorado. Como las lanzas coloradas de la gran novela de Arturo Uslar Pietri. Coloradas, de rojo teñidas las lanzas de los combatientes de ambos bandos. Rojo de la bandera realista que proclamaba que no habría cuartel con los vencidos. Rojo de las aspas de la Cruz de Borgoña del estandarte de la monarquía española, las aspas del martirio de San Andrés. Rojo, en suma, el bucle de la sangre vertida sin tasa por los combatientes, y no combatientes, en una guerra fratricida entre los españoles de ambos hemisferios, a los que se dirigió —con tanto retraso— la Constitución de 1812.

Triste fue el destino de los combatientes, nacidos en España y en América, del bando realista en las guerras de emancipación de las repúblicas iberoamericanas: relegados y olvidados en la metrópoli, como las banderas que dan título al libro de Julio Albi de la Cuesta, odiados y en última instancia también olvidados en América. La historia la escriben los vencedores y, *¡ay de los vencidos!*, lo que aguarda a los derrotados es un cáliz muy amargo. En estas líneas haremos

una breve semblanza de la novela que constituyen la vida y el destino de aquellos hombres, nacidos en América en su mayor parte, pues el pabellón real, aquellas banderas tan olvidadas, fue defendido casi exclusivamente por americanos con unos pocos oficiales llegados de ultramar que cumplieron una función análoga a la de “las ballenas de un corsé”, en expresión de Julio Albi. Oficiales con nombres propios, como Monteverde, Zuazola, Antoñanzas, Vargas, Arizabalo, Agualongo, Boves, Morillo, Senosiain, Liniers, Gutiérrez de la Concha o Rodil.

Alfredo Lara ha estudiado la atención que el novelista Kenneth Roberts prestó en sus novelas históricas a los norteamericanos que optaron por “el bando equivocado” en la guerra de independencia norteamericana, a la que considera una auténtica guerra civil, en la que norteamericanos lucharon contra norteamericanos, monárquicos contra independentistas, una guerra en la que se cometieron infamias y se vertió sangre inocente por ambas partes. Como en cualquier guerra civil. Como en las guerras de emancipación de la América española. Hubo norteamericanos que perdieron la Guerra de Independencia, del mismo modo que hubo americanos que perdieron sus guerras de emancipación porque eligieron luchar bajo unas banderas que fueron derrotadas.

En algunos casos, como el del caudillo asturiano Boves (inspirador de la novela de Francisco Herrera Luque, *Boves, el urogallo*), si la causa que defendió y su bandera están olvidadas, su nombre por el contrario aún evoca en Venezuela los horrores de aquella guerra en la que encabezó las armas realistas como comandante del Ejército de Barlovento y caudillo de los llaneros venezolanos, o de la Legión o División Infernal, como eran conocidas sus tropas entre sus enemigos. ¿Quiénes eran aquellos hombres? Hombres de las clases populares del país, recelosos de las aspiraciones políticas de la casta mantuana de Caracas, inmortalizados en la novela de Arturo Uslar Pietri que da título a este artículo: negros —esclavos o libertos—, mulatos (“pardos”), cholos e indios, cuyo principal afán consistía en la emancipación de su condición de servidumbre. No debemos olvidar que la esclavitud perduró en las leyes de Venezuela hasta 1854, y en la práctica hasta varias décadas más tarde. Estos hombres lu-

charon defendiendo el estandarte de la monarquía hasta que, a partir de la muerte de Boves en la batalla de Urica en 1814, un líder de su misma estirpe, el caudillo llanero Páez, logró cambiar las tornas de su lealtad. Una lealtad en muchas ocasiones elegida de una manera un tanto azarosa. En *Las lanzas coloradas* existe un diálogo impagable entre el capataz de la plantación, Presentación Campos, y uno de los esclavos, Natividad, que desmitifica en gran medida la elección de bando en una guerra civil:

—Bueno, Natividad. Pero tú no has pensado una cosa. ¿De qué lado nos vamos a meter?

—¿Cómo de qué lado?

—¡Guá! ¿De qué lado? Si nos hacemos godos o republicanos. Natividad guardó silencio un instante.

—Bueno, mi jefe, ¿y qué diferencia hay?

—¡Mucha! ¡Cómo no! Tú no ves: los godos tienen bandera colorada y gritan: ¡Viva el Rey!

—Eso es.

—Mientras que los insurgentes tienen bandera amarilla y gritan: ¡Viva la Libertad!

—¡Ah, caray! ¿Y qué escogemos?”

“¡Independencia!” grita el mundo americano;/ se baña en sangre de héroes la tierra de Colón./ Pero este gran principio: “El rey no es soberano”,/ resuena, y los que sufren bendicen su pasión. Es muy difícil que un español reconozca estas palabras, una estrofa del himno colombiano. Todo lo más algunos tal vez recuerden de los antiguos libros de texto las escalofriantes frases del *Decreto de guerra a muerte* promulgado por Simón Bolívar el 15 de junio de 1813:

“Las víctimas serán vengadas, los verdugos serán exterminados... nuestro odio será implacable y la guerra será a muerte. [...] Todo español que no conspire contra la tiranía a favor de la justa causa por los medios más activos y eficaces será tenido por enemigo, castigado como traidor a la patria y en consecuencia será irremisiblemente pasado por las armas... Los españoles que hagan señalados servicios al estado serán tratados como americanos... Españoles y canarios, contad con la muerte aún siendo inocentes si no obráis

activamente en obsequio de la libertad de Venezuela; americanos, contad con la vida aunque seáis culpables.”

Esta declaración de guerra sin cuartel “contra españoles y canarios”, una de las decisiones más controvertidas de Bolívar, fue su respuesta a las ejecuciones sumarias de patriotas llevadas a cabo por Monteverde desde 1812. Boves, por su parte, no se quedó corto, y, como se puede leer en una carta suya: “Trate Ud. de reunir toda la gente útil que se halla por los campos, y el que no comparezca a la voz de rey, se tendrá por traidor y se pasará por las armas.” De nuevo, los horrores de la guerra, sobre todo de una guerra civil, como las decapitaciones en La Guayra en febrero de 1814 de todos los presos españoles (“En las bóvedas de la Guayra, en un solo día, ochocientas personas habían sido pasadas por las armas. Con arma blanca. Para no gastar pólvora. Todo el día duró la degollina. La sangre corría continua por el desagadero de la muralla hacia el mar verde”, *Las lanzas coloradas*), o las ejecuciones sumarias que aguardaban a los prisioneros de Boves. A tal extremo llegaría el horror, que en 1820 Morillo y Bolívar acordaron derogar los decretos de guerra a muerte y restablecer “las reglas de guerra entre pueblos civilizados”. Conviene recordar que el ejército británico no concedió condecoraciones a sus soldados durante la guerra de independencia norteamericana, porque siempre fue considerada por el bando británico como una guerra civil.

En un momento en el que España estaba ocupada por los franceses, entre 1810 y 1813, fueron casi únicamente americanos los que defendieron el pabellón real en América, en una reacción improvisada de aquellos que sólo reconocieron la autoridad del Rey Fernando VII, *Hispaniarum et Indiarum Rex*. La mayor parte de las nuevas unidades se crearon a partir de los restos del desarticulado ejército colonial americano, unas unidades que mantendrían su continuidad prácticamente con reemplazos compuestos por hombres nacidos en América. Los enfrentamientos entre liberales y absolutistas que ensangrentaban España acabaron por dividir a los defensores de la monarquía española en América. Tras la sublevación liberal de Riego en Cabezas de San Juan el 1 de enero de 1820, los militares del ejército realista en América, muchos de ellos también liberales, fueron abandonados por los criollos partidarios del absolutismo. Ya no llegaron más

tropas de España y el ejército realista, dividido por las discordias entre liberales y absolutistas, se vio obligado a luchar abandonado por todos hasta el desastre final en los campos de Ayacucho, el 8 de diciembre de 1824. Una batalla en la que tomaron parte únicamente 500 españoles nacidos en la Península.

¿Y qué decir de las guerrillas realistas del coronel Arizabalo, que continuaron luchando en Venezuela hasta 1829? ¿O de las de la región de Pasto, al sur de Nueva Granada, que combatieron hasta 1830? ¿O de las guerrillas realistas de Chile, activas hasta 1832? La novela de estos hombres aún no se ha escrito y quienes más han impulsado este propósito épico han sido historiadores como Julio Albi de la Cuesta o Carlos Pesado Riccardi, quien tituló su biografía del brigadier montañés Juan Gutiérrez de la Concha, fusilado en Córdoba (Argentina) en agosto de 1810, *Una vida para el Rey*. Pensando en su sacrificio y en su lealtad hacia un rey como Fernando VII, uno no puede dejar de recordar el verso del Poema de Mío Cid: *¡Dios, qué buen vasallo, si oviesse buen señor!*

Tras Ayacucho, algunos reductos como Chiloé y El Callao mantuvieron alzado el pabellón real contra toda lógica militar y contra toda esperanza. Rodil acabó por entregar la fortaleza de El Callao el 23 de enero de 1826, tras un año de infernal asedio, esperando unos refuerzos de España que no llegarían nunca. Por capitulación expresa pudo conservar las banderas olvidadas de los regimientos (ya meros batallones): el *Arequipa*, de peruanos, el *Antiguo de Buenos Aires*, de argentinos, y el *II del Infante*, de españoles (sobre el papel, porque sólo tenía 20 europeos).

Como dijo Galdós “por donde quiera que va, el hombre lleva consigo su novela”. ¿Dónde están aquellas banderas? ¿Dónde está el recuerdo de aquellos hombres y de sus gestas? ¿Dónde está, en definitiva, su novela? Seguramente, allí donde habita el olvido.

Madrid, 25 de noviembre de 2009



De guerrillero a presidente

CRISTINA PERI ROSSI

Escritora

Una lluvia fina y un viento afilado, a ráfagas, se desplegaron sobre Montevideo la noche del 29 de noviembre, mientras José Mujica, alias Pepe, con voz emocionada y acento épico-lírico, lanzó su primer discurso como ganador de las elecciones presidenciales de la República Oriental del Uruguay. La multitud que afrontó el viento y la lluvia con alegría festejaba el triunfo con emoción, conscientes de vivir uno de esos raros momentos históricos de comunión entre el pueblo y un líder. Obama en EEUU, Evo Morales en Bolivia, Lula en Brasil, Michelle Bachelet en Chile: algo decisivo se está moviendo en América, desde el Norte al Sur.

Los montevideanos aguantaban en pie el agua y el viento (“es el viento del cambio” se escuchó decir) convencidos de que el triunfo arrollador de Pepe Mujica contra los dos partidos tradicionales unidos (blancos y colorados, o Nacional y Batllista) significaba que la izquierda reformista y democrática tenía otro período de gobierno para continuar su proyecto social, cultural y político.

El nuevo presidente, ministro de Ganadería y senador en el gobierno anterior habló para todos los uruguayos, no sólo para la mayoría absoluta que lo eligió, y quiso destacarlo expresamente: habló de unidad, de conciliación, de acuerdos de gobierno con los otros dos partidos. Y lo dijo sin saber todavía que su triunfo había sido arrollador: casi diez puntos (el 52% del Frente Amplio sobre el 43% de Luis Alberto Lacalle, candidato de compromiso entre blancos y colorados).

Fue un discurso espontáneo, sencillo, nacido del la conjunción entre el corazón y la mente: un discurso conciliador, que tiene como objetivo el porvenir de Uruguay y quiere dejar de lado la forma convencional de hacer política. Un discurso lleno de ilusión y cuya fuerza estriba en una gran capacidad de emocionar y de comunicación. Dijo que iba a gobernar con moral y honradez, algo que el pueblo uruguayo sabe, y por lo que lo ha premiado, y le tendió la mano a la oposición para que participe del proyecto del Frente Amplio que pretende desarrollar la economía y luchar contra las diferencias sociales.

El sentimiento de Estado y la confianza que inspira este hombre de setenta y cuatro años que en su vida lo ha pasado ya todo: de jefe de la mítica guerrilla tupamara (una de las pocas si no la única guerrilla urbana de América Latina) a rehén durante doce años de la dictadura militar, en condiciones infrahumanas son el bagaje con que ha ganado, más su ruptura de moldes: es campechano y dicharachero, pero eso no cubre la ignorancia; es una forma de seducción, en un hombre que se interesa por los problemas climáticos, por los alimentos transgénicos, por el desarrollo económico de Nueva Zelanda más que por el castroismo o el chavismo.

Pepe Mujica vive en una chacra (parcela dedicada al cultivo con una humilde vivienda) en las afueras de Montevideo y tuvo que comprarse cinco trajes, luego del triunfo, consciente de que su “pinta” (aspecto) habitual, campechano y directo a veces desconcierta a sus interlocutores. En la red circula un retrato anónimo del nuevo presidente de Uruguay que vale la pena reproducir: *“Los zapatos comunes lo lastiman. Sus pies son un desafío para el podólogo y las hormas. La tierra de su quinta y del camino de su casa siempre viajan con él de algún noto. No tiene perros de raza y con papeles, apenas una perrita común y sin una pata. Los diseños de Armani y Versace no están pensados para su cuerpo ancho y peludo. Las corbatas de seda no encuentran un cuello donde colgar elegantemente. No huele a Polo, Mont Blanc o Dolce & Gabbana. Apenas una colonia popular, después de afeitarse. Su pelo y las tijeras se resisten mutuamente al encuentro. Su perfil no ofrece garantías de nobleza. La fotografía social no se deleita con su sonrisa. No practica ningún deporte. El cigarrillo censurado seguramente realiza incursiones clandestinas entre sus labios y sabe gustar de una buena copa o de un mate amargo bien cebado”*.

Ha ganado por honestidad y coherencia, que son formas de la nobleza moral. Por su capacidad de comunicación y por su ética.

En ese primer discurso espontáneo, bajo la lluvia, Mujica declaró que no es un nostálgico y eso es algo que ha demostrado siempre: mira hacia delante, no hacia atrás. Hace pocas referencias a su terrible pasado: los doce años que pasó como rehén de la dictadura militar, dos de ellos encerrado en un pozo a diez metros de profundidad, en condiciones infrahumanas; salió de él diciendo que había aprendido a escuchar el grito de las hormigas. Una salud de hierro física y psíquica le permitieron resistir y una vez libre, Mujica y algunos de los miembros de la guerrilla tupamara que sobrevivieron se integraron a la vida política legal, dentro del Frente Amplio, plataforma que abarca todos los espectros de la izquierda, desde los independientes a los comunistas o socialistas.

El Frente Amplio ganó las elecciones por primera vez en el período anterior, y ha gobernado con equilibrio y ponderación, consiguiendo que el PIB crezca un 7% y ha mejorado las condiciones de las clases más necesitadas: los miles y miles de pensionistas y jubilados de un país que durante la primera mitad del siglo XX fue la Suiza de América, con una economía floreciente y un gobierno socialdemócrata: un Estado protector, una sociedad democrática liberrémica y participativa.

Pero el triunfo de Mujica no es fruto sólo de su personalidad poco convencional, de su forma de hacer política alejada de los cánones habituales; es el triunfo del Frente Amplio, y en especial, de algunos de sus hombres de gobierno, como el presidente saliente, el oncólogo Tabaré Vázquez, quien no quiso presentarse a la reelección, a pesar de contar con un apoyo multitudinario. Se fundieron en un abrazo que despejó cualquier duda acerca de su colaboración; lo mismo sucede con Danilo Astori, quien ha sido elegido vicepresidente y suscita el apoyo internacional.

Cuando en el mes de marzo el nuevo presidente jure la Constitución, tendrá que hacerlo ante su compañera sentimental desde hace toda la vida, Lucía Topolansky, quien preside la Cámara de senadores. Hija de una familia de la alta clase social, siendo muy joven ingresó en la guerrilla, donde ocupó un lugar destacado hasta caer prisionera; fue bárbaramente torturada, sobrevivió y encabeza la lista más votada del Frente Amplio.

Uruguay ha sido siempre un país excepcional; con un nivel cultural altísimo y una democracia muy avanzada, más de la cuarta parte de la población emprendió el éxodo cuando la dictadura militar dejando el país casi despoblado (“El último en irse que apague la luz” era la pintada jocosa en los muros de la ciudad). La reconversión de los antiguos guerrilleros en partido político fue uno de los éxitos más importantes de la transición, y así ha sido reconocido por los ciudadanos: el ex tupamaro será el nuevo presidente. Pero es un guerrillero arrepentido. Reconoció públicamente, hace varios años, que tomar el camino de las armas fue un error de juventud que propició el alzamiento de los militares y más de una década de sangrienta dictadura. Durante el secuestro de Miguel Angel Blanco por parte de ETA, con la cual los tupamaros tenían buenas relaciones, Mujica intercedió por su vida, y luego de su asesinato, rompió relaciones con la banda terrorista vasca.

En la actualidad, Lula parece ser un referente mucho más importante que Chávez para el nuevo presidente, y la reforma, un proyecto más real que la revolución.

Su triunfo no ha sorprendido a nadie; lo más sorprendente, quizás, de este período electoral ha sido el resultado del plebiscito sobre el voto de los uruguayos en el exterior. En Uruguay, el voto es obligatorio; por eso, en las dos últimas convocatorias, una de las fuentes para la izquierda eran los numerosísimos uruguayos que se desplazaban a Montevideo desde Buenos Aires o Brasil para votar.

Sin embargo, el plebiscito fue negativo: no aprobaron el voto por correo o consular.

Habrà que esperar cinco años para tener otra ocasión de hacerlo. Entre tanto, el nuevo presidente ya ha propuesto ceder alguna cartera ministerial al Partido Nacional como forma de implicarlo en el proyecto de estado, aplicando una de las fórmulas de Mujica, quien les sugirió a los argentinos que se quisieran un poco más entre ellos, para gobernarse mejor. Dicho y hecho: un político que propone la fraternidad. Una lección a no olvidar.

Barcelona, 9 de diciembre de 2009

Cooperación Sur-Sur: innovación y transformación en la cooperación internacional

BRUNO AYLLÓN PINO

Investigador asociado al Instituto Universitario de Desarrollo
y Cooperación, de la Universidad Complutense de Madrid

El surgimiento de la Cooperación Sur-Sur (CSS) se ha vinculado al éxito de algunos países del Sur que alcanzaron apreciables niveles de desarrollo y adquirieron nuevas tecnologías y competencias en áreas como la ingeniería, la electrónica, la energía, la agricultura o las comunicaciones. En la adquisición de estas capacidades, la cooperación internacional recibida tuvo un papel capital. No es posible comprender la lógica de la CSS sin hacer referencia al proceso de surgimiento de la conciencia del Sur y a su manifestación en las relaciones internacionales a partir de la Conferencia de Bandung (1955), cuando la solidaridad entre los países en desarrollo se convierte en una herramienta y un objetivo del llamado “Tercer Mundo”. Fue ese el punto de arranque de un diálogo político entre países en desarrollo, que puso de manifiesto la necesidad de articulación para reducir las asimetrías del sistema internacional.

En la filosofía de la CSS, muchas respuestas para algunos problemas se encuentran en los países de similar grado de desarrollo que comparten percepciones sobre los obstáculos para alcanzar niveles satisfactorios de bienestar y pueden proporcionar mejores prácticas y orientaciones sobre el uso más eficiente de la cooperación, a

través de la transferencia sistemática y sostenida de experiencias, conocimientos y técnicas demostradas y reproducibles.

Respecto a la CSS se proclaman algunos principios que la caracterizan y la diferencian de la tradicional cooperación Norte–Sur, a saber: la no interferencia en asuntos internos; la mayor sensibilidad a contextos específicos; la igualdad entre países socios; el respeto a su independencia y a la soberanía nacional; la promoción de la auto-suficiencia; la diversificación de ideas, abordajes y métodos de cooperación; la ausencia de condicionalidades explícitas; la preferencia por el empleo de recursos locales que genera elementos más amplios de apropiación; su mayor flexibilidad, sencillez y rapidez de ejecución; su carácter “desvinculado” al no implicar compra de bienes y servicios en el país oferente; la adaptación a las prioridades nacionales; la preservación de la diversidad y la identidad cultural y, entre muchos otros atributos, su menor coste y mayor impacto.

Sería un error considerar la CSS como un mecanismo sustitutivo de la cooperación tradicional venida del Norte. Más bien, se afirma su carácter complementario y la sintonía con los esfuerzos nacionales de los países del Sur. Tampoco sería acertado considerar que la CSS sea mejor o peor que la cooperación Norte–Sur, pues se trata de un tipo de cooperación diferente. Con el término CSS nos referimos a un amplio marco de colaboración que incluye elementos del clásico concepto de Ayuda Oficial al Desarrollo (AOD) pero que va más allá, al abarcar campos como la cooperación política, el comercio, las inversiones o la ayuda financiera, en algunos casos. No existen definiciones universales aceptadas por todos los agentes involucrados en pensarla, delimitarla, ponerla en práctica y, menos aún, por los que tienen la ardua tarea de recopilar y cuantificar sus aportes a los esfuerzos en favor del desarrollo.

La definición y delimitación conceptual de la CSS es uno de los aspectos más debatidos y controvertidos en los foros internacionales. Sin que ninguna de las definiciones existentes satisfaga completamente, una posible formulación es la proporcionada por la Unidad de CSS del PNUD al establecer que se trata de “un proceso por el cual dos o más países en desarrollo adquieren capacidades individuales o colectivas a través de intercambios cooperativos en conocimiento, recursos y *know*

how tecnológico”. Esta definición puede completarse con otra elaborada en 1977, por el Grupo de Consultores en Cooperación Técnica entre Países en Desarrollo (CTPD), que sirvió de preparación a la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el tema celebrada en Buenos Aires, en 1978: “La CSS es un proceso consciente, sistemático y políticamente motivado, elaborado con el objeto de crear una estructura de vínculos múltiples entre países en desarrollo”¹.

En ningún momento debe pasarse por alto el componente político de la CSS, en la medida que uno de sus principales objetivos es la reforma del orden internacional y del sistema económico mundial. Por esta razón, la CSS es fundamentalmente una modalidad cooperativa orientada al reforzamiento de las relaciones bilaterales y a la formación de coaliciones en foros multilaterales entre países del Sur que incrementen su poder de negociación conjunto².

La CSS crea una solidaridad entre países en desarrollo y se orienta a garantizar la auto-suficiencia nacional y la integración de los países en desarrollo en la economía mundial. Por ello responde a lógicas diferentes de las que orientan frecuentemente las políticas de cooperación del Norte. En definitiva, utilizando uno de los conceptos en boga en la cooperación, el objetivo último de la CSS sería la generación de mayores niveles de cohesión internacional.

Apoyar la CSS desde los países del Norte, en iniciativas multilaterales o en proyectos de cooperación triangular, y olvidar el componente político, reivindicativo y de denuncia de las condiciones económicas y estructurales de distribución del poder internacional sería no entender la lógica de la CSS y, por consiguiente, desviarla de su origen y funcionalidad para el desarrollo de los países del Sur. Obviar esta dimensión política sería, por otra parte, una gran incoherencia en la coherencia con las políticas de desarrollo de los países socios que los miembros del CAD/OCDE dicen querer fomentar.

1. Definición recogida en el III Informe de la CSS en Iberoamérica (2009), publicado por SEGIB y disponible en <http://www.segib.org/upload/Sur-Surweb.pdf>

2. Lechini, Gladys: “La Cooperación Sur-Sur y la búsqueda de autonomía en América Latina ¿Mito o realidad?”, Revista Relaciones Internacionales, Universidad Autónoma de Madrid, nº 12, octubre, 2009, disponible en: <http://www.relacionesinternacionales.info/revista/revista/N12/pdf/artlechini12.pdf>

Sin embargo, no todo lo que reluce en la CSS es oro. Lo expresado sobre los atributos y potencialidades de la CSS no supone caer en la ingenuidad de ignorar que no toda la CSS puede ser considerada como desarrollista, que es posible que no siempre tenga como objetivo primordial la lucha contra la pobreza o que se encuentre exenta de intencionalidades políticas, motivaciones de tipo comercial, estratégico o de prestigio e influencia internacional.

En otras palabras, la CSS posee limitaciones y carencias. Varios aspectos aparecen como más recurrentes. Por ejemplo, se critica que la CSS tenga dificultades para demostrar resultados materiales y que se convierta, con frecuencia, en un mero ejercicio retórico. Por otra parte, se suele presuponer que existen más oportunidades de aprendizaje y aprovechamiento de las lecciones aprendidas en la CSS, debido a su horizontalidad motivada por la proximidad en los niveles de desarrollo y por las sensibilidades y capacidades para comprender contextos sociales similares. Pero ello no supone automáticamente que no exista verticalidad, relaciones de poder o desigualdades entre los socios de la CSS.

Tampoco está claro que las soluciones encontradas en un país del Sur sean inherentemente replicables y adecuadas en otro, por lo que asegurar que las iniciativas sean sostenibles debería convertirse también en preocupación constante en la CSS. Otro de los aspectos más destacados entre las virtudes de la CSS es la existencia de consensos en la elaboración conjunta de los proyectos. El país destinatario se sentiría dueño de las acciones y las estrategias a partir de la observancia de las especificidades locales y de la elaboración de diagnósticos compartidos sobre las carencias a combatir o los ámbitos a fortalecer. Todavía se suele pregonar que la meta última de la cooperación es la retirada del país beneficiario una vez que se han alcanzado los objetivos y se han transferido las competencias y capacidades a la población local. En el caso de la CSS, es también cierto que se sirve a un propósito temporal de aprendizaje mutuo. Por eso, resulta importante que el proceso cooperativo no sea similar a una mera “entrega por encargo”, en el que el país remitente entrega un producto o presta un servicio determinado como si de una transacción mercantil se tratara. El proceso cooperativo debe estar orientado a la garantía de que las instituciones del país beneficiario, normalmente con menor grado de

desarrollo, puedan una vez terminada la acción de CSS, generar por sí mismas aquellas técnicas o conocimientos transferidos.

Otro aspecto relevante, y sobre el que no existe consenso, es el de la eficacia de la CSS. En un estudio pionero, Daniel Bobiash, reflexionó sobre la eficacia de la CSS a partir de una evaluación basada en sus rasgos específicos y sus ventajas comparativas respecto a la cooperación Norte-Sur³. En la evaluación que propone se establecen una serie de criterios (historia de los proyectos de CSS y condiciones; características; factores administrativos y sociales; eficacia) que aplica a casos específicos (14 proyectos de CSS que implicaban a China, Brasil, Cuba, Argentina, Senegal, Ghana, Guinea Bissau, etc.) sin querer establecer conclusiones generalizables, entre otras razones por las lagunas de información y por su acentuada dispersión.

Entre sus hallazgos destacaba que la CSS suele tener elementos concesionarios inferiores a los proyectos de cooperación Norte-Sur y que la obligación de comprar bienes y servicios en el país de mayor grado de desarrollo (ayuda ligada) es una realidad habitual en la CSS, donde existían intereses comerciales claros, como en el caso mencionado de la cooperación de Brasil en Guinea Bissau. Por otra parte, aunque en la mayoría de proyectos de CSS no se perseguían objetivos políticos, había claras motivaciones ideológicas en la provisión de la CSS vinculada a la política exterior de los gobiernos de China, Cuba y Corea del Norte. Respecto a los costes, la CSS podía ser más “barata” en función de una serie de principios que rigen, por ejemplo, en el caso de la cooperación china que obliga a sus técnicos a tener el mismo estándar de vida que los expertos del país receptor.

Además, los proyectos de CSS dedicaban pocos recursos a costes administrativos y el uso de tecnologías más apropiadas era otra ventaja importante, entendiendo por “apropiadas” aquellas que reunían las características de relevancia, ser transferibles y sostenibles. En cuanto a la participación de la población beneficiaria en los proyectos ésta era prácticamente inexistente, destacándose claras deficiencias al no contemplar la fase de evaluación y no reflejarse factores clave

3. Bobiash, Daniel: *South-South Aid. How Developing Countries Help Each Other*, ST. Martin Press, Nueva York, 1992.

para la eficacia como el impacto, el coste-beneficio o el cumplimiento de los objetivos establecidos. Finalmente, Bobiash concluía que los proyectos de CSS no siempre estaban orientados a la auto-suficiencia ni tenían más valor agregado que los de la cooperación Norte-Sur.

Desde la óptica de Naciones Unidas, la eficacia de la CSS está muy limitada en su análisis por la ausencia de evaluaciones que, en general, cuando existen suelen ser someras, circunscritas al cumplimiento de plazos para la ejecución de proyectos y con grandes limitaciones en cuanto a los efectos ambientales y sociales, sobre todo en lo referente a proyectos de infraestructura⁴. Respecto a las buenas prácticas aceptadas en el ámbito del CAD/OCDE y de la agenda de eficacia de la ayuda, se afirma en el citado informe que los oferentes de CSS no participan en iniciativas formales de armonización con otros donantes, a no ser en el caso de algunos foros regionales. La única excepción es la de los países oferentes del Grupo Árabe de Coordinación, que poseen altos niveles de armonización en cuestiones de procedimiento. Tampoco son reseñables experiencias de diálogo con países receptores de CSS respecto a cuestiones normativas, lo que podría estar relacionado con la ausencia de condiciones en materia de políticas. Sin embargo, se registran casos de participación en las mesas redondas o grupos consultivos organizados por los países receptores.

En relación a la Declaración de París, los cálculos del informe del Secretario General estiman que 2/3 de los países que realizan CSS la han firmado pero con poco entusiasmo, escasa participación posterior y, pese a los esfuerzos de la OCDE y algunos países del Sur por establecer puentes, como ha sucedido con la creación en 2009 del Equipo de Tarea sobre Cooperación Sur-Sur⁵ (*Task Team on South South Cooperation*) integrado en el Grupo de Trabajo sobre Eficacia de la Ayuda del CAD (WP-EEF por sus siglas en inglés), estas iniciativas se siguen con desconfianza al ser vistos como foros mayoritarios de donantes donde no se toman en cuenta las especificidades propias de la CSS.

4. Informe del Secretario General de Naciones Unidas: "Tendencias y avances de la cooperación internacional para el desarrollo", presentado al Foro de Cooperación para el Desarrollo, 23 de mayo de 2008 (E/2008/69).

5. <http://www.oecd.org/dataoecd/40/4/44006073.pdf>

Éstas y otras preocupaciones han estado presentes en 2009, año que será recordado como un periodo de febril activismo y proliferación de iniciativas para la promoción y el avance conceptual y metodológico de la CSS. El mes de diciembre está siendo especialmente señalado pues la ONU, principal promotora, impulsora y coordinadora de la CSS, ha celebrado en Nairobi⁶, los 30 años de la Conferencia de Buenos Aires sobre CTPD (1 a 3 de diciembre). La declaración final ha reafirmado los principios rectores de la CSS y ha proclamado enfáticamente que la CSS no debe ser vista como AOD, pues se basa en una relación de asociación entre iguales basada en la solidaridad (punto 18). Como colofón, se celebra en Nueva York, el 19 de diciembre, el 6º día internacional de la CSS de Naciones Unidas, que vendrá precedido por la realización de la 2º Feria Mundial sobre CSS bajo el lema Soluciones Sur-Sur para el Desarrollo⁷.

En conclusión, después de más de medio siglo, la CSS se configura como uno de los principales espacios de innovación y transformación en la cooperación internacional. A la innovación contribuyen los sectores diversificados en los que se despliega la CSS (por ejemplo, la transferencia de conocimientos en la producción de biocombustibles, bancos de leche humana o programas de transferencias de renta condicionadas, por citar el caso de la cooperación brasileña), la diversidad de actores del Sur implicados, la apertura de canales adicionales de comunicación (redes) y las metodologías de aprendizaje que crean confianza y capacidades entre los países en desarrollo. A la transformación contribuyen factores como el creciente peso de los países emergentes en el Sur, las oportunidades que la crisis económica internacional abre a la búsqueda de soluciones entre países del Sur y la combinación de tendencias como la “retirada de donantes” o la concentración de la AOD en países menos avanzados, lo que abre el juego de la oferta cooperativa y contribuye a la reducción de situaciones de monopolio en el suministro de la ayuda.

Madrid, 16 de diciembre de 2009

6. <http://southsouthconference.org/>

7. <http://www.southsouthexpo.org/>



Índice temático

POLÍTICA Y SOCIEDAD EN AMÉRICA LATINA

Asientos delanteros	13
<i>Sergio Ramírez</i> , 5 de enero de 2009.	
Un giro histórico: las elecciones salvadoreñas de marzo de 2009	53
<i>Manuel Alcántara</i> , 30 de marzo de 2009.	
Tiempos interesantes	63
<i>Ludolfo Paramio</i> , 13 de abril de 2009.	
El creciente peso de los hispanos en Estados Unidos y su significación para España	99
<i>Rafael Garranzo</i> , 8 de junio de 2009.	
Sumak Kawsay, Suma Qamaña, Buen Vivir	133
<i>José María Tortosa</i> , 10 de agosto de 2009.	
El rompecabezas latinoamericano	139
<i>José Ángel Sotillo Lorenzo</i> , 24 de agosto de 2009.	
Reelección presidencial y rendición de cuentas: ¿De verdad es tan mala la reelección?	155
<i>Esther del Campo García</i> , 5 de octubre de 2009.	
Estabilidad, gerontocracia y el tedio de la democracia directa en Uruguay	169
<i>Manuel Alcántara</i> , 2 de noviembre de 2009.	

Regreso al pasado 175
Sergio Ramírez, 16 de noviembre de 2009.

De guerrillero a presidente 187
Cristina Peri Rossi, 9 de diciembre de 2009.

DESARROLLO Y GLOBALIZACIÓN

Desarrollo: viejos mitos y nuevos paradigmas 17
Manuel Montobbio, 19 de enero de 2009.

Gobernanza global de las migraciones y desarrollo 35
Rafael Domínguez, 16 de febrero de 2009.

El modelo informativo, las ONG y la comunicación
para el desarrollo 45
Juan Antonio Sacaluga, 16 de marzo de 2009.

Los cincuenta años del BID y la economía latinoamericana 75
Francesc Granell, 11 de mayo de 2009.

Oportunidades y desafíos a partir de la crisis:
una mirada desde América Latina 107
José Luis Machinea, 22 de junio de 2009.

Cooperación Sur-Sur: innovación y transformación
en la cooperación internacional 191
Bruno Ayllón, 21 de diciembre de 2009.

INTEGRACIÓN REGIONAL

España y los Bicentenarios de la Independencia
de las Repúblicas Latinoamericanas 41
Celestino del Arenal, 2 de marzo de 2009.

La V Cumbre de las Américas (I) 83
Francisco Rojas Aravena, 25 de mayo de 2009.

La V Cumbre de las Américas (II): el documento que no fue 91
Francisco Rojas Aravena, 1 de junio de 2009.

La necesaria perspectiva cultural de las integraciones
(y las independencias) 119
José Rojas Bez, 20 de julio de 2009.

El espacio iberoamericano del conocimiento: retos y propuestas	127
<i>Alejandro Tiana</i> , 27 de julio de 2009.	

CULTURA

La tradición del haiku en la ciudad de Nueva York en la poeta puertorriqueña Carmen Valle	23
<i>Marta López Luaces</i> , 2 de febrero de 2009.	

Las lunas cambiantes de América	29
<i>Jesús Sebastián</i> , 9 de febrero de 2009.	

Cien años del nacimiento de J. C. Onetti	69
<i>Cristina Peri Rossi</i> , 27 de abril de 2009.	

Bolivia y el rastro esquivo de lo perdido	113
<i>Juan Francisco Montalbán</i> , 6 de julio de 2009.	

La cooperación académica en tiempo de crisis: entre el pesimismo de la inteligencia y el optimismo de la voluntad	147
<i>Pablo Gentili</i> , 14 de septiembre de 2009.	

Tango que me hiciste mal y sin embargo te quiero	163
<i>Cristina Peri Rossi</i> , 19 de octubre de 2009.	

Lanzas coloradas, banderas olvidadas. La novela de las armas realistas en las guerras de emancipación iberoamericana	181
<i>Nicanor Gómez Villegas</i> , 30 de noviembre de 2009.	



Índice de autores

ALCÁNTARA, MANUEL

- Un giro histórico: las elecciones salvadoreñas de marzo de 2009 53
Estabilidad, gerontocracia y el tedio de la democracia
directa en Uruguay 169

ARENAL, CELESTINO DEL

- España y los Bicentenarios de la Independencia
de las Repúblicas Latinoamericanas 41

AYLLÓN, BRUNO

- Cooperación Sur-Sur: innovación y transformación
en la cooperación internacional 191

CAMPO GARCÍA, ESTHER DEL

- Reelección presidencial y rendición de cuentas:
¿De verdad es tan mala la reelección? 155

DOMÍNGUEZ, RAFAEL

- Gobernanza global de las migraciones y desarrollo 35

GARRANZO, RAFAEL

- El creciente peso de los hispanos en Estados Unidos
y su significación para España 99

GENTILI, PABLO

- La cooperación académica en tiempo de crisis: entre
el pesimismo de la inteligencia y el optimismo de la voluntad 147

GÓMEZ VILLEGAS, NICANOR

Lanzas coloradas, banderas olvidadas. La novela de las armas
realistas en las guerras de emancipación iberoamericana 181

GRANELL, FRANCESC

Los cincuenta años del BID y la economía latinoamericana 75

LÓPEZ LUACES, MARTA

La tradición del haiku en la ciudad de Nueva York en la poeta
puertorriqueña Carmen Valle 23

MACHINEA, JOSÉ LUIS

Oportunidades y desafíos a partir de la crisis:
una mirada desde América Latina 107

MONTALBÁN, JUAN FRANCISCO

Bolivia y el rastro esquivo de lo perdido 113

MONTOBBIO, MANUEL

Desarrollo: viejos mitos y nuevos paradigmas 17

PARAMIO, LUDOLFO

Tiempos interesantes 63

PERI ROSSI, CRISTINA

Cien años del nacimiento de J. C. Onetti 69

Tango que me hiciste mal y sin embargo te quiero 163

De guerrillero a presidente 187

RAMÍREZ, SERGIO

Asientos delanteros 13

Regreso al pasado 175

ROJAS ARAVENA, FRANCISCO

La V Cumbre de las Américas (I) 83

La V Cumbre de las Américas (II): el documento que no fue 91

ROJAS BEZ, JOSÉ

La necesaria perspectiva cultural de las integraciones
(y las independencias) 119

SACALUGA, JUAN ANTONIO

El modelo informativo, las ONG y la comunicación
para el desarrollo 45

SEBASTIÁN, JESÚS	
Las lunas cambiantes de América	29
SOTILLO LORENZO, JOSÉ ÁNGEL	
El rompecabezas latinoamericano	139
TIANA, ALEJANDRO	
El espacio iberoamericano del conocimiento: retos y propuestas	127
TORTOSA, JOSÉ MARÍA	
Sumak Kawsay, Suma Qamaña, Buen Vivir	133



Nombres Propios

EDITADO POR LA FUNDACIÓN CAROLINA,
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EN MADRID, EN FEBRERO DE 2010
EN LOS TALLERES GRÁFICOS MONTERREINA

